

Ciencia Ficción Ecuatoriana
Volumen 1

Otros cuentos

el fakir



el fakir
LIBROS IMPRESOS Y DIGITALES
www.fakirediciones.com



COLECCIÓN
JUCHO

Edición, prólogo, investigación y edición: Alvaro Alemán
Corrección de textos: Pamela Lalama Quinteros
Portada: Carlos Villarreal Kwasek
Diseño y diagramación: Ernesto Proaño Vinuesa

Todos los derechos reservados

© El Fakir

Ediciones El Fakir
Olmedo 0e2-73 y Guayaquil, Centro Histórico, Quito
www.elfakirediciones.com

ki

Índice

VIAJES EXTRAORDINARIOS

Viaje alrededor del mundo en 24 horas
Francisco Campos 6

La semana de los 3 jueves
Francisco Campos 21

INVENCIONES Y DESCUBRIMIENTOS ASOMBROSOS

El alma del doctor moscorroffio
Juan León Mera 37

Historia de un par de anteojos
Francisco Campos 46

Los gigantes de Santa Elena
Francisco Campos 54

UTOPIÁS Y DISTOPÍAS ECUATORIALES

Madame Roland
Marietta Veintimilla 62

Guayaquil: Novela fantástica
Manuel Gallegos Naranjo 70

ANEXOS

Los meridianos y el calendario
Julio Verne 150

Edgar Poe y sus obras III
Julio Verne 156

NOTAS 163

VIAJES EXTRAORDINARIOS

Viaje alrededor del mundo en 24 horas

Francisco Campos

I

— ¡Encontrado! Amigo mío, ¡encontrado!
— ¿Qué cosa?
— Lo que busco hace años. ¡Oh! cuando a mí se me pone, entre ceja y ceja, una cosa, me salgo con la mía. Es la ciencia que me invade, que me ahoga, que me domina, que se esparce alrededor de mí, en irradiación espléndida.

— Todo eso está muy bueno. Demuestra tu moderación, pero no me dice qué es lo que has encontrado.

— Allá voy. Hace ciento cincuenta y siete años, cuatro meses, once días y nueve horas, que subió el primer globo al espacio, y aún no acaba de subir. Ensayos y más ensayos ha sido todo. Unos, porque el globo era más pesado que un volumen igual de aire. Otros, porque era menos pesado. Otros, porque se rompían. Otros, porque no se rompían. El hecho es, que han roto los globos, más cabezas, física y moralmente, que años han transcurrido.

— ¡Al grano!

— Al grano voy. Yo he descubierto el sistema, no de viajar alrededor del mundo, en globo, sino de que el mundo viaje alrededor mío. Esto es más curioso y más práctico.

— ¡Hombre!

— Sí señor. Y te contaré cómo pasó a mi mente esta idea grandiosa. Toda idea grandiosa es obra de la casualidad. Pues bien, esta casualidad que me suministró la idea grandiosa de que hago mención, es la siguiente.

— ¿Será largo?

—No, dos palabras. El viaje dura veinte y cuatro horas, y verás que la relación debe durar veinte y cuatro segundos.

—Oigamos la relación.

—Me hallaba una noche [de esto hace dos meses justos y cabales] leyendo detenidamente los diarios de la ciudad, y tenía por delante una lámpara muy particular, que yo mismo he hecho. Te contaré la historia de la lámpara. Mandé a buscar un globo, perfecto, de cristal, a cuya parte superior. Tú dirás que un globo no tiene parte superior ni inferior, porque es esférico, pero yo te digo, que llamo parte superior, a la que según mi proyecto, debía estar arriba ¿entiendes?

—Sí, adelante.

—Pues bien, a la parte superior hice un agujero de una pulgada de diámetro, al cual adopté un tubo de diámetro igual. Hecho esto, llené hasta la mitad, el globo de agua, y sobre el agua pura, aceite, hasta llenar los dos tercios, y sobre el aceite un corcho, y sobre el corcho un pábilo que se impregnaba de aceite. He aquí la primera parte de mi obra.

—Pasa a la segunda.

—Paso a la segunda. Tú sabes que soy muy amante de la geografía. Yo soy filogeógrafo. Hice dibujar sobre el cristal de mi globo, en claro, todos los continentes, islas, penínsulas, cabos, promontorios, mares, océanos, estrechos, etc., etc., y en relieve las montañas que eran más oscuras y proyectaban su sombra sobre el cristal. He aquí la segunda parte. Voy a la tercera y última. Añadí paralelos y meridianos. Marqué los polos norte y sur. Y por último, incliné el globo 23 grados y medio, colocándolo sobre un zócalo, provisto de una rueda dentada, de modo que con un pequeño manubrio podía hacerlo girar alrededor de su eje. Tenía pues, una lámpara geográfica.

—¡Curioso, en efecto!

—Curioso y útil. Continué pues. Una noche estaba leyendo los diarios, como te he dicho, y vi en los telegramas, las noticias de la guerra de la China con el Japón. Moví el manubrio, y puse delante de

mí esas dos naciones, para seguir la lectura. Debo advertirte que mi lámpara-globo mide cincuenta centímetros de altura.

—¡Entonces es una lámpara monstruo!

—Y, por consiguiente, un globo monstruo. Pues bien, al girar sobre su eje la lámpara, y poner el Japón y la China ante mis ojos, vi una mosca, sobre las isla Nifón, de pie, inmóvil, cubriendo con su cuerpo todo el norte de la isla.

Dejé la lectura y me puse a observar la mosca.

El animalito, avanzó lentamente al sur, pasó por Tokio, y llegó al extremo de la isla. Allí se detuvo y ¡cosa rara! en lugar de seguir caminando y, como si supiera que tenía el mar por delante, voló, y fue a situarse en la costa de la China, sobre la ciudad de Tient-sing, cerca de Pekín. Después recorrió, lentamente, todo el territorio de Manchuria, el Turquestán, y comenzó a ascender los montes de Herat, deteniéndose en la cima. Allí se detuvo, y comenzó a rascarse la cabeza. Creo que meditaba si entraría a Persia o visitaría la India. Te aseguro que si yo hubiera estado en lugar de la mosca también me habría rascado la cabeza.

—Pero en fin, ¿qué hizo?

—Se decidió por la Persia, y entró en Teherán, en el momento en que daban las diez de la noche.

—¿En el reloj de Teherán?

—No, en el mío.

—Pasó enseguida a Arabia, atravesando por la Península del Sinaí. Momentos después, ponía un pie en el Cairo, otro en Suez, otro en Damietta, y otro en Puerto Saíd. Parecía el coloso de Rodas sobre el canal de Suez.

Pero entonces sucedió una cosa muy curiosa. Mientras la mosca avanzaba al sur, como investigando los orígenes del Nilo, un insecto alado de esos muy pequeños, que hay durante las noches de invierno, y que se acercan a las lámparas, subía por el Zambese, país de los Gallas, Nubia, y alto Egipto, y llegó a encontrarse con la mosca. Se

saludaron, indudablemente, y juntos emprendieron su peregrinación al oeste, llegando ambos, a Timboctou. Allí se detuvieron a descansar; descanso necesario y merecido, después de un viaje a través del Sahara.

Timboctou, en mi globo, era el límite del hemisferio visible, y entonces di vuelta al manubrio, y el globo empezó a girar, apareciendo las costas del Atlántico. Pero la mosca voló, como no atreviéndose a atravesar la gran masa de agua, y se colocó, de un solo vuelo, en el polo Norte.

Inmóvil la mosca, en aquel lugar, estuvo como dos minutos, mientras el globo daba una vuelta entera alrededor de su eje. Volví pues, a ver al pequeño insecto en Timboctou, donde es seguro, fijó su residencia, y la mosca sobre su polo, giraba también con la tierra.

Entonces, amigo mío, entonces, una inspiración súbita me vino. La luz se fijó en mi cerebro, y dando vueltas en mi cuarto, exclamé como Arquímedes: ¡Eureka!

Había encontrado el modo de emplear los globos como medio de locomoción, constituyéndolos en globos de inacción.

—No comprendo, le dije.

—Ahora comprenderás y me adorarás como a un ser sobrenatural. Mi descubrimiento, es superior al descubrimiento del vapor, de la electricidad, de todos los descubrimientos. Yo te hago viajar estando quietos tú, y el globo que te lleva. ¡Oh paradojas de la ciencia! ¡Cuán grande eres! ¡Oh ciencia! ¡Cuando te anidas en un cerebro tan bien organizado como el mío!

—Sigues con tu modestia. ¿Pero en dónde está tu descubrimiento?

En esto. Óyeme bien, escucha bien, fijate bien, y comprenderás. Aunque tú eras el último de la clase de geografía, porque eras el más ocioso, hoy con tu razón completa, y la atención que entonces te faltaba, verás cómo comprendes.

—¡Gracias!

—No hay de qué, y prosigo, haciéndote las siguientes preguntas.

—¿En cuánto tiempo gira la tierra alrededor de su eje?

—En veinte y cuatro horas.

—Segunda pregunta: Si tú te situaras inmóvil en el espacio¹ ¿verías dar a la tierra, la vuelta alrededor de su eje, en veinte y cuatro horas?

—Sí.

—Tercera pregunta: Si te situaras en la atmósfera, a una altura de mil metros, nada más, ¿podrías ver este giro de la tierra?

—No, porque la atmósfera me llevaría consigo, y me arrastraría en el movimiento de la tierra, de la cual la atmósfera toma parte.

—Aprobado. Veo que los años te han aprovechado. La ciencia dormida se despierta.

—Cuarta pregunta: Y si una fuerza cualquiera domina el empuje de la atmósfera, ¿quedaría inmóvil el objeto, es decir, quedarías inmóvil tú, que eres el objeto?

—No, porque quedaría aplastado.

—¿Por qué?

—Porque la tierra gira en 24 horas, y tiene 9.000 leguas de diámetro². Por consiguiente, su velocidad es, por hora, de 375 leguas. Por minuto de 6 leguas y $\frac{1}{4}$ y por segundo de 520 metros³.

—Adelantas mucho. No has olvidado las reglas de dividir. Creo que nos entendemos.

—Hasta ahora, creo que no nos entendemos.

—Vamos a verlo. ¿Crees, pues, que la velocidad constante, invariable de la tierra, es de 520 metros por segundo?

—No solo lo creo, sino que es así.

—Convenido. ¿Y la velocidad de una bala de cañón?

—Esta varía. Puede ser de quinientos, de mil, o de dos mil metros, por segundo.

—Ahora bien. Si yo tiro un cañonazo en la dirección opuesta al movimiento de la tierra, ¿vence la bala el movimiento de la atmósfera?

—Hombre, pues, creo que sí.

—Ya no pongo bala de cañón. Pongo bala de rifle, ¿vencerá a la atmósfera?

—Supongo que sí.

—La cuestión no es suponer, Sino afirmar.

—Pues bien, lo afirmo.

—¿Y un tren?

—También pasa.

—¿Y un hombre a caballo?

—Lo mismo.

—Luego, según tu propia confesión, todo lo que se mueve en la tierra, contrarresta al movimiento de la atmósfera, que gira en sentido contrario.

—Pero ni la locomotora, ni el hombre a caballo, andan con una velocidad de 520 metros por segundo.

—Convenido, pero sí la bala de cañón.

—¿Y piensas meterte en una bala de cañón, y ponerla fija en el espacio?

—No sería imposible, pero no trato de eso. He encontrado el medio de contrarrestar las fuerzas, dando al globo una resistencia igual a la potencia atmosférica, en movimiento.

—¡Vaya!

—Sí señor.

—Pero se te romperá como vidrio.

—Ya vuelve el físico ignorante. Dime: si colocas una rama de árbol delgado, vertical, que un soplo podría derribar, y pones una cuerda de un lado, y otra de otro, de modo que estén en opuestas direcciones y dos hombres de fuerzas iguales, o dos caballos, o dos trenes en las mismas condiciones corren opuestamente, ¿derribarán el árbol?

—No, porque habría equilibrio.

—Entonces.

—Pero aquí es lo contrario. Si las fuerzas de los dos hombres, o de los dos trenes, tratan no de equilibrar, sino de conspirar juntos, volverán al árbol una tortilla.

—¡Bravo! reaparece el físico. ¿Luego todo lo que se trata de hacer, es evitar ese choque, que convierte en tortilla el árbol?

—Sí, nada más que eso.

—Pues, he allí mi descubrimiento⁴.

—¿De veras? Pues eres un grande hombre.

—No lo dudo. Ahora es necesario que sepas tres cosas que no sabes.

—Sepamos.

—La primera cosa que debes saber, es que las corrientes atmosféricas, son más fuertes en la superficie que en las alturas.

—¿Cierto?

—Ciertísimo. La segunda es, que la tierra gira más rápidamente que la atmósfera.

—¿Qué me cuenta usted!

—Lo que usted oye. Por consiguiente, en las regiones superiores, hay un viento en sentido inverso al de la tierra, que es constante, siempre constante. Este viento no lleva sino la diferencia entre el movimiento terrestre, y el movimiento atmosférico⁵.

—¿Es posible!

—La tercera cosa que no sabes y que sabrás ahora que yo te lo diré, es que este fenómeno es preciso y constante en el ecuador. Por consiguiente, combinándose estas tres causas, resulta que a la altura de 10.000 metros hay una zona atmosférica, tranquila, de muy poca resistencia, y que un globo puede perfectamente dominar quedando fijo en un lugar, como un buque anclado⁶. El que está en el globo, verá a la tierra girar bajo sus pies, es decir, bajo su globo.

—Y ese globo ¿está haciéndose?

—Está hecho. He esperado este día para hacer el experimento, porque en esta fecha las influencias magnéticas y de atracción del sol y de la luna, en cuadratura, neutralizan la acción de los vientos, y tendremos calma completa en los aires.

—¿Tendremos?

—Sí, pues tú me vas a acompañar.

—Eso no lo verás.

—Eso lo veré. Con que, prepárate, porque mañana a las doce en punto del día, estaremos a la altura de 10.000 metros y comenzaremos a ver países nuevos.

Yo me eché a reír, y mi amigo salió diciéndome:

—Voy a llenar el globo. Se halla en el patio grande de mi casa. A las diez de la mañana, en punto, te espero.

II

Una hora después de esta conversación, pensaba detenida y tranquilamente en este grave asunto. Me parecía imposible, y me parecía posible. Sin embargo, estaba decidido a no ir.

Llegó la noche, y mi resolución permanecía firme e inalterable. A las ocho de la noche me acosté en mi cama, resuelto definitivamente a dormir hasta el siguiente día. A las ocho y media de la mañana me levanté, y durante treinta minutos estuve dando vueltas alrededor de mi cuarto. Parecía que era un ensayo de mi vuelta alrededor del mundo. A las 9 puse la mano en la llave de mi habitación. A las 9 y $\frac{1}{4}$ estaba en la calle, y a las 10 entraba en el patio de la casa de mi amigo que estaba solo, y acababa de llenar el globo.

—¡Hola! —dijo al verme, falta todavía un instante, pero siéntate en la barquilla.

Inconscientemente me senté en la barquilla, y mi amigo me dijo:

—Allí, cerca de ese saco de arena. Cuando yo suba, arrojas el saco al patio. Yo ocuparé el lugar del saco.

El globo se puso tirante. Cuatro pajes salieron entonces y se pusieron frente a cuatro cuerdas, que debía cortar simultáneamente.

Llegó el momento. Mi amigo entró en la barquilla, los cuatro hombres cortaron simultáneamente, los cuatro cables, y el globo balanceándose, se elevó en el espacio. Eran las doce en punto del día.

III

—Ya ves. Qué suavidad de movimiento. Nos ha tocado un buen día hasta para la ascensión. Ni una sola nube turba el azul purísimo del

espacio. Contempla el Guayas, que parece una cinta de plata, que se dirige al mar. He allí Puná. El Muerto⁷, está más adelante. Ve la costa de Santa Elena que huye al Norte, y la costa del Perú que va al Sur.

La ascensión era en línea absolutamente perpendicular y uniforme. Al cabo de unos cuantos minutos, habíamos llegado a la altura calculada. Una corriente de aire de las capas inferiores, nos había hecho subir al norte, como dos grados, de modo que nos hallábamos justamente, bajo la línea equinoccial. Al llegar a este lugar, eran las 12 y $\frac{1}{2}$ de la mañana.

—Ahora —dijo mi amigo—, preparemos las hélices, para resistir al movimiento que las capas atmosféricas impriman al globo, y le impedirían permanecer en el mismo punto. Hecho esto, cúbrete con esta gran capa, pues hace frío, más intenso que en el Chimborazo, y provéete de este antejo, para ver lo que pasará de bajo de nosotros.

Nos hallamos a 0 latitud, y sobre la costa del Pacífico. Por consiguiente, nuestro viaje va a ser monótono al principio, puesto que girando la tierra de oeste a este, lo que primero tiene que pasar es el Océano Pacífico, que no deja de tener alguna anchura. Pero como aquí todo tiene que venir a hora fija, no hay sino consultar el reloj y el mapa.

El primer grupo que debe desfilar, es el grupo de las islas de Galápagos, que está situada a 200 leguas de la costa. Como la relación entre grados y minutos de grado, con horas y minutos de hora, es de 15 del primero para una hora⁸, y siendo el grado geográfico de 20 leguas, tendremos que llegar a Galápagos en 40 minutos. A la 1 y 10 se hallará pues el archipiélago a la vista, y si el gobernador del archipiélago tiene reloj, nos verá a su paso a las 12 y $\frac{1}{2}$ ⁹.

—¡A la una y diez!

—A las doce y media, porque él es el que anda con su archipiélago. Nosotros estamos quietos.

Con efecto, a la hora fijada pasó el grupo de islas, y con la ayuda del antejo, pude ver la reciente población de Chatham, y la inmensa isla Albermale, que huía hacia el Norte.

—Ya ve usted, amigo mío, que no nos movemos. Estamos anclados y el sol casi perpendicular sobre nuestras cabezas.

—¿Y cómo se te ocurrió este medio tan sorprendente?

—La casualidad, como te he dicho, la casualidad.

—Pero tú debes hacer conocer tu descubrimiento. Esto es admirable.

—Mientras más admirable sea, es mío. Y lo que me pertenece, lo guardo para mí y mis amigos. Supón que quieres ir a París, pues me prestas mi globo, subes como he subido, y te diriges a París, o más claro, París te viene a buscar. Cuando hayas llegado a la longitud de París, buscas una corriente favorable, en capas inferiores, que te lleve a París y asunto concluido.

—Hemos escogido un paralelo poco conveniente. Casi no hay tierras, y si recorremos la inmensidad de los mares, poco hemos de ver — le dije.

—Mucho hemos de ver. No tengas cuidado. Espera.

—El primer archipiélago que debemos observar, es el de las islas Gilbert en Oceanía. Es verdad que están un poco lejos, algo como 80°, pero en cinco horas habrán pasado bajo nuestro meridiano. Y si cuando viajas a un país remoto, cinco horas antes de llegar, llamas tú haber llegado, no comprendo por qué te parezca largo ahora. Allí tienes sardinas, pan y buen jerez. Almuerza, y te parecerá más corto el tiempo.

Como todo pasa, pasamos las cinco horas, durante las cuales solo habíamos visto, la superficie del Océano y uno que otro buque, que pasaba por el campo de nuestro antejo. Por fin, pasó el grado de las islas Gilbert, que parecía un archipiélago de fuego.

—¿Por qué están rojas esas islas, que parece que hay incendio?

—Porque son de coral. Allí todo es coral. Los hombres y las mujeres se adornan con objetos de coral. Las chozas tienen grandes ramificaciones que se pagarían a peso de oro en los palacios de Europa, y hasta los anzuelos con que pescan son de coral, y muy estimados en toda la Polinesia. Estas islas, deberían llamarse coralinas.

Grupos de indígenas se veían en los umbrales de las chozas, pero casi no había tiempo de verlos. Pasaban con una rapidez vertiginosa.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las doce y media en el sol. En mi reloj las 6 y 50 minutos de la tarde. Ya llevamos recorrido un cuarto de la esfera.

Más tarde pasó la isla Christmas, perteneciente a los Estados Unidos. La isla Bequer, la isla Apamane, las islas Greenwich y Atlántica y entramos, finalmente, en el poblado archipiélago de las Molucas¹⁰.

—¿Poblado? —contesté—. Si apenas tiene todo el archipiélago medio millón de habitantes.

—Pero tiene doscientas islas. A esta altura, no debemos contar los habitantes, sino las islas. Yo llamo poblado a un archipiélago, cuando tiene muchas islas.

La Molucas aparecieron y poco después, atravesamos el mar de este nombre, cruzando en seguida, la gran isla de Célebes, sintiendo no haber visto su capital Macasar, que quedaba muy al Sur.

El estrecho de Macasar, vióse como un simple hilo de plata, y Borneo, la rica Borneo, que los indígenas llamaban Dayakwaruni, con 700.000 kilómetros cuadrados de superficie, y cuatro millones de habitantes, apareció a la luz del medio día.

—¡Aquí hay tierra, amigo mío, aquí hay tierra! Vamos a atravesar esta isla casi en su mayor anchura y esta mayor anchura mide 8 grados, por consiguiente, tenemos media hora de tierra. Lo que nos importa es fijarnos en el extremo occidental, para ver pasar la capital Pontianak, que se halla bajo la línea, a 0 grados, 0 minutos y 20 segundos. Teniendo pues, el grado veinte leguas, 20 segundos nos dan 555 metros, o cinco cuerdas. La línea equinoccial pasa por los barrios del Norte de la población.

Pontianak pasó y solo pude ver un grupo de individuos, que debieron pertenecer, por sus trajes, al estado de los Mupambas. Pero pasaron como el huracán, y el mar de Java al sur, y el mar de la China al norte, brillaban como dos inmensos espejos. Un momento después, Sumatra pasaba debajo de nosotros, y lo cruzamos justamente, en su región central.

—¡Alto! —dije—, ¡quiero ver Sumatra!

—¡Alto! —dijo mi amigo riendo—, aquí no hay alto. Ni todos los cañones de todas las escuadras, ni todas las fuerzas, pueden decir ¡alto! al globo terrestre. Cuando dios ha puesto en movimiento un cuerpo, solo él puede detenerlo. Ahora, te pregunto, a ti que has dicho ¡alto! ¿Crees que haciendo alto el globo terrestre, verías a Sumatra? Entonces habrías detenido una de las fuerzas del movimiento y la Tierra inmóvil un momento perdería su fuerza de traslación, y existiendo solo la de gravedad, caería al sol, en 64 días. Con que, ya ves si te sería posible contemplar a Sumatra, a tu gusto.

—Pero Sumatra es una isla digna de verse y tiene para mí un aliciente más, porque es el antípoda de Guayaquil.

—Es evidente, y por consiguiente, deben ser las doce y media de la noche.

Efectivamente, mientras, el astro del día, había permanecido fijo en el zénit, habían transcurrido doce horas completas, y en Guayaquil, como en nuestros relojes, eran las 12 de la noche.

Salimos de Sumatra, y un inmenso océano pasa. Tres horas transcurren y vemos cortado el océano, por una línea interminable de costa.

¡El África! el África avanzaba, y penetramos en ella, viendo un momento la población de Juba, que se halla bajo la línea. Más tarde, pasaron los montes Kenia, y el lago Victoria, como un espejo casi redondo de plata, a la simple vista, como un inmenso océano, con la ayuda de nuestros anteojos pasó debajo de nosotros. Durante quince minutos pudimos contemplarle, y al fin aparecieron las orillas occidentales. Entramos en el territorio de Uganda, y atravesamos el Congo o Livingstone por dos veces, llegando a región del África Ecuatorial.

—Aquí tienes, me dijo mi amigo, la gran región del África Ecuatorial. Aquí encontró Stanley a Emín Bajá. Desgraciadamente, no podemos bajar a inspeccionar los nuevos establecimientos. Si

hubiéramos subido algunos grados al Norte, veríamos a Timboctou, a donde acaban de llegar los franceses. El gran río Senegal ha sido la arteria principal de esta inmensa región de Senegambia. René Caillié fue el primero que, a principios de este siglo, visitó esa misteriosa capital del desierto, y después de él hubo muchos que le siguieron, aunque no todos llegaron a la capital del Sudán.

—¿Y el mayor Laing no estuvo antes que Caillié?

—Sí, pero el mayor Laing, no regresó. Murió en Timboctou, o al salir de esta ciudad, en el desierto. Después de Caillié, el que más se internó, fue Barth, que llegó, también, a la Capital del Sudán. Más tarde, Mage, y el doctor Quintín, llegaron a Segó y Sasanding. Por consiguiente, lentamente han ido formándose establecimientos franceses en Bakel, en Mediria, en Sasanding, en Segó, y por último, en 1894, en Timboctou.

El África avanzaba, rápidamente, y llegamos a la orilla occidental habiendo tardado en atravesarla, tres horas.

Casi al mismo tiempo llegamos a la isla de Santo Tomás, teniendo por delante cerca de 50 grados, o más de tres horas de marcha sobre el océano atlántico.

Pasaron esas tres horas, y vimos la desembocadura del Amazonas, y la isla de Marajos, que ocupa una gran extensión. A lo lejos se desarrollaba el inmenso río, que casi corta, en dos, la América Meridional.

—¿Es grande la isla de Marajos?

—Sí. Más grande que la Suiza, que tiene 41.418 kilómetros cuadrados, mientras que esta isla del Brasil, contiene 62.400. Por consiguiente, ocupa una extensión casi igual a Suiza y Bélgica reunidas.

—Según eso ¿la república del Ecuador entera?

—La república del Ecuador contiene 643,295 kilómetros cuadrados, y tiene una superficie mayor que la de Francia¹¹. En su recinto cabrían, desahogadamente, Italia, Suiza, Bélgica, Grecia y Dinamarca, sobrando todavía 173,188 kilómetros cuadrados.

Avanzamos rápidamente, o más bien, giraba rápidamente la Tierra, presentándonos la superficie de la América del Sur en su mayor latitud. Nuestro reloj señalaba cerca de las diez del día, por consiguiente, en dos horas debía la América pasar bajo nuestras miradas.

El Brasil nos mostró todas las magnificencias de su exuberante vegetación y el inmenso río Amazonas, con sus numerosos afluentes, pasó como dibujado en un mapa de colosales dimensiones.

En este momento, vi palidecer a mi amigo y le pregunté lo que había. Nada me contestó, pero le vi arrojar lastre con violencia.

—¿Qué hay? —repetí sobresaltado.

—Nada, amigo mío, que estoy buscando cómo subir, pues, se nos viene encima el Chimborazo, que tiene mayor altura, y justamente corresponde a nuestro paralelo. Hemos bajado algo de nuestra primera elevación, y es posible que nos encuentre esa célebre montaña.

El globo subió como dos mil metros, y alcanzó la altura de ocho mil sobre el nivel del mar. El frío se hizo intenso, y la rarefacción de la atmósfera paralizaba nuestros movimientos. Pero duró segundos, tal vez; pues dominamos esa cumbre gigantesca, siguiendo al mar Pacífico, que apareció enseguida.

Pero entonces sucedió una cosa que ni mi amigo ni yo, habíamos previsto. Una corriente de aire superior nos dominó, llegando a la región de los vientos constantes que soplan del Ecuador al Polo, durante seis meses, y del Polo al Ecuador, durante otros seis, y dominados por ese viento no podríamos descender a la tierra. Estábamos, pues, en la Circunstancia de medir con el mayor provecho el cuadrante del meridiano terrestre; slo que debíamos medirlo muchas veces hasta que se nos acabaran las provisiones.

—¿Crees que bajaremos a la tierra? —pregunté al aeronauta.

—Creo que no.

—¿Entonces?

¿Quién contó esta historia?

Un día después, se encontró en el pueblo de Chone, en la Provincia de Manabí, un paquete cerrado, que decía en su cubierta:

«El que encuentre este cuaderno, entréguelo a la autoridad del lugar más próximo».

El cuaderno contenía la relación anterior.

¿Cuándo ocurrió esto?

Nuestros lectores recordarán que, en 1874, se vio un globo en Cuenca y que después apareció en otros lugares de la República, pero siempre a la misma latitud: dos o tres grados al Sur. Nunca se supo nada de este globo que fue visto en Loja y en Guayaquil. El periódico *La Nueva Era*¹² de 5 de febrero, se ocupa de este globo, y dice que lo extraño es que se había empeñado en bogar en el espacio, y no descendía.

¿Habría, pues, aquel aeronauta, descubierto el sistema, de dar la vuelta al mundo en veinte y cuatro horas?

¿Y por qué no?

*La semana de los 3 jueves*¹

Francisco Campos

Caballero, os aseguro que vuestro discurso me ha probado que sois hombre de ciencia y hombre de mundo. Pero, al mismo tiempo, os digo también, que mi hija no se casará con vos.

—¡Pero si yo amo a Ernestina!

—No lo dudo. Ernestina, sin embargo, es muy joven, y por otra parte, yo tengo ofrecida mi palabra a otro.

—¡Es posible!

—Muy posible. De manera que, con harto sentimiento mío, me veo en la necesidad de no aceptaros por yerno.

—¿Es esa vuestra última resolución, señor don Pancracio?

—La última, amigo Luis. Esto no impedirá que seamos buenos amigos, y que vengáis con frecuencia a mi casa.

—No vendré más, don Pancracio. Por el contrario, pienso poner el diámetro de la Tierra, entre esta casa y mi persona.

—¿Partís?

—Al otro mundo.

—¿Vais a mataros?

—No, digo al otro mundo, refiriéndome al otro hemisferio. Voy a visitar a los senegaleses de Yolof, a los mandingas del Sudán, a los árabes del desierto, a los cafres y los hotentotes, a los enanos de las selvas del Congo, a los zelandeses y a los habitantes de Papuaria.

—¡Me traeréis un álbum con los retratos de todos aquellos tipos de pueblos raros!

—No volveré, don Pancracio. Mi pensamiento era casarme con Ernestina. Y como vos os oponéis, voy a dar la vuelta al mundo, una vez en cada paralelo, tanto al Norte como al Sur, y estar así viajando, constantemente, hasta que llegue la hora de pasar al...

—¿A dónde?

—Al gran cristalino.

—¿Qué es eso del gran cristalino?

—Es un círculo, una zona, un espacio, que se encuentra después del tercer móvil².

—¿Tercer móvil? ¿Sabe usted, que estas palabras son nuevas para mí?

—Porque es usted un hombre poco instruido en Astronomía. Si usted conociera el sistema de Tycho-Brahe, sabría que el sol, ocupa el tercer lugar. Primero Mercurio, segundo Venus, tercero el Sol. Y alrededor del Sol, Marte, Júpiter, Saturno y Urano. Después de esta combinación de círculos, viene el primer móvil, enseguida el segundo móvil, y después el tercer móvil. A continuación se hallan los dos cristalinos, y por último, la morada de los bienaventurados. Pero todos los bienaventurados, tienen que pasar por el primer cristalino. Allí esperaré que se muera Ernestina, para verla al paso.

—Y cuando yo pase...

—Usted no pasará por allí, don Pancracio.

—¿Y por qué no pasaré?

—Porque su ruta es diferente. Su itinerario será otro.

—¿Tendría curiosidad de saber mi itinerario!

—Muy fácil. Una vez muerto usted pasará primero por los terrenos Cretáceos.

—¿Qué quiere decir cretáceo?

—Quiere decir compuesto de creta.

—Siga usted

—Después penetrará en los Jurásicos, más adelante en los Carbóníferos. Allí se transformará usted y se volverá negro.

—¿Y para qué, hombre?

—Para variar. Continuará usted a los terrenos de transición, y más adelante llegará a los terrenos estratificados primitivos.

—¿Todo esos son también círculos?

—Pues, sí. Son círculos, puesto que dan la vuelta al mundo.

- Bueno. ¿Y cuándo vuelvo a blanquear?
- Cuando llegue usted a los terrenos graníticos, que son los últimos, vuelve a cambiar de color. Entonces se volverá usted rojo.
- Hombre ¡qué cambios!
- Nada tiene de particular. Como se va usted acercando al fuego central.
- ¿Al sol?
- Al sol u otro fuego. El hecho es que usted llegará a un gran fuego líquido, y se embarcará en una lancha de amianto.
- ¿Para qué?
- Para hacer la primera visita al rey de esos dominios.
- ¡Curioso viaje!
- Muy curioso. Después de tres veces veinte y cuatro horas de marcha, llega usted a una gran puerta, que se abrirá apenas toque, y se encontrará en presencia de...
- ¿De quién?
- De Satán, amigo mío, de Satán³.
- ¡Se ha lucido usted! ¡Me viene con muchos preámbulos y prólogos y preliminares y advertencias, para darme a entender que me he de condenar! ¿Y así se atreve usted a pedirme mi hija?
- Pues, porque usted me la niega, es que va a realizar tal paseo. ¿Por qué se opone usted a hacer mi felicidad, y la de Ernestina y la suya misma? Yo amo a Ernestina, Ernestina me ama, y por consiguiente, este matrimonio hará la dicha de ambos.
- ¡Calle usted! Nunca se la concederé, puesto que ha tenido la insolencia de hacerme volver negro, cuando pasaba por los terrenos carboníferos, y rojo cuando estaba en los graníticos.
- No importa. Eso lo ve usted todos los días.
- ¿Cómo que lo veo todos los días?
- Sin duda. Usted conoce a los camaleones. Esos cambian de color tres veces por día. Al amanecer, son blancos. A mediodía, son rojos y de noche, negros.
- ¡Es decir que yo soy un camaleón!

—No he dicho eso.

—¡Hum!

—Por otra parte, don Pancracio, usted es un hombre pobre, y yo soy un joven rico. Ofrezco a usted que dotaré a Ernestina con cien mil pesos⁴.

—Eso no. El otro joven que la pretende, también es rico, y la dotará con doscientos mil.

—¡Pero ella no le ama!

—¿Quién se lo ha dicho a usted? ¿Ella?

—No señor. Pero puede usted preguntárselo. En este momento, el paje anunció, con voz solemne:

—¡El señor don Anacleto de Contreras!

El señor don Anacleto de Contreras, entró saludando primero a las consolas. Avanzó, lentamente, dando pasitos cortos y estudiados, hasta que llegó donde estábamos.

—¡Oh!, don Anacleto, ¡cuánto gusto de ver a usted en mi casa!
—dijo don Pancracio.

—El honor y el placer son para mí, don Pancracio.

Don Anacleto era un hombre entre dos edades y podría tener treinta y cinco años, como sesenta. Largo como un bambú, amarillo como un limón, llevaba una cadena de oro, que parecía un grillete. Vestido irreprochablemente, pero sin gracia alguna, parecía un maniquí vestido.

—Aquí nos tiene usted, mi querido amigo, abogando en su favor.

—Gracias, mi buen amigo. ¿Y qué ha dicho la señorita Ernestina? ¿Acepta mi mano y mi corazón, que le tengo ofrecidos hace ya algunos meses? Desenredemos este asunto de una vez. Usted sabe, don Pancracio, que soy el hombre de las resoluciones activas e inmediatas. Los matrimonios, soy de opinión, deben hacerse pronto. Pero observo que aquí hay un tercero que no tiene nada que ver en este asunto.

—¿Lo dice usted por mí, caballero? —dijo Luis.

—No se necesita ser lince para descubrirlo.

Habemos en esta sala tres personas: el señor don Pancracio, que es el padre de la niña. Yo, que soy el novio y, luego, el tercero...

—Soy yo, sin duda alguna. Pero está usted en un error, pues tengo que ver en este asunto.

—¿Cómo?

—Soy también pretendiente, señor mío.

—¡Hombre! ¿Y qué pretende usted?

—Pretendo casarme con la señorita Ernestina.

—¡Hombre!, repito que no se exponga usted porque lo deshago. ¿No ve usted que el padre quiere casarla conmigo?

—Hombre —repitió Luis—, ¿no ve usted que la señorita Ernestina quiere casarse conmigo, y yo con ella? Aquí tenemos que resolver la incógnita, y es preciso que....

—Uno de los dos tiene que morir hoy —dijo bufando don Anacleto.

—Corriente —contestó Luis—, muérase usted que en cuanto a mí, procuraré vivir lo más que pueda.

—¡Un duelo! —agregó don Anacleto.

—Un duelo —agregó Luis— ¡es imposible!

— ¡Atención! —gruñó don Pancracio. Esto pasa de castaño a oscuro. Si quieren romperse el alma, rómpansela, pero en la calle. En mi casa, no. Lindo modo de hacer la corte a mi hija, amenazándose como dos matasietes. Don Anacleto, en usted me sorprende mucho, porque le he creído un joven moderado y prudente.

—Pero don Pancracio, ya ve usted que no es muy agradable, encontrarse uno, de repente, con un rival a cuestas.

—Eso es cierto, pero hay que tener paciencia y no atufarse.

—Don Anacleto —dijo Luis—, hagamos un arreglo.

—¿Cuál?

—Usted es pretendiente de la señorita Ernestina, y yo también.

—Sí, señor.

—Pues bien. Partamos, y al que traiga un obsequio más raro, a don Pancracio, para su hija, ese obtendrá la preferencia.

—Ya esto se compone —observó don Pancracio— Ya no es lucha de fuerzas, sino lucha de fortunas. Esto me conviene más.

—Es decir —dijo don Anacleto—, ¿algo así como la alfombra misteriosa, el anteojo milagroso, o la manzana cuyo olor sanaba a los enfermos? Pero ya no es tiempo de las hadas, ni estamos en Bagdad, ni en Bassora⁵.

—Iremos a Bagdad o a Bassora.

—Aun cuando fuéramos, ya no hay de venta esos objetos. Eso fue en aquel tiempo en que las semanas tenían tres jueves.

En esto entraba en la sala un tercer personaje, en el cual poco fijaron la atención. Era un joven de veinticinco años, distinguido, inteligente, instruido, pero pobre. Era un sobrino de don Pancracio, llamado Carlos. Conocía a don Anacleto, y sabía que era un tonto, y conocía a don Luis, y sabía que era un fatuo. Por otra parte, era el elegido de Ernestina, y por consiguiente, el verdadero novio.

Oyó las últimas palabras, y dirigiéndose a don Anacleto, dijo:

—Pues todavía hay semanas de tres jueves, y por consiguiente hay hadas.

—¿Semanas de tres jueves? —replicó don Anacleto.

—Sí, señor. Puedo demostrárselo.

—Demuestre, joven.

—La demostración es muy fácil, pero necesito para ello, diez mil duros.

—Yo doy cinco mil —dijo don Anacleto.

—Yo los otros cinco —añadió don Luis.

—Y yo —dijo don Pancracio— doy mi hija al que me pruebe que hay semanas de tres jueves.

—La demostración se hará dentro de tres meses. El jueves 25 de Septiembre de este año, os encargo estéis en esta casa a las doce en punto del día.

—¡Aceptado!

—¡Aceptado!

II

—No hay duda, Ernestina mía. Venceré en esta cuestión y probaré a tu padre, que hay semanas de tres jueves. Ya tengo tomadas todas las medidas y solo queda el tiempo.

—Pero si es imposible, Carlos.

—Es evidente. No te lo digo, porque quiero también reservarte la sorpresa.

—Mi padre ríe, cada vez que se trata de esto, y dice que ni las hadas pueden hacerlo.

—Pues yo no soy hada, y sin embargo lo haré.

—¡Dios lo quiera!

—Y ¿qué dirán tus pretendientes don Anacleto y don Luis?

—Ellos creen que triunfarán, pero yo tengo confianza en ti, Carlos.

III

—Señores —dijo Carlos a los dos individuos— he aquí de lo que se trata. Usted va, simplemente, a dar la vuelta al mundo, por el derrotero que le indicaré, llegando, dentro de noventa días, a la isla de Puná, de regreso de su largo viaje. Allí espera usted al señor, que va, igualmente, a dar la vuelta al mundo por otro derrotero, llegando a Puná en el mismo tiempo, donde esperará al otro, si llega usted primero. En Puná es absolutamente prohibido permanecer sino el tiempo estrictamente necesario para esperar al que debe llegar.

—Segunda condición. Es absolutamente preciso que lleve cada uno de ustedes, un cuaderno en blanco, donde vaya apuntando sus impresiones, día por día, sin faltar uno, hasta el mismo día de su regreso a Guayaquil. En este diario hay que anotar, forzosamente, el día de la semana. Por consiguiente, debe comenzar, cada día, de este modo:

Sábado 10 del presente junio. Domingo 11 de id.

—Tercera condición. Una vez encontrados en Puná, vendrán inmediatamente a Guayaquil; y sin hablar con nadie, se dirigirán a mi habitación que es en la que se hallan este momento. Advierto, por último, que ningún día dejarán ustedes de hacer alguna anotación en su diario, y si nada nuevo ocurre, consignen en ese día, alguna observación meteorológica o astronómica. El hecho es, no dejar un solo día, sin consignar algo.

—Veamos los itinerarios —dijeron los dos viajeros.

Carlos desarrolló un plano sobre la mesa.

—He aquí el planisferio —dijo—. En líneas rojas el primero, y en líneas azules el segundo, están trazados los itinerarios. Helos aquí:

Itinerario No 1.

Salida de Guayaquil al Callao.

Tomase la línea de vapores que del Callao va a Australia. Pasa enseguida a Ceilán. Viaje de Ceilán al mar Rojo y entrada a Europa por el canal de Suez. Regreso de Europa por Panamá. Llegada a Puná.

Itinerario No 2.

Salida de Guayaquil a Panamá.

Viaje a Europa. Embarco en Marsella para la India y Australia. Viaje al Callao, regreso a Guayaquil. Ultimo punto de escala, Puná.

—He aquí los itinerarios y las condiciones. Espero las vuestras.

—Son muy sencillas. Cinco mil pesos cada uno⁶.

—Aceptado también y ¿cuándo la salida?

—Mañana.

—Asunto concluido.

IV

Había llegado el 25 de Setiembre, día jueves, en el Calendario y este nombre aparecía en enormes letras en lo alto de las paredes, de la casa de don Pancracio.

Don Pancracio ocupaba el centro de la sala, a su derecha don Anacleto y a su izquierda don Luis, conversaban tranquilamente con él.

Faltaban solo cinco minutos para las doce y esperaban con impaciencia a Carlos.

—No vendrá, dijo don Pancracio. Hace tres meses no lo he visto y creo que se ha ausentado. Apuesta inútil, agregó, puesto que es absurda.

Dieron las doce. En este instante Carlos subía las escaleras de la casa, acompañado de dos hombres. El uno estaba vestido de chino y el otro de turco.

—Señores, buenos días. Aquí estoy.

—Sí señor. Aquí está usted, pero esos dos caballeros, ¿quiénes son?

—Son los otros dos jueves. Yo soy el tercero.

—¿Cómo se entiende eso! ¿Los señores se llaman jueves?

—Entendámonos y veremos claro. ¿Tendría usted la bondad de decirme, don Pancracio, en qué día estamos?

—En día jueves —dijo don Pancracio.

—¿Y usted, señor Turco, qué dice?

—Digo que hoy es viernes, y por consiguiente, ayer fue jueves.

—¿Y usted, señor Chino?

—Mucho me sorprenden esas afirmaciones. Siendo hoy miércoles, el jueves será mañana.

—Absurdo, absurdo. El jueves es hoy, y lo sostendremos a pie, y a caballo, con las armas en la mano.

—Paz, señores. Esto no es lucha de armas, sino lucha de la ciencia. Tan cierto es que hoy es Jueves, como que lo será mañana para el señor, y como lo fue ayer para el turco. Paso a demostrarlo.

—El hombre a quien Uds. ven, vestido de turco, acaba de dar la vuelta al mundo, con dirección al Este, es decir, ganando cada día, en proporción de la rapidez de su marcha, tantas veces una hora, como 15 grados recorridos, de modo que en 30 grados ganó 2, y en 360, ganó 24. Por consiguiente, para él la fecha del jueves, fue ayer, y no hoy. El chino por el contrario, viajando hacia el Oeste, ha ido perdiendo horas en la misma proporción. Por consiguiente, entre los dos hay una diferencia de 48 horas, o dos días, y el jueves es mañana. Estos dos

días son los dos jueves, complementarios de los tres, siendo el tercero, el jueves que está escrito en las paredes de esta casa. ¿Me entiende usted don Pancracio? ¿Me entiende usted don Anacleto? ¿Me entiende usted don Luis?

—Todo eso no significa para mí, nada —dijo don Anacleto— y para perder mis cinco mil duros, y también la mano de Ernestina, necesito convencerme, hasta la evidencia, de la realidad del hecho, que estamos discutiendo.

—Nada más fácil don Anacleto. Ahora mismo va usted a entenderlo, aun cuando tenga usted la cabeza más cuadrada que un tablero de ajedrez.

—¿Cómo se entiende eso?

—Comienzo por hacer a usted, y a los dos caballeros aquí presentes, e interesados en la cuestión, algunas preguntas preliminares, a que no dudo contestarán, pues deben haberlas aprendido en la escuela.

—Primera pregunta. ¿Cómo se llama el movimiento que hace la tierra alrededor de su eje?

—Movimiento de rotación —contestó don Luis, muy satisfecho con su erudición.

—Perfectamente. ¿Cuánto tiempo dura este movimiento?

—Veinte y cuatro horas —dijo don Anacleto.

—Muy bien, don Anacleto. Ahora háganos el favor de mirar el reloj que está en la pared, y que tiene grande la esfera. Y usted don Pancracio tenga la bondad de poner la hora en las doce en punto.

—¡Pero así se descompone mi reloj! —exclamó don Pancracio.

—No se descompone.

Don Pancracio colocó el minuterero y el horario, en las doce en punto.

—Muy bien —dijo Carlos— Ahora, atención.

—Suponga usted, don Pancracio, que este reloj tiene dos minutereros y un horario, y suponga, también, que el uno de los minutereros avanza hacia la derecha, y el otro avanza hacia la izquierda.

—Está supuesto.

—Muy bien. En este momento, en que el reloj señala las doce, y en el cual los tres punteros coinciden, ¿sabe usted lo que significa el verbo coincidir, don Anacleto?

—Caballero —contestó don Anacleto— diré a usted que en el colegio obtuve, como premio, por mi certamen de gramática, un ejemplar de las fábulas de Lafontaine.

—Debieron haberle obsequiado una gramática. Pero continuó:

—Ahora bien, si don Anacleto hace girar el minutero hacia la derecha del reloj, al mismo tiempo que don Pancracio hacia la izquierda, ¿en dónde encuentra don Anacleto al minutero?

—En la una, más un doceavo, del espacio entre la una y las dos.

—Es decir, en términos fijos, y divididos los cinco minutos en segundos, o sean 300 segundos, en la una y veinticinco segundos. ¿Y usted don Pancracio?

—En el mismo lugar.

—Bien. ¿Y cuánto ha recorrido usted de esfera para este encuentro?

Don Anacleto contestó:

—He recorrido diez horas, y doscientos setenta y cinco segundos.

—¿Y usted, don Pancracio?

—Yo, trece horas y 25 segundos.

—¿La suma de los dos?

—Veinte y cuatro horas.

—¿Y la diferencia?

—Tres horas y cincuenta segundos.

—Pasemos a la segunda vuelta. ¿Cuándo encontrará don Anacleto el horario?

—A las 2 y 50 segundos.

—¿Y don Pancracio?

—A las 9 y 275 segundos.

—¿Y la diferencia entre los dos?

—Cinco horas y 100 segundos.

—Va usted, pues, notando, don Anacleto, una diferencia sensible de horas, diferencia que va creciendo, por aumento de un lado, y por disminución del otro. Estas diferencias se notan fácilmente por los viajeros de Estados Unidos a Europa, en cuya travesía tienen que recorrer más de tres mil millas, o sea más de mil leguas.

—Siguiendo el mismo orden, espero que don Luis, tendrá la bondad de escribir esta serie de cifras, que pondrán tan claro este asunto, como una suma y una resta de enteros. ¿Sabe usted don Luis las cuatro reglas de enteros?

—¿Se burla usted de mí, don Carlos? Dicte usted

—Escriba usted, pues:

12.....	12		
13 25.....	10	275	
14 50.....	9	250	
15 75.....	8	225	
16 100.....	7	200	
17 125.....	6	175	
18 150.....	5	150	
19 175.....	4	125	
20 200.....	3	100	
21 225.....	2	75	
22 250.....	1	50	
23 275.....		25	
24.....	0		

—Ahora bien, ¿cuánta es la diferencia entre 12 de la primera columna, y 24 de la última?

—Doce horas dijo don Anacleto.

—¿Por aumento?

—Sí, por aumento.

—Y usted, don Pancracio ¿cuánta es la diferencia?

—Doce horas, don Carlos.

—¿Por diferencia?

—Por diferencia, es indudable.

—Doce horas de diferencia, y doce horas de aumento, hacen 24 horas, o sea dos veces doce. Luego, si en lugar de 12 horas, hubiera tenido el reloj 24, el resultado habría sido de 24 horas por exceso y de 24 horas por diferencia o sean 48 horas, o dos días. Estos dos días son los dos jueves.

—Pero en fin —replicó don Anacleto— ¡esto no es real! porque no creo que el señor turco, o el señor chino hayan vivido un día más o un día menos que nosotros.

—No señor, es real y evidente.

—De modo que si doy la vuelta al mundo, vivo un día más o un día menos, del que hubiera vivido si no me muevo de Guayaquil?

—Días que podemos llamar naturales, es decir, intervalos entre dos apariciones del Sol, sí, pero ni un segundo más de tiempo.

—Ahora lo entiendo menos.

—La razón es clara, porque si gana un día, este día es el resultado de las horas que lentamente ha ido perdiendo durante el viaje en los días que han transcurrido y si pierde un día, es el resultado de las horas, que lentamente ha ido ganando en los días anteriores. Es exactamente lo mismo que si usted divide una recta en 11 partes, en 10 o en 9. En el primer caso, las divisiones son menores que en la segunda, y en el tercero, mayores. Las divisiones son los días, la longitud de la recta, igual en los tres casos, es el tiempo.

—¡Como que me voy convenciendo! —dijo don Pancracio—
¿Qué dice usted, don Anacleto?

—Yo digo que usted solo pierde cuatro horas, mientras que yo pierdo cinco mil duros y una lindísima novia.

—Y yo también —dijo don Luis—. Lo que no me explico es cómo en el caso de las horas, el uno gana y el otro pierde y solo para nosotros hay pérdidas, pues ambos perdemos.

—Pero yo gano —declaró Carlos triunfante.

—Y nosotros también, dijeron el turco y el chino, pues hemos ganado experiencia en el viaje.

—¡A costa de nuestro dinero! —replicaron a un tiempo los dos pretendientes.

—Alguno ha de ser el que paga. Felizmente han pagado la mitad cada uno y la pérdida no es considerable.

—Una última pregunta, Carlos. Supongamos que de Londres viniera una noticia importante a Guayaquil, por ejemplo, hoy a las dos de la tarde, ¿a qué hora se sabría en Guayaquil?

—A las 9 y $\frac{1}{2}$ del día.

—¡Pero si esto es imposible! ¿Cómo puede saberse una cosa antes de que suceda? ¿Cómo pueden saber en Guayaquil, a las diez de la mañana, lo que ha pasado a las dos de la tarde en Londres?

—El instante es el mismo don Anacleto, pero la hora es diversa. Usted no sabe, ni antes ni después, viniendo la noticia instantáneamente por cable, lo sabe en el momento que ocurre. Solo que su reloj señala una hora, y el de Londres otra, debido a la diferencia de meridianos.

—¡De horas! dirá usted.

—Sí, pero a causa de la diferencia de meridianos.

—Esto es, por la distancia entre los dos lugares —dijo sentenciosamente don Pancracio.

—No es por la distancia, don Pancracio, sino por la longitud. La distancia nada tiene que hacer en esto. De aquí resulta que estando Washington, casi en el mismo meridiano que Guayaquil, la hora de las dos ciudades es próximamente la misma, a pesar de haber una distancia entre ellas de cerca de tres mil millas. Mientras que en Guayaquil y las islas de Galápagos que están al Oeste de la Costa ecuatoriana, a 10° , tienen una diferencia horaria con Guayaquil, de 40 minutos.

—¡Vea usted la importancia de los meridianos, rayitas que creía insignificantes!

—¿Y para qué sirven los paralelos? —agregó don Luis, ávido por instruirse.

—Sirven para conocer la latitud, o lo que es lo mismo, la distancia al ecuador. Y también para saber la distancia de un punto geográfico a otro, medida en este círculo máximo.

—¡Hombre! ¿De manera que, sentado en mi silla, con un mapa sobre mi mesa, puedo saber la distancia entre dos lugares?

—Sí, señor. Basta saber que habiendo 360 grados, en la circunferencia, cada grado vale 20 leguas. Por consiguiente, conociendo la diferencia de grados, se multiplica esta por veinte, y tenemos las leguas.

—Quisiera saber, por este medio, la distancia entre París y San Petersburgo.

—Nada más, fácil, pero advierta usted que esta distancia se mide en línea recta. De París a San Petersburgo, hay una diferencia de meridianos, igual a 35 grados. Calculando esta distancia en el Ecuador y multiplicándola por 20 leguas, nos da 700 leguas.

—¿Luego la circunferencia de la tierra?

—Esta circunferencia, comprende 360 grados, que multiplicados por 20, dan 7200 leguas de 20 al grado. Estas 7200 leguas, comprenden 21.600 millas marinas, cada una de las cuales se compone de 1852 metros. Por consiguiente, la circunferencia del globo es igual a 40.003.200 metros, y he aquí por qué el metro es la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano terrestre.

—Completo. Y he aquí por qué el sistema métrico es el mejor, porque tiene por base un submúltiplo del cuadrante del meridiano terrestre.

—Y, dejando de lado, esta discusión científica —observó Carlos— el triunfo es mío, y por consiguiente, mi querido tío, espero me otorgará usted la mano de Ernestina.

—Concedida, sobrino, pero con la condición de que el matrimonio se celebrará en cualquier día de la semana, menos el jueves.

INVENCIONES
Y DESCUBRIMIENTOS ASOMBROSOS

El alma del doctor moscorroffio

Juan León Mera

Haz bien y no te importe saber a quién, dice un refrán, y en él se encierra gran filosofía, como puede comprenderlo cualquiera, si no es un zote. Por el dicho refrán vemos, no solo que estamos obligados a servir a todos nuestros prójimos, sino que al hacer el beneficio no debemos esperar ninguna recompensa y ni aun dejarnos halagar por la idea del agradecimiento. Cuando se despierta esa esperanza en el corazón o prende esta idea en la mente, se anula el mérito de la buena acción. Hacerla y olvidarla, he ahí lo que conviene; ese olvido generoso de parte nuestra es el recuerdo de Dios, quien a su vez olvida lo que nosotros interesadamente recordamos.

¿Es hacer un beneficio honrar la memoria de los muertos? ¡Quién lo duda! Y es tanto más meritorio, cuanto de los difuntos nada podemos esperar.

Bien, pues; yo honré la memoria del Dr. Moscorroffio con recordar sus prodigiosas curaciones, para que el mundo las admirase. Nada tenía que esperar de él, puesto que no había de volver al mundo para cambiarme los sesos, como al consabido enfermo del hospital de San Juan de Dios, con lo cual me habría recompensado muy bien; porque, claro se está, con mi cabeza regenerada de ese modo me hubiera visto en aptitud de hacer gran figura entre los ecuatorianos, sobre todo en el periodismo. Pero ni aun cuando hubiese estado vivo el famoso Doctor habría oído palabra de mis labios que le recordase y encomiase el artículo salvador de su nombre que iba perdiéndose en la obscuridad.

Hacía mucho tiempo que lo escribí y lo había olvidado por completo; pero el mismo Moscorroffio por mi péñola favorecido, me lo

trajo a la memoria de un modo asaz curioso —tan curioso, más bien, que he resuelto hacer conocer al público lo ocurrido.

Una noche, cansado de escribir un extenso artículo sobre ciertas cosas de mi tierra, que con decir que eran de ella ya se puede juzgar lo que serían, crucé los brazos sobre el pupitre, apoyé la frente en ellos y me dormí como un chiquillo después del chacoteo y de la cena. Quiero decir que me dormí...pues... ¡como un chiquillo! ¿Cómo he de ponderar más lo profundo de mi sueño?

Al punto comenzaron a revolotear en torno de mi cabeza mil objetos fantásticos relativos a lo que acababa de escribir: cosas de política, de guerra, de gobierno y no sé qué más; todo confuso, todo embrollado, todo incomprensible, como debía ser: como esas cosas. Los sueños son parecidos a los negocios de este mundo sujetos a cambios y transformaciones violentas e inexplicables, y las imágenes del mío desaparecieron de súbito envueltas por una nube caliginosa. Por algunos minutos no vi otra cosa que la nube que se arremolinaba y condensaba lentamente; mas he aquí que de entre ella va asomando una cabeza, luego el pecho y los brazos, después el vientre y los muslos, y las canillas, y los pies de un ser humano; es un hombre, es un viejo venerable que me ve con unos ojos que me van metiendo en temor y deseos de esconderme.

—No te asustes —me dice el aparecido—: soy el Dr. Moscorroffio.

—¡Jesús me valga!

—Vamos, te repito que no te asustes; ¿acaso vengo a hacerte mal ninguno?

—Pero, Sr. Doctor, ¿no lleva años de haberse muerto? ¿Cómo usted por aquí?...

—Cierto, y llevo los mismos años de algo mucho peor que haberme muerto.

—¿Qué quiere usted decirme?

—Que estoy en el infierno.

—¡Misericordia! ¡un condenado!

—Cálmate cálmate; mira que con tus aspavientos vas a malograr el objeto de mi visita.

—Pero...

—Pero créeme que si he venido del infierno no es para llevarte a él...

—¿Si no para qué?

—Para mostrarte que soy tu agradecido, y nada más.

—¡Aaah! Es quizás por haber hablado de usted con admiración y encomio en uno de mis escritos.

—Por eso precisamente. Te debo, pues, el favor de que ande hoy mi nombre en letra de molde, y de que se recuerden los beneficios que hice a la humanidad.

—Ha podido usted excusar esta visita de agradecimiento; mi escrito fue desinteresado; y francamente, la manifestación de su gratitud no compensa el sustazo que usted me ha dado. Todavía no tengo el corazón en su puesto.

—Perdón por lo del susto. En cuanto a lo demás era deber mío agradecerte. Tu obra fue de mucho mérito a mis ojos, y no soy de los que reciben un servicio y se quedan muy frescos.

—Si algún mérito tiene mi obra, consiste solo en haber hecho yo una cosa muy rara en nuestra tierra, donde hay tan poca voluntad para reconocer y confesar las buenas obras ajenas, como parece que lo ha penetrado usted, y sí, por el contrario, hay mucha para negarlas o echarlas noramala. Pero sea de esto lo que quiera, usted hasta después de muerto es el hombre de los prodigios: yo sabía que nadie forzaba las puertas de la eternidad para volver a este mundo, y, con todo, aquí me le tengo a usted presente.

—En verdad, razón tienes de sorprenderte: mi venida de los infiernos no es cosa que te la puedes explicar fácilmente.

—¿Podrá explicármela usted?

—¿Por qué no?

—Pues al caso. Pero que el favor sea completo.

—¿Qué más quieres? Mira que la gratitud me obliga a ser complaciente contigo: habla y pide.

—Quiero el permiso de revelar al mundo lo que usted me cuente. Soy de mi siglo y no puedo callar nada.

—¡Hum! Mi amo y señor Satanás puede llevarlo a mal; pero venga lo que viniere sobre mí, haz cuanto te dé la gana: si te place, di hasta lo que no te he dicho.

—Eso no, eso no: a mí no me gusta mentir.

—Pues atiende. La mujer más querida de Satanás cayó enferma...

—¡Cómo! ¿también los diablos se casan?

—Sí, señor, se casan civilmente, y cuando les viene en voluntad, se divorcian. Te decía, pues, que la diabla cayó enferma: sobrevínole un parto muy difícil, como yo no le había visto en el mundo ni entre las mujeres más aristócratas, y hétela a la señora mía en terribles aprietos, y al marido inquieto y acongojado. Las diligencias de las más célebres parteras fueron vanas, el centeno, inútil... Al cabo Satanás se acordó de mí.

—Ven, prodigioso Moscorroffio —me dijo—, salva a mi mujer, y cuenta con un premio.

Acudí volando. ¡Patarata! Zas, zas, la operación cesárea, cuatro diablillos fuera, y la madre se queda como si tal cosa. Mi señor tuvo la amabilidad de abrazarme y darme un beso que me quemó la mejilla.

—Pide el premio que quieras —me dijo—, y con tal que no sea el descondenarte, lo tendrás al punto.

—Señor —le contesté sin vacilar—, quiero la venia de vuestra augusta majestad para hacer una visitita a mi favorecedor don Pepe Tijeras.

—Concedida. Pero cuenta con que pases no más de media hora en tu charla con el tal Tijeras.

Imagina, mi Pepe, como me apresuraría a salir del infierno siquiera treinta minutos.

—Bien, mi doctor; pero lo que usted me ha referido es tan extraño, que ha despertado vivamente mi curiosidad. ¡Conque el infierno hay matrimonios!

—Lo mismo que en el mundo hay infierno en muchos matrimonios.

—¡Conque las diablas procrean!

—Lo mismo que las mujeres, si ya no es que se desempeñan mucho mejor: como te he dicho, cuatro de una ventregada... Y esto es comunísimo, de todos los días.

—¡Cáspita, qué fecundidad!

—Ella te explicará la abundancia de demonios. Calcula, hijo, esta manera de aumentarse los enemigos del género humano desde antes de Adán, y con la circunstancia de que ninguno se muere, pues si entre ellos hay enfermedades, son para su tormento, no para que se mueran. Y esa abundancia te explicará a su vez el estado actual del mundo. El reino infernal está repleto de vasallos de Satanás, y todos los días se aumenta su emigración a la tierra más que la de alemanes e italianos a los Estados Unidos.

—Doctor Moscorroffio, usted me va dando gran luz para juzgar y comprender mil y más cosas de los hombres y los pueblos modernos.

—En efecto. Pero sigue escuchándome y no me interrumpas, pues solo diez minutos me quedan.

Y sacó y miró el doctor un soberbio cronómetro.

—En el infierno, continuó, no obstante, los millares de millones de diablos y la complicación del gobierno y de la administración, todo se hace con tal orden que admira. La educación está bien organizada, la enseñanza artística, industrial y científica no deja nada que desear. Hay cátedras para todos los ramos, y premios para todos los adelantos. Apenas nace un diablillo, se le examina el cráneo por el sistema de Gall¹ y se le dedica a aquello en que más puede sobresalir: este para la abogacía, aquel para la medicina, el otro para la filosofía, el de más allá para la política; no faltan aptitudes para la teología...

—Alto ahí señor mío: esto no puede ser; a menos que lo que usted dice debamos entender en sentido falso y propio para dañar la verdadera teología, la verdadera filosofía, la verdadera política, etc.

—¡Bah! ¿Podías dudarlo? ¡Qué buenos son los diablos para hacer las cosas de manera favorable a los hombres! Si lo que les conviene y anhelan es perderlos, ¿cómo han de obrar arrimados a la verdad? Si así lo hiciesen, dejarían de ser diablos. Eres, pues, un inocente que no comprendes a las derechas lo que te voy diciendo. Todo es falso, todo no tiene por fundamento sino la mentira, y por fin el aumentar el número de los réprobos; para esto ponen la monta en hacer que los hombres crean que la mentira es la verdad, y lo dañoso, saludable, y la perdición, salvación y gloria. En lo de la teología, es preciso que me explique algo más, pues como te propones publicar mis revelaciones, corres peligro de que, a pesar de tu no desmentida ortodoxia y firme conservatismo, algún reverendo te magulle a cordonazos o te corte las orejas por hereje y radical. Conque, una aclaración, y basta y sobra: si los diablos no estudiasen teología a su modo, ¿cómo podrían explicarse las mil disidencias que han desgarrado la unidad del cristianismo, ni las disputas que en todo tiempo se han sostenido entre la verdad y el error, la afirmación y la duda? Punto a este punto, y sigo.

En inventar modas, en fomentar el lujo, en el arte de azuzar las familias contra las familias y los pueblos contra los pueblos, para que

por quítame allá esta paja echen a rodar la armonía y la paz, se emplean los diablillos mozos, vivarachos e inquietos: ¡cómo se divierten los pillos en ridiculizar las cabezas femeninas con moños y las caras con menjurjes! ¡Cómo juegan con hombres y mujeres vistiéndoles de mil maneras estrambóticas! ¡Con qué destreza crean vanidades monstruosas para levantar injustas rivalidades! ¡Con qué infame sabiduría tejen intrigas, enardecen los ánimos y arman lenguas y manos para las luchas domésticas y populares! Al incremento de la embriaguez, la impureza del instinto disfrazado de amor, la gula bautizada con el nombre decente de gastronomía y todos los demás vicios radicados, por decirlo así, en el hombre-materia, se dedican los demonios gordiflones, caricolorados y de ángulo facial cerrado como el de un mulo. El avaro, el codicioso, el de las entrañas roídas por la envidia, tienen por maestros diablos secos, largos, encorvados, y de faz cetrina y ojos hundidos y temerosos. Los diablos de más talento y más actividad, sagaces y husmeadores de lo presente y lo porvenir, se dan ardentemente a la política, y los que al talento y sagacidad añaden la calma y la circunspección, cultivan la filosofía y otras ciencias, y llenan el mundo de teorías que ni ellos mismos comprenden y de sistemas absurdos, que hacen pasar como maravillas del ingenio humano. Todos esos agentes del *zar* del averno, una vez terminados sus cursos en multitud de colegios y universidades parecidas a las de los hombres, y obtenidos los diplomas necesarios, salen por pelotones (y esto es de todos los días) y se desparraman por el mundo, y... el mundo progresa que es un portento. Si fueran visibles a tus ojos, ¡cómo te pasmarías de su infatigable diligencia, de su nunca amortiguado celo, de su destreza y sabiduría, cada uno en su ramo! Hállaseles en todas partes: en talleres y oficinas, en laboratorios y almacenes en el tocador de las damas, metidos en los frascos y cajitas de perfumes y cosméticos; en el gabinete del literato, dictándoles ora sentimentalismo empalagoso, ora nauseabundo realismo; en el del filósofo, enseñándole materialismo o ateísmo; en el del teólogo, tentándole a sacar de las Escrituras y

las leyes de la Iglesia deducciones contrarias a la misma teología. Dase con ellos en los ministerios; hablan al oído de presidentes y de reyes; aquí encienden la ambición, allá fortalecen el despotismo, acullá desencadenan la anarquía; en unas partes son monárquicos, en otras demócratas; ya se muestran liberales, ya conservadores. No faltan en los tribunales de justicia, para que las leyes sean bien comprendidas y ejecutadas; es frecuente verlos trasladándose a ellos caballeros en las cervices de procuradores y escribanos. Abundan en los laboratorios de química y en las grandes fábricas de armas, confeccionando materias explosivas y fundiendo cañones, conque los pueblos puedan regenerarse y llegar a la cúspide de la dicha y la gloria. Ellos presiden las sociedades secretas, de las que son fundadores, y aguzan el *puñal de la salud* y preparan el *veneno de la salvación*. Ellos son dueños de la mayor parte de las imprentas del mundo, y dan a luz con profusión asombrosa diarios, folletos y libros. Ellos son con harta frecuencia los directores de las elecciones populares, y frecuentemente, por lo mismo, los dueños de las mayorías en Concejos y Legislaturas; de ahí la oposición tenaz a que se haga a los hijos del campo, sobre todo a los indios, el grave daño de sacarlos de la ignorancia y salvajismo, y a los jornaleros el no menos terrible mal de arrancarlos de las manos de los infames que especulan con sus fatigas y su sangre, Ellos, en fin, saben cumplir su deber, superando en esta virtud a más de la mitad del género humano, y son patriotas como no hay cuatro en el haz de la tierra, pues tan vivo interés tienen en el adelantamiento y gloria de su reino. El ex arcángel, que no contento con los dominios que le conquistó su soberbia, ha hecho de la tierra su colonia, está satisfecho de sus agentes en ella.

Moscorroffio miró de nuevo su reloj y exclamó:

—¡Caramba! Cómo vuela el tiempo. Ya no tengo sino un breve minuto, y para no malograrlo voy a referirte en dos palabras una cosa que puede interesarte, por ser de actualidad.

—Échala pronto que soy todo orejas.

—Has de saber que la política del Ecuador preocupa mucho a mi agosto amo: ya le parece que tarda demasiado la total conquista de esta República, y no está satisfecho del éxito de los montoneros de la costa, dice que el Congreso mismo, no obstante, el fruto que sacó de él, hizo cosas que no le han agradado, y ahora pone sus esperanzas en las próximas elecciones populares; y para que trabajen en ellas organiza y disciplina un numeroso cuerpo de los diablos más duchos en intrigas, sobornos, fraudes, tontos celos, pueriles quisquillas y cuanto más se necesita para un espléndido triunfo...

—Señor, son las once y más; el chocolate se enfría en la mesa.

Era la voz de mi paje. Di un salto al despertarme y me puse de pies. La hora o sea el último minuto del Dr. Moscorroffio había sido marcado por la voluntad del *cholo* que vino a llamarme, o más bien por la olorosa jícara que humeaba en la mesa.

Durante la cena repasé mentalmente todo cuanto había visto y oído en tan peregrino sueño, para no olvidarlo, y luego recé un *Pater noster* por el alma del famoso médico, pues no creo que esté en el infierno: eso de verlo condenado fue solo pesadilla, y ¡quién peca como una vieja creyendo en tales fantasmas! Tú, lector mío, tampoco creas en nada de lo que acabas de ver; mira que todo es sueño y nada más. El mundo con su política, ciencias y artes, costumbres y cultura, etc., etc., va muy bien, muy bien ¡admirablemente!

Historia de un par de anteojos¹

Francisco Campos

Hace ya algunos años, no precisa la fecha, llegó a esta ciudad un afamado experimentador que metió mucho ruido. Era hipnotizador y al mismo tiempo espiritista, tan competente y diestro que en dos o tres minutos hacía valsar un paraguas, comparecer un difunto o echar a correr un sombrero.

Más todavía. Adivinaba el secreto de las personas presentes y lo que ocurría en lugares distantes; valiéndose de misteriosos procedimientos y combinaciones diabólicas que evidenciaban los resultados sorprendentes.

Un día tuve ocasión de hacerle un servicio importante y él en recompensa me inició en sus secretos, enseñándome el modo de hacer hablar y ponerse en movimiento las cosas, que era su fuerte. Yo procuré aprender algo más de su misteriosa ciencia; pero él no me dejó avanzar.

Me resigné pues, a lo que quiso enseñarme, y fue tal mi constancia en los ensayos, que muy pronto logré tener una mesita cargada de fluido, entre mis manos². Tras de la mesa sometí a experimento muchos otros objetos pequeños; como llaves, navajas, canteros; siempre con buen resultado y adquirí tal destreza que las cosas se movían y zapateaban al ponerles las yemas de los dedos³... ¡Cuántas horas he pasado distraído en constante sesión frente a los objetos, interrogando el alma de las cosas!

He obtenido muchas revelaciones misteriosas dignas de referirse; una de las cuales paso a relatar al lector, no exigiendo mucha fe a mi favor si es incrédulo. Es la curiosa historia de un par de anteojos

contada por los mismos cierta noche que tuve la ocurrencia de someter a prueba al óptico instrumento.

Dichos anteojos vinieron a mis manos desde la calle por intermedio del muchacho que me servía, quien los halló en una acequia sin agua y los recogió para aprovechar los vidrios, que parecían ser de talco por lo empañados. Tan viejos eran estos y los arcos de la armadura, que me transporté más allá del siglo undécimo en que se calcula la invención de los lentes... ¿No estarían ya inventados, en tiempo de Matusalén? Confiado en el poder que tenía, cerré la puerta de mi cuarto, decidido a poner en limpio estas cosas.

Ante todo, empecé por poner en limpio los anteojos. Froté con un papel de lija la guarnición, horriblemente enmohecida y lavé los cristales con buen jabón de olor; descubriendo con gran placer que eran de présbita los lentes. Si hubieran sido de miope en vez de présbita⁴, es seguro que no habrían alcanzado a ver muy lejos mis indagaciones...

Pero no adelanto la narración. Aseados los anteojos amarré fuertemente un pedazo de lápiz al extremo de uno de los aros y sujetando el otro extremo con la mano izquierda, deslicé bajo el utensilio unas cuantas hojas de papel.

No necesitó operar muchos pases mi diestra mano⁵. Tan potente era el fluido, tan ciega mi fe, que el artefacto comenzó a accionar a los pocos momentos. Agitose el aro del antejo bajo una fuerza misteriosa, y el lápiz empezó a moverse, a correr sobre la superficie del papel, trazando en signos admirables cuya clave poseo, la historia que transcribo textualmente, del original que conservo.

El que quiera convencerse de ello, puede venir a mi casa: tendré el gusto de enseñarle el utensilio y los garabatos en cuestión.

Vamos ahora al asunto. El par de anteojos habla.

«Como debéis pensarlo, no siempre han sido parte de mi ser los dos cristales que sostengo. Yo existí independiente mucho más muy diversas, tantos siglos, que mi historia se remonta a los comienzos del mundo.

La historia del vidrio la contarán mejor que yo los lentes. Yo cuento la del hierro, que es la mía; y empiezo por el diluvio, a que asistí. Así seré más breve».

¡Cáspita! —exclamé asombrado—, ¿usted miró el diluvio? ¿Sería una cosa horrible? ¿Señor Hierro?

La cosa fue tremenda. Yo estaba ya forjado en ese tiempo y formé parte del gran cerrojo que puso al arca Noé; de manera que pude verlo todo; o mejor dicho, no vi nada; porque fue un llover incesante de cuarenta días con sus noches que ocultó tierra y cielos.

Desbaratada el arca y abierta a soles y aguas, quedé con otros fierros que para nada servían, en las faldas de la montaña de Ararat, en Armenia; y permanecí entre ellos veinte siglos, aún que nadie me viera. Es el lapso más triste de mi vida.

Ya me desesperaba en la inanición, cuando el año setenta de la era cristiana, acertó a pasear por allí un pastor que tropezó conmigo, cayéndose de bruces.

Aquel trapecio fue mi salvador, pues recogíome ese hombre y tanteando mi peso me puso de badajo⁶, en el cencerro de un carnero que guiaba la manada. Mi forma era una argolla y pesaría seis onzas. Antes pesaba doce; pero la circunstancia de haber pasado dos mil años sin abrigo, me enflaqueció bastante.

Seguí con el rebaño, tocando alegremente, y dos meses después, acampábamos a orillas de un mar vastísimo. Mas pasó que, una noche me desprendí de la esquila que llevaba el rumiante y caí al suelo.

Como nadie me vio, nadie me recogió. El pastor se alejó al día siguiente con sus ovejas; dejándome abandonado...medio siglo: una bicoca.

Entonces fue un pescador el que me alzó del suelo. Le agradó mi presencia y me puse en su red para hacer peso.

Corto fue mi servicio, pues la red era vieja y se rompió a los pocos días haciéndome precipitar al fondo de las aguas donde quedé enterrado entre guijarros y lodo la friolera de trescientos años.

Pasados los tres siglos, un buzo que buscaba perlas me recogió entre una arborescencia madreporíca⁷, y vi la luz del sol con alegría.

Aunque extraño a su pesca, no me arrojó el buen buzo. Antes, me colocó de adorno en la punta de un largo palo; y cuando llegó a su hogar, serví de juguete a los hijos que acabaron por atarme con una cuerda al cuello de un mastín. Y aquí viene el perro: dos meses más tarde el perro murió; pudrióse al día siguiente y me quedé cuidando su esqueleto, cuarenta años; plazo que fijó un desocupado metiéndome en su bolsillo.

Del bolsillo de este hombre fui a pasar al saco de otro que vendía fierros viejos y marché en compañía de muchos congéneres míos hasta parar en manos de un herrero que nos maltrató bastante haciendo de nosotros una cadena.

Esa cadena sirvió de fianza y afrenta de unos esclavos que debían ir a Roma.

Visité la ciudad eterna y me encerraron con mi preso en un oscuro calabozo algún tiempo.

¡Qué buena fue la idea! ¡El preso limó la cadena y vi con gusto que fugó de la cárcel! Yo continué preso ochenta años, sin ver alma viviente.

Hubo entonces un arreglo de cárceles, desbarataron el calabozo en que yo estaba y encontrando los pedazos de la cadena enmohecida me juntaron con otros objetos, inútiles, y en seguida nos arrojaron a un muladar tan inmundado que perdí las esperanzas de que me recogieran nunca.

No fue así felizmente. Pocos días después recogieron aquellas inmundicias... ¡y las arrojaron al Tíber!

Tocar el agua y hundirme fue todo uno, y ya creía despedirme para siempre de la luz, cuando una mano cariñosa me salió al encuentro debajo de las aguas; era un hierro saliente de una nave junto a la cual

me arrojaban para mi dicha; pues al poco cuando el barco desplegab sus velas, recorrí los mares de Sicilia, de Grecia y de África; con esperanza en el porvenir.

Dicha esperanza realizose a medias; pues si es verdad que, al reparar el casco de la nave, me dejaron en tierra pocos años más tarde; también es cierto que esa tierra era una playa desierta de la costa de África y allí me esperaban cien años de abandono.

Fue la mano de un niño que jugaba una tarde la que me extrajo de entre la arena seca y me llevó a su padre. Su padre era un guerrero árabe. Corría el año 645 y empezaba la conquista de África.

En la silla del bruto donde me puso el árabe asistí a los combates, hasta que me tocó la muerte; no a mí sino al caballo, quedando con la montura sobre el campo de batalla.

De allí me transportaron unos ladrones que pasaban y me llevaron a su guarida donde pasé algún tiempo, contra mi voluntad, en medio de esa vida de desorden.

Al fin tomaron algunos de aquellos forajidos y los condenaron a muerte. ¡Yo fui al patíbulo en el bolsillo de uno de esos bribones y me sepultaron con el cadáver del pícaro...seiscientos sesenta y un años!

Oculto cerca de siete siglos, (ya casi no era argolla) sentí que removían la tierra una mañana y el aire fresco me reanimó, hasta que salí a flor de tierra, en una palada. ¡Cuál sería mi sorpresa! Me habían sepultado en un campo y despertaba en medio de una ciudad floreciente. Apliqué el oído y oyendo conversar a las gentes supe que me encontraba en España. Más tarde por el cantar de una mora llegó hasta mí el nombre de la ciudad en que estaba: era Granada.

Permanecí en aquel sitio algunos días y de allí me cambiaron a un canasto donde trabé amistad con muchos otros fierros de diferentes formas, pasando todos juntos a poder de un hombre hercúleo que depositó el canasto en un rincón sombrío de su taller: era el fundidor.

Pocas horas después se cumplió mi destino. Aquel hombre me martirizó horriblemente someténdome al fuego, en el fondo de un crisol, con mis compañeros de infortunio. Y nuestros cuerpos derretidos formaron parte de la campana con que subí muy pronto a la torre de una iglesia. Ya el badajo estaba hecho; de modo que nos tocó aguantar los golpes. ¡Cómo nos lastimaban los oídos con dobles y repiques cada día!

Pero ocurrió un terremoto que derribó la iglesia, y yo no sé por qué motivo resolvieron fundir la campana.

Tras los nuevos sufrimientos volvimos a encontrarnos en estado líquido, y por la parte mía, después de construir el cuerpo de diferentes objetos corriendo toda serie de aventuras, pereciendo tragada por un hombre, contra su voluntad, naturalmente. Ese hombre era un templario⁸. Corría el año de 1306 y estaba en Francia. ¡Cómo transcurre el tiempo!

Tragada por el pobre templario (debería prescindir de mi sexo porque ya no era argolla) estuve en su sepulcro quinientos años.

¡Qué de transformaciones experimenta la materia! Al cabo de cinco siglos de dormir en la tumba, desperté a la vida en 1779, más activa que nunca, y formaba parte de un formidable objeto destinado a sembrar la muerte por donde iba: me convertí en cañón.

Me llevaron a Italia y me estrené en Marengo. Esta batalla inició la época más terrible de mi historia, que ya pertenece a los tiempos contemporáneos. He vomitado metralla en todas partes, desde las tropas de Napoleón, haciendo víctimas por centenares de millares entre hombres de todos los países. He cruzado sobre mis ruedas por espantosos campos de combate, como Austerlitz y Leipzig hasta la catástrofe de Waterloo.

Pero todo tiene su término en el mundo. Después de esa penosa gira, de confusión y estruendo, inició en mí el destino otra era de silencio y paz, en la que está la vida de mi historia, que ya toca su fin.

Desde 1815, en que fui abandonado en un reducto de Waterloo, he pasado por innumerables transformaciones, convirtiéndome de cañón en barra, de barra en martillo, de martillo en gancho, de gancho en yunque, de yunque en plancha, de plancha en cerrojo, de cerrojo en llave...hasta que, hace veinte años, de picaporte que era me convertí a la forma actual de guarnición de anteojos y me casé con las lentes.

De esos veinte años hemos vivido una década sobre las narices de un presbítero que era présbita; y otros diez años en el fondo de la acequia de donde acaban de sacarnos.

Esta es la historia de cinco mil años de mi vida, contada a grandes rasgos. La historia de mi infancia, porque recién comienzo a vivir. ¿La ha oído usted con gusto?

—Me parece interesantísima y dramática, pero ¿aún piensa usted vivir mucho tiempo, señor antejojo?

—Ya lo creo. Si estoy en la cuna.

—Sin embargo, se encuentra usted sumamente delgado...

—Pues eso nada importa. Más delgadas se han visto mis compañeras, las lentes reducidas a polvo muchas veces; y sin embargo existen. Pregúnteles su historia que es curiosa.

Aunque ya era algo larga la sesión dirigí la palabra a una de las lentes.

—Nuestra historia no es larga, me respondió la luna. Y eso que tenemos más edad que nuestro compañero...

—¿Es posible?

—Pero no bajo nuestra forma actual. Hablo de nuestros elementos constitutivos.

—Eso es diferente. Y ¿tiene usted cosas importantes que referir?

—Muchísimas. Pero de todas las aventuras que hemos pasado, no le voy a contar a usted más que dos.

—Algo es algo.

—La primera es que, así modestas como somos, hemos estado en las manos de Newton.

—¿De ese hombre inmortal?

—De ese hombre inmortal. Y la segunda.

—La segunda aventura es...que hemos estado en manos de ...U.

—¿Eh?

—Es decir, en manos de un grande hombre y en las de ...

—En las de un pobre hombre.

Ante salida tan inesperada y chusca estuve a punto de lanzar una carcajada, pero lo impidió mi amor propio, y lo que lancé fueron los anteojos, contra el suelo.

Esa era la recompensa que obtenía por mi trabajo en restregar los aros y limpiar cuidadosamente los vidrios, sacando el par de anteojos del lamentable estado en que se hallaba.

Pero apaciguó mi disgusto la reflexión de que entre los hombres pasa lo mismo. Levanta un hombre a otro de la miseria y abyección en que se encuentra, y apenas está en pie cancela el beneficio con la moneda negra consabida: la ingratitud.

*Los gigantes de Santa Elena*¹

Francisco Campos

Con el mayor interés y cuidado, ha registrado el que esto escribe, todos los archivos municipales, y no ha encontrado un solo documento, ni acta de ninguna clase referente al siglo XVI. Todo ha desaparecido y lo poco que ha llegado a conocerse de aquella época se debió a informes posteriores y todos al siglo XVII. Solo se observa regularidad histórica durante el siglo XVIII. Es pues, probable que los primeros documentos de la ciudad desaparecieron por las llamas de algunos de los incendios.

Veamos ahora cómo andaba dividido el Corregimiento de Guayaquil a fines del siglo XVI y la población que obtuvo durante los 73 años primeros de su existencia política y civil.

El corregimiento se extendía desde el cabo Pasado, Norte, llamado así, porque se halla cuando se ha pasado la línea equinoccial, siguiendo las orillas del Pacífico hasta la costa de Tumbes al Sur, correspondiendo la costa de Machala y la isla de Puná. Al Este, limitaba con el corregimiento de Cuenca y hacia el Nordeste con los Corregimientos de Riobamba y Chimbo.

Se dividía en siete tenencias: Portoviejo, Santa Elena, Puná, Yaguachi, Babahoyo, Baba y Daule. Comprendiendo la Tenencia de la Capital, hacían ocho.

La Tenencia de Portoviejo, comprendía cuatro parroquias: Montecristi, Picoasá, Jipijapa y Charapotó. La de Santa Elena encerraba en su recinto las islas de la Plata y Salango, y tenía cinco parroquias: Santa Elena, Chongón, Morro, Colonche y Chanday. La de Puná comprendía la isla de este nombre, Naranjal y Machala. La de Yaguachi

tres, Alonche, Guafa, y San Jacinto, donde se hallaba la Aduana real. Babahoyo que comprendía las parroquias de Ojiva, Caracol, Quilca y Margache; la de Baba, las de Baba, San Lorenzo y Palenque y finalmente Daule, contenía tres parroquias: Daule, Santa Lucía y Bolívar.

Una rápida descripción de los territorios de estas Tenencias, hará conocer la importancia que tenía el Corregimiento de 224 leguas de perímetro, con un sistema fluvial extensísimo, que facilitaba el comercio de frutos entre los pueblos y la capital.

Debemos suponer que todas estas diversas poblaciones centros naturales de territorios vastos, y de importancia agrícola, fueron fundándose lentamente tomando los nombres de las tribus indígenas que moraban en los mismos lugares. Los Daulis, Babahuyus, Yaguachis, etc., dieron sus nombres a los pueblos actuales. Durante el transcurso de sesenta y ochenta años, se fundaron todas estas tenencias y algunas de esas parroquias existentes a principios del siglo XVII han desaparecido. La población de Ñausa a orillas de río grande también desapareció. En cambio, las poblaciones de Samborondón, Balzar, Ventanas, etc., son de moderna fundación y no figuran en el plano citado.

La Tenencia de Portoviejo tenía por capital a Portoviejo, fundada probablemente a fines del mismo año que Guayaquil, por Francisco Pacheco, a las orillas del río de su nombre y hacia su desembocadura. Pero habiendo sufrido la invasión del holandés Clerk, en 1624, fue trasladada cuatro leguas adentro en 1628 siempre a orillas del río de su nombre.

Los principales artículos de comercio de Portoviejo, y de casi toda la Tenencia, consistían en cera de abeja, tabaco, zarzaparrilla, algodón, ajonjolí, lana de ceibo y de quirigua, cabuya, hamacas, alforjas y almidón.

Entre las islas comprendidas en el recinto de Santa Elena, se contaban las de la Plata y Salango. La primera tiene seis millas de superficie y se halla situada a 1°14' de latitud Sur y 74°42' de longitud.

No estaba poblada durante la Colonia, como tampoco lo está hoy, pero en los tiempos de los Shiris, contenía una numerosa población. En su recinto se había elevado un templo al sol, célebre en toda la Costa y durante el «solsticio hiemal²», tenía lugar una gran fiesta, donde se hacían al sol, ofrendas preciosas de oro, piedras de esmeralda, tejidos finísimos, corderos y niños. El inca Huaina-Cápac abolió la costumbre bárbara de sacrificar niños, pero quedó la de las demás ofrendas.

Salango es una isla pequeña de donde los vecinos de la costa de Manta sacaban algunas perlas.

La tradición de los gigantes, que se supone existieron en aquella Tenencia en épocas prehistóricas y que fueron aniquilados por el fuego del cielo, tiene su origen indudablemente, en los restos fósiles encontrados durante la época colonial. Pero estos fósiles les pertenecían a especies de colosales dimensiones desaparecidos hoy de la superficie del globo, y que han existido en épocas remotísimas, como los *Ictiosaurios* y *Plesiosaurios*, que han podido llegar hasta las costas americanas³. El hombre inclinado a lo maravilloso, ha buscado dos tipos extremos, uno superior y otro inferior y creó en su imaginación los gigantes y los pigmeos. Y en todos los pueblos del antiguo como del nuevo continente, se han observado esas tradiciones fantásticas a las que el tiempo da ser, en su imperturbable pasado.

Siendo teniente gobernador de Portoviejo el capitán Juan de Olmedo, hizo cavar en el valle de Santa Elena y halló costillas y huesos que comparados con cráneos encontrados en los mismos puntos hicieron conocer que eran realmente cabezas humanas como de cuatro estados de hombre. Tal es la descripción que hace don Agustín de Zárate de estos gigantes, que según la dimensión que indica, debieron tener ocho varas de altura, superiores por consiguiente a la del famoso negro del Congo, que tenía la altura de nueve pies, a la del bíblico Og de 15 pies y aun a la de Goliath de 6 codos⁴.

Humboldt creía que esos fósiles eran cetáceos, pero juzgamos que no deben considerarse exclusivamente formados de cetáceos esas enormes osamentas, pues en las inmediaciones de Colimes en la provincia del Guayas, se han encontrado también a mediados del XIX, restos fósiles de animales de extraordinaria corpulencia.

Hacia el año de 1850, un viajero llegaba en una expedición por el Daule, a la altura del pueblo de Colimes. Antes de entrar en la población, la falta de la marea le obligó a detenerse un poco más abajo, y queriendo hacer fuego en tierra, mandó a sus peones que recogieran algunos arbustos a fin de hacer una fogata y prepararan el almuerzo.

Uno de los peones, al tomar uno de los maderos medio enterrados en el limo de la orilla, lanzó un grito que fue oído por el viajero.

—¿Qué hay? —dijo este.

—Señor —contestó el boga—, esto no es madera sino un hueso.

—¿Hueso? —dijo el viajero dando un salto; y reuniéndose rápidamente al primero y examinando el hueso agregó:

—Debe de ser de algún gigante, pues mide nada menos que seis cuartas⁵, y no es sino un fragmento de pierna.

Los demás hombres de la canoa saltaron también a tierra y olvidando el almuerzo, comenzaron una prolija investigación que dio espléndidos resultados. Encontraron varios otros huesos de grandes dimensiones y media docena de muelas perfectamente conservadas. Estas muelas fueron llevadas a Guayaquil, y todos salieron de la república para ocupar un lugar en varios museos de Europa.

No pudiendo pues, ser restos de un cetáceo antediluviano, debieron ser de algún mastodonte u otro de aquellos colosales mamíferos prehistóricos, cuya gigantesca estructura reconstituyeron Cuvier⁶ y Buffon⁷.

Por último, el viajero Corral que llegó a Portoviejo en 1692, pasó a la isla de la Plata, a la cual da el nombre de San Lorenzo, se dirigió en seguida a Salango, y que llegó por último a Santa Elena, habla de

gigantes y refiere que, según las tradiciones indígenas, su destrucción fue debida a un joven radiante de luz que descendió de los cielos y los combatió con llamas de fuego. Las piedras y las rocas que fueron lanzadas de estas llamas, se perdieron.

El temor dizque, hizo huir a los gigantes quienes intentaron salvarse entrando en las cavernas, donde fueron consumidos por el fuego.

Por nuestra parte hacemos distinción entre los gigantes y su muerte por el fuego del cielo. En cuanto a lo primero no dudamos un momento de que eran restos de cetáceos, o de otros animales anti-diluvianos cuya raza se ha extinguido hoy por completo.

El Dr. Teodoro Wolf⁸ hizo en 1873 un viaje de exploración por esta zona, y de su interesante relación consignamos los siguientes puntos:

«Cerca de Santa Elena se encuentra no rara vez en las capas superiores grandes huesos de mastodontes extinguidos (cuaternario) que me provocaron a hacer una pequeña excavación. Es sumamente difícil y hasta imposible sacar enteros los largos y gruesos huesos de las extremidades, que son muy porosos y por esto quebradizos; pero el hallazgo de dientes y fragmentos de estos, me dejó conocer y determinar la especie de *Mastodonte Andium*⁹, que es la misma que se halla sepultada en las tobas volcánicas¹⁰ de las mesetas altas.

La formación cuaternaria de algunos lugares, especialmente en las planicies poco elevadas sobre el nivel del mar, es rica en sal y betún; de estas dos sustancias, que también tienen su importancia práctica, volveremos a tratar más tarde.

Debajo de esta formación marina moderna, que llamamos cuaternaria, se encuentra otra evidentemente más antigua que en muy pocos puntos sale a luz, y cuya determinación geológica por lo tanto es más difícil: la tomo por terciaria, aunque debo confesar que mis razones para tal determinación son todavía bastante débiles.

En la playa del mar, cerca de Cangrejo, al norte de Santa Elena, y en algunas quebradas profundas (cauces secos de los ríos que sola-

mente durante el invierno llevan agua) se observan “Las cabezas” o extremidades de capas areniscas levantadas casi verticalmente. Como capas cuaternarias cubren esas “cabezas” en posición discordante, horizontal, se sigue que dichas areniscas pertenecen a una época anterior, puesto que en los tiempos cuaternarios ya se hallaron en el estado levantado. La arenisca de que hemos hablado es más compacta y dura que la cuaternaria, y va alternando con arcillas arenosas de un color gris o azulado, no menos que con unas capas muy delgadas de sustancias bituminosas. No pude encontrar ni un solo fósil que me hubiera aclarado la posición y la edad geológica de estas capas y como ya queda dicho, hasta ahora la formación no se conoce sino en pocos puntos y corta extensión, de manera que su edad terciaria es más bien una conjetura o mi opinión personal, que el resultado de exploraciones exactas».

Hasta aquí el Dr. Wolf.

En cuanto a la destrucción de los gigantes por el fuego del cielo emitiremos nuestra opinión.

Consta a todos que, en la jurisdicción del Cantón Santa Elena, existieron piedras bituminosas; que las aguas mismas en ciertos lugares, se hallan impregnadas y lubricadas por sustancias líquidos oleosos, y aun betunes; que de tiempo se perciben ruidos subterráneos, y que aún hay un sitio denominado «volcancito». ¿No podía haber ocurrido en época antigua alguna erupción submarina, o en la misma costa y, que el fuego del cielo, haya sido fuego de la tierra, ascendiendo del cráter de un volcán, y lanzando piedras que causaron desastrosos efectos en los habitantes? La región aquella, como lo ha demostrado el Dr. Wolf es de la época cuaternaria; pero debajo de la formación marina se encuentra otra formación más antigua, que pudiera pertenecer a la terciaria.

Pasemos al recinto de Yaguachi, el cual era extensísimo, siendo su población principal San Jacinto, el cual contenía una Aduana real. El

desvío del río de su nombre, hizo abandonar este lugar a la mayor parte de sus moradores, motivando la traslación de las bodegas al pueblo de Babahoyo.

La Tenencia de Babahoyo, contenía seis poblaciones. Entre estas se contaba el pueblo de Ojiva, que debió ser un centro importante puesto que en él residía la autoridad eclesiástica de la Tenencia. También correspondía a ella el pueblo de Quilca, a la orilla del río de este nombre, el más remoto de los orígenes del Guayas, pues viene de las proximidades de la Chima. Las producciones de este extenso partido, eran novillos, mieles, arroz, jabón, tabaco y especialmente cacao. Además, producía, maderas, cocos, frutas, miel, pescados, etc.

No lejos de Puná, y a la entrada del golfo, se halla una isla estrecha y larga, que a la distancia tiene la forma de un cadáver, envuelto en ropas sepulcrales, por cuya razón se le llama El Muerto, o el Amortajado. Es la isla de Santa Clara descubierta por Francisco Pizarro en 1526, el día 12 de agosto. No se hallaba poblada, pero los indios, la consideraban como un santuario, pues en ciertos tiempos hacían allí grandes sacrificios, a ídolos de piedras que los españoles vieron con asombro. Mas con mayor alegría notaron, que sus guías no les habían engañado. En muchos lugares de la isla encontraron pequeños artefactos de plata y de oro, como manos, senos de mujer, cabezas, y sobre todo un vaso de plata, que podía contener tres cuartillos y colchas de lana amarilla, muy limpias y bien trabajadas.

El corregimiento de Guayaquil, comprendiendo las diferentes Tenencias que lo componían, debió tener a fines del siglo XVI una población de 30 mil habitantes, incluyendo 10 mil que pertenecían a la ciudad. Esta, al terminar el citado siglo, se extendía al pie de la colina del cerillo Verde, todas sus construcciones eran de madera y techo de paja, lo cual hizo tan frecuentes y desastrosos los incendios que la afligieron durante el siglo XVI.

UTOPÍAS Y DISTOPÍAS ECUATORIALES

*Madame Roland*¹
Marietta Veintemilla

Entre las muchas mujeres que se singularizaron en Francia durante la gran revolución que comenzó con la reunión de los Estados generales en 1789, ninguna es, a mi juicio, digna de mayor estudio que Madame Roland. Por ser esta mujer un tipo originalísimo que no reconoce igual en los tiempos antiguos ni modernos, dadas las circunstancias en las que se halló, y por las mismas varoniles exigencias de su carácter.

Los lineamientos de esta hermosa figura correspondían a los de un gran artista, pero el entusiasmo, supliendo a la falta de luces y habilidad, presta fuerzas para emprender el presente trabajo sobre Madame Roland; que tiende, no a glorificarla, porque no lo necesita, sino a buscar los resortes de la ambición en una alma tan grande como la suya.

Conmovedor en extremo es penetrar en ese laberinto de la Revolución francesa, donde raros son los espíritus sedientos de impresiones que no se han extraviado alguna vez, ya siguiendo con excesiva piedad a las víctimas o enardeciéndose con las declamaciones exageradas de los verdugos. La impresión general que resulta de los hechos verificados en Francia durante aquel sacudimiento enorme, sin precedente en la historia, es una impresión dolorosa, aunque seamos amantes de la libertad y profesemos el mismo credo político de los revolucionarios. Porque la verdadera libertad es hermana de la justicia y la justicia fue mil veces hollada en esa larga lucha emprendida en nombre de la libertad.

Un siglo ha transcurrido desde aquella memorable revolución, y en flujo y reflujo de la democracia vemos asomar todavía las

ensangrentadas cabezas de D'antoni y Luis XVI, interrogando al mundo si fue necesario morir como ellos en el cadalso para que continuaran los hombres odiándose por la desigualdad fatal de su cuna. Y para que jamás pueda resolverse el problema de la igualdad para todos, siquiera en lo material del abrigo y del alimento.

Apartándome de un estudio filosófico-social, al que se presta la materia, fijaré mi atención por hoy únicamente en la Gironda. La más florida rama del árbol de la Revolución, donde aparece Madame Roland, como el más fragante y bello de los brotes que acarició un momento el aura de la libertad.

En un círculo de hombres de talento como Vergniaud, Condorcet, Isnard, Fauchet y Sillery; de grandes caracteres como Brissot, Barbaroux, Gensonné, Lasource y Lacazev, tenía que sobresalir Madame Roland por algo muy superior a la belleza física, que no le perdonaron sus enemigos en el patíbulo. Era un ser extraordinario venido al mundo a probar que los ideales de la justicia y el bien común caben dentro del cerebro de una mujer, al igual que en el del hombre, cuando aquella se nutre desde la infancia con severas doctrinas y, cediendo a los impulsos de una especial organización, ejerce sus facultades en el campo de la política.

No es esto desconocer los verdaderos destinos de la mujer en el mundo. Si ella no se dedicara más que a tareas que repugnan de un modo natural a su sexo, vendría pronto a convertirse en una calamidad. No, la mujer no debe apartarse del camino que le trazó la naturaleza. Pero hay que respetar los designios de esa misma naturaleza, cuando diferencia sus obras hasta el punto de presentarnos a Madame Roland bajo la propia y delicada envoltura de Santa Catalina de Senavi. Ni la santa ni la heroína pudieron sustraerse de los dictados de su corazón, formado uno para los dulcísimos arrobos del cristianismo y el otro para moverse el arrebatador impulso de las ideas.

¿Por qué reprochar ciegamente a la mujer que se siente con el alma bastante enérgica para afrontar una situación semejante a la que

dominó Madame Roland? Esta noble figura de la revolución francesa se elevará siempre, como una prueba de que el espíritu no se conforma a las circunscripciones de la materia y de que para elevarse muy alto no necesita los músculos vigorosos que ostenta el hombre. Propio es, sin embargo, de la vanidad masculina negar en lo absoluto a la mujer ciertas cualidades, y varón hay que se cree de buena fe superior a la de Roland, a la Stäel², o a la Gertrudis Gómez de Avellaneda³, solo porque levanta un peso de doscientas libras y está dispuesto a dejarse matar en cualquier lance.

La animosa dama que reunía en su casa a los más grandes talentos de la Asamblea de 1789, había sido convenientemente educada para la lucha. Hablaba como un filósofo de moral y sociología, discurría como un sabio sobre la aplicación de las ciencias y expresaba sus pensamientos con la claridad y método de un tribuno. Los amigos que la rodeaban no eran por cierto unos caballeretes ridículos, armados de presunción y de galantería, eran los grandes hombres que se habían propuesto salvar a Francia y los primeros también que quisieron adaptarla al molde de la República.

Joven y de extraordinaria belleza, no podía librarse de los ataques de la maledicencia de realistas y jacobinos, pero triunfó la verdad y brilla hoy su nombre en los anales de la Revolución entre los mártires impecables. Como en la región de las nieves no pueden alentar los gusanos, en el alma de una Roland, de una mujer noblemente ambiciosa fue difícil que se desarrollen las pasiones vulgares, que entregan sin defensa a media parte de la humanidad en los brazos de la otra media. Pasiones hay que viven en el ser humano a expensas de las demás pasiones, y el orgullo es un cuervo que acaba a picotazos con el traidor afecto, aunque este se le presente con la inocencia y blancura de una paloma.

El papel de Madame Roland no fue tampoco el de una intrigante. Llevó a su esposo al Ministerio, no con el ardid palaciego que tanto le repugnaba como republicana de corazón, sino con el valor impositivo de la Gironda, sobre la entonces vacilante política del monarca.

Allí, en el Ministerio, desplegó Madame Roland las cualidades extraordinarias de las que estaba dotada por la naturaleza y que habían sido robustecidas por el estudio. Los más arduos asuntos de estado los resolvía ella ante un pupitre, frente a su esposo, que siendo hombre de notable capacidad, cedía, sin embargo, al penetrante golpe de vista y finas observaciones que distinguían a esta dama, llamada con mucha razón por sus coetáneos, el alma de la Gironda. Documentos importantísimos brotaron de la pluma de Madame Roland, documentos oficiales cuya concisión enérgica y notable elevación de estilo, acusan a un gran pensador, que no a una mujer consagrada simplemente a las letras.

La famosa carta a Luis XVI, leída por el Ministro girondino en la Asamblea y que hizo el efecto de un cañonazo contra la monarquía, obra fue de Madame Roland, que ardía entonces con todas las indignaciones de las que era susceptible quien amaba como ella la libertad y creía verla en peligro por las ocultas maquinaciones de la corte francesa con los austriacos.

En ese documento, quizá como en ningún otro, palpita el corazón altivo de la Roland. En esa hoja que voló hasta los últimos confines de su patria se ve el espíritu de la Francia revolucionaria rompiendo como el sol entre nubes, para anunciar al monarca que su poder no es tan grande y que un pueblo tiene derecho de pedirle estrecha cuenta cada vez que se juzga amenazado en sus intereses de orden primario.

Tuvo María Antonieta en Madame Roland una formidable enemiga, en tanto que aquella despedía desde Trianon y Versalles los fulgores del poderío y la riqueza. Ambas reinaban, pero en diversa corte. María Antonieta con el cetro de la galantería, mostraba a sus pies una aristocracia satisfecha de prodigarle incienso y acompañarla en sus recepciones solemnes y aparatosas. Madame Roland en cambio, con el prestigio de su talento se hacía obedecer de los hombres más altivos que tenía entonces la Asamblea. En su casa, que no era por

cierto un palacio como el de las Tullerías, se celebraban modestamente los primeros triunfos de la democracia. La austera dama, educada en la contemplación de los grandes caracteres antiguos y que hizo de la república el ideal de toda su vida, no podía, sin embargo, soportar el orgullo de una princesa que le recordaba como nadie la servidumbre, por el fausto con que se presentaba en dorada carroza cuando gemían en la miseria millones de hombres en el territorio de Francia.

Las hirientes y despreciativas alusiones que alguna vez hizo la esposa de Luis XVI contra los girondinos y su natural aliada, fortalecieron esta antipatía que iba acercándolas, por diversos caminos, al suplicio. Aquellas dos cabezas jóvenes, de soberana hermosura, que se contemplaron de lejos sin sospechar su común destino, se habrían acercado y tal vez hasta besado con amor al tener conocimiento de que una misma cuchilla iba a dividir las, bien pronto, para mengua del trono y de la República.

¡Qué decepciones y qué contrastes guarda el destino, a veces, para los racionales de orden más elevado!

La reina de Francia y la sacerdotisa de la Gironda, mujeres, ambas nacidas para brillar en primera línea, no pudieron sospechar en los albores de su poder, que sería un cadalso el término de su vida. Preciso es recordar, no obstante, en honor a su sexo y a sus tan contrarios principios, que murieron con estoicismo, y que la altivez de raza en María Antonieta obró el prodigio de la convicción en Madame Roland, subiendo a la guillotina con la misma sonrisa de desprecio en los labios, sino con igual sentimiento de orgullo en el corazón.

El tipo de la republicana es, sin embargo, superior en mucho al de la reina, por la grandeza moral y por los principios. Solo puede admitirse entre ellas un paralelo a la hora de la muerte, que no en su vida.

El alma de la republicana abierta a todas las irradiaciones del pensamiento, a todos los goces del apostolado y a todas las amarguras del patriotismo, reflejaba en su centro todo un mundo también de

sensaciones para la otra. Vivía en las alturas donde se forja el rayo. Electrizada por las doctrinas, tendía más a perderse en las nebulosidades del idealismo, que a gravitar con su cuerpo sobre la tierra. Tenía, en fin, algo de divino en su personalidad, buscando al clarear de las tempestuosas nubes amontonadas por ella misma, la perfección de lo humano hasta lo imposible.

Tan noble figura —doloroso es confesarlo— no habría tenido digno teatro en América.

Aquí, donde la inteligencia ha derramado sus dones sobre el bello sexo en competencia con la hermosura. Aquí, en nuestra América española, donde las virtudes femeninas se desarrollaron de una manera tan espontánea como la resina odorífera de sus bosques. Aquí, donde el heroísmo también ofrece ejemplares como Policarpa Salavarrieta⁴ y María de Vellido⁵, no existe, sin embargo, un medio ambiente social que sea aparente aún al desenvolvimiento de caracteres como el de Madame Roland, tipo sublime entre los sublimes y que debió la mitad de su valer efectivo a los hombres de concepto que la rodeaban.

A despecho de nuestra civilización, la mujer sudamericana es la esclava recién manumisa que ensaya sus primeros pasos en el terreno de la literatura, donde felizmente ha cosechado ya grandes triunfos, precursores de otros de más valía con el transcurso del tiempo. Ella no puede aún aventurarse en el campo especulativo sin la obligada compañía de un hombre⁶. Ella, en el aislamiento, no encuentra ni siquiera respeto fuera de su hogar, pues la asechan, por una parte la brutalidad callejera y por otra la murmuración social, cuando no las feroces dentelladas de la calumnia. Para llevar al poder una idea, aunque sea la más pura y desinteresada, se expone al miserable tratamiento de favorita. No tiene, en una palabra, la culta y racional independencia que la mujer de Europa o de Norte América. Y sus ímpetus generosos, mal comprendidos ante los ojos del vulgo, la empujeñecen.

Habría quizá en América, escapado Madame Roland a la guillotina, pero no a que desconocieran sus méritos, los mismos por cuyo

bien se sacrificara. La tragedia de su muerte, tal vez se hubiera evitado por conmiseración o cobardía de los tiranos, pero su figura grandiosa permanecería en cambio sin pedestal ... se confundiría al cabo entre tantos ídolos grotescos de palo que llenan las pagodas republicanas de Sud América.

Las víctimas del doctrinarismo puro, merecemos mayor simpatía que las demás, por lo que tienen de extraordinarias en un mundo cada día menos sensible a las sublimidades del corazón. Los fanáticos doctrinarios cuando perecen como Madame Roland, dejan en pos de sí, una nota vibrante de desconsuelo, hacen desconfiar a los espíritus débiles de la realización de los fines más elevados e introducen el desorden en las ideas.

Pocos son los que ante la imagen del sacrificio no retroceden, y el crimen triunfante tiene también su moral ejemplarizadora para los buenos apocados que se mantienen eternamente en el campo de las teorías.

No quiero ofrecer a las mujeres en Madame Roland, un personaje digno, en lo absoluto, de imitación, porque ya lo he dicho, tal cosa sería salvar voluntariamente la línea separatista que les trazó la naturaleza; pero lo que pretendo, sí, por la contemplación de aquella, es levantar el espíritu del bello sexo hacia los ideales del humanismo.

Sin pertenecer a sociedades políticas ni clubs revolucionarios, es dable a la mujer en cualquier condición que se halle, trabajar por el fomento de las ideas provechosas al género humano. Para esto, como para nada, se demandan la meditación y el estudio, siendo un axioma que el mayor nivel intelectual alcanzado por la mujer será siempre en positivo beneficio de la sociedad a que pertenezca.

Nutrido el cerebro femenino de conocimientos útiles y nociones generales en armonía con el progreso, ¿será posible al hombre, aunque se mantenga por su desgracia ignorante, no encontrar algo de lo que le falta en el consejo de su hermana madre, o esposa?

¿A quién concede más el hombre en el mundo que a la mujer? ¿Quién está como ella en el caso de auxiliarle y hasta de exigirle el cumplimiento de sus deberes? Monstruos, verdaderos monstruos han inclinado la cabeza ante el mandato de una débil mujer, y júzguese de la influencia que tendrán mañana en los humanos negocios las personas más instruidas de nuestro sexo por el solo valer que obtuvo Madame Roland con los girondinos, sin poner a escote⁷, como las intrigantes vulgares, el bien codiciado de su hermosura.

Que una mujer así nada tiene de común con las de su sexo, es un error muy vulgarizado que merece combatirse con la razón.

En efecto, la piedad y el sentimiento caritativo son las notas dominantes en el carácter de la mujer. Nadie podrá negar, sin embargo, que esa piedad arrastra al ejercicio del bien, de muy diferentes modos a la mujer, y que, a medida que aumentan sus facultades, aumenta el radio de su acción benéfica por el mundo. Los males que afligen a la humanidad serán siempre más lamentados por el sexo débil que por el fuerte. ¿Qué tiene, pues, de extraño que las desgracias inveteradas no solo de una familia sino de un pueblo sublevaran el corazón de Madame Roland, hasta el punto de mezclarse en las filas de la revolución, pidiendo para su querida Francia el advenimiento de la libertad y de la justicia?

Nunca fue más mujer esta víctima ilustre, que sacrificando su nombre, su reposo, su misma felicidad doméstica, a la incipiente democracia de 1789. Ardía en amor purísimo por el pueblo y al escalar el patíbulo al lado de los girondinos en 1793, tiene derecho a que se le considere en el pináculo de la gloria. Ella derramó su sangre por el bien de los oprimidos. Ella no satisfizo pasión ninguna, aunque la sintiera, y el mundo que contempla admirado a las Eloisas y a las Julietas⁸ debe colocar a Madame Roland en un puesto más elevado, porque esta no fue heroína de amores como las otras, porque joven y bella se remontó a la cumbre de las doctrinas, y porque nacida al fin para amar como todas las mujeres—y aquí está su grandeza—no conoció el martirio por ningún hombre, sino por amor a la humanidad.

*Guayaquil: Novela fantástica*¹

Manuel Gallegos Naranjo

I

REMINISCENCIAS DE LA CREACIÓN

Despertar recuerdos históricos, estacionados en el vasto campo del olvido, obra es meritoria. Está en nuestro delante la tradición, legada por nuestros antepasados en las páginas de la memoria. Las grandezas del mundo, esplendorosas, sin sombras ni misterios. La ciencia, iluminada por la inteligencia y la verdad. Tradicional es la civilización del mundo, en épocas lejanas y acaso por esto, 960 años (A. de J.) exclamó Salomón:

—Nada hay nuevo debajo del sol.

En efecto, en las edades pasadas, hasta fines del siglo XIX de la creación, se realizaron millares de cosas, destructoras del mal y consiguientemente útiles para el bien de la humanidad.

Hoy, después de seis mil años de la creación del mundo² y dos mil años más de la era cristiana, miramos sobre un sencillo túmulo el cadáver del siglo XIX, amortajado con túnica negra y custodiando, en su derredor, por siete personajes, en cuyas frentes brilla esplendorosa la luz civilizadora del porvenir. A esta brillantez debe el siglo XIX la denominación de siglo de las luces.

Los siete personajes se llaman: Simón Bolívar, Víctor Hugo, Juan Montalvo, Eduardo Jenner, Roberto Fulton, Samuel Morse y Alejandro Dumas³.

Sin embargo, ¿qué ha quedado de estos hombres para las generaciones de los tiempos futuros? ¡Cantidad pequeña de producciones halagadoras, en reducido número de imitadores! ¡Por

esto, en presencia de la obscuridad que nos rodea, al surgir el siglo XX, nos entristecemos!

Contemplamos los millares de millones de habitantes que tiene el mundo y miramos, resaltantes, las siete sustancias mortíferas con que se suicida una gran parte de la humanidad: ¡albayalde, virus, plomo, dinamita, tabaco, opio y alcohol! Al mismo tiempo, antropófagos, exterminio de razas, epidemias, cadalsos, conventos, revoluciones y guerras, son siete manifestaciones odiosas que desmienten el progreso, la civilización y felicidad de la especie humana, cuya edad máxima de vida y crecimiento físico han disminuido en más de la mitad, desde la creación hasta el presente.

¡Dentro de siete mil años más, el hombre gigante tendrá siete pulgadas de estatura, siete días de vida y siete minutos de recuerdo imperecedero!

Hemos pesado en balanza siete elementos de vida moral, conquistadores de perfecciones humanas: fidelidad, honradez, caridad, amistad, verdad, gratitud y sentido común.

¡Peso de un grano de arena, señala el platillo! ¡En cambio, tienen peso de montaña la pena, el llanto, la desgracia, la bribonada, la crueldad, la soberbia, la avaricia, la lujuria, la ira, la gula, la envidia, la pereza, la hipocresía, la mentira, la ingratitud, la vanidad, el despotismo, la tiranía, la ignorancia y la insensatez! Cubierto así de sombras lúgubres el porvenir, invadió nuestro espíritu la pesadumbre. Derramamos una lágrima y llevamos el pensamiento a los primitivos tiempos de la creación del mundo.

La creación tiene por base la existencia de un dios, naturaleza invisible, creador de la naturaleza visible, el universo. La historia dice que dios hizo el mundo en seis días y descansó el séptimo. ¡Error histórico! Dios no descansó. En la noche del sexto día, después de haber fabricado cinco continentes, llamados Inca, Asia, Europa, África y Austral, se rebelaron contra él siete espíritus de sus siete jerarquías de coros,

serafines, querubines, tronos, dominaciones, virtudes del cielo, arcángeles y ángeles. Los rebeldes fueron: Luzbel, Lucifer, Satanás, Diablo, Demonio, Barrabás y Belcebú. Esta rebelión le obligó a formar dos nuevos Continentes: Firmamento, en el polo norte para sus fieles, y Averno, en el polo sur para los rebeldes. La distancia de Firmamento entre los cinco continentes, la extendió a setecientas mil millas de hielo y la de Averno a setecientas mil leguas, también de hielo.

Los primeros continentes solo estaban separados unos de otros, por un río de setenta metros de ancho y setenta brazas de profundidad. Sobre estos ríos, los primeros pobladores fabricaron puentes de piedra, estableciendo entre los continentes la comunicación fácil, que les permitió la realización de la igualdad universal del peso, la medida, el idioma, el valor del dinero, la ley, la religión y las costumbres. La permanencia de dios entre los hombres, duró setecientos años, al cabo de los cuales, díjoles:

—Mi patria me reclama. ¡Voy a separarme de vosotros! Os entrego el mundo lleno de magnificencias y de amor. Conquistad la civilización. No hay palabra inútil. La meditación produce grandezas. Vientos huracánicos no apagan la luz de un proyecto. El instinto de un insecto puede ser más poderoso que el razonamiento de un filósofo. Observad los consejos que os dejo grabados en esta piedra. Y dios se trasladó a Firmamento.

La piedra contenía estos siete consejos:

Pensad en mí.

No hagáis a otros aquello que no deseáis para vosotros.

Sed Patriotas.

Sed Justos.

Sed Generosos.

Trabajad.

No seáis ingratos.

Desde entonces el número siete, cabalístico, simbólico, o sagrado, señaló numéricamente su influencia física y moral, en provecho de la humanidad⁴. Y los hombres comenzaron su tarea civilizadora, luchando contra los manejos de los rebeldes del Averno, introducidos ya en los cinco continentes para ejercer todo género de males.

Pasaron siglos. El Universo avanzaba hacia la perfectibilidad. No era dudosa la conquista de la civilización. Los rebeldes, sin embargo, no desistían de sus proyectos de destrucción, corrupción y muerte.

II

CIVILIZACIÓN

Casi al final del año 2.000 del Siglo XIX de la creación, la ciudad de Bello Edén, capital de la república del Ecuador, era la más populosa y civilizada del mundo. Destinada por dios para residencia de la primera generación de seres humanos, Bello Edén fue en breve tiempo una ciudad hermosa y fecunda en todas las manifestaciones portentosas de la naturaleza, reveladoras de la suprema grandeza del creador.

Tenía siete millones de habitantes, en una extensión de siete leguas de norte a sur y siete millas de este a oeste. Estaba situada a la orilla derecha del río Edénico, y sus primeras casas fueron construidas en la falda de una colina que, desde 1944, tomó el nombre de cerro de la gruta de oro.

En la citada época de fin de siglo, el universo contenía trescientos cincuenta millones de habitantes. Correspondiéndoles setenta millones a cada continente, distribuidos en las siete repúblicas de cada uno de ellos. La definición geográfica de cada continente, era la siguiente:

Inca:

República del norte, capital Arkansas, con dos millones de habitantes.

México, capital México, con cuatro millones.
Central, capital Nicaragua, con cuatro millones.
Ecuador, capital Bello Edén, con siete millones.
Perú, capital Cuzco, con tres millones.
Chile, capital Quillota, con tres millones.
Brasil, capital Janeiro, con cuatro millones.
En varias ciudades, cuarenta y tres millones

Asia:

República del Japón, capital Yedo, con dos millones de habitantes.
China, capital Pekín, con tres millones.
Persia, capital Ispahán, con dos millones.
Turquía, capital Bagdad, con dos millones.
Birman, capital Ava, con un millón.
Indostán, capital Calcuta con dos millones.
Arabia, capital Sana, con un millón.
En varias ciudades, cincuenta y siete millones

Europa:

República de la Gran Bretaña, capital Londres, con cuatro millones de habitantes.
Francia, capital París, con tres millones.
Austria, capital Viena, con dos millones.
Italia, capital Roma, con tres millones.
España, capital Madrid, con un millón.
Rusia, capital Petersburgo, con tres millones.
Grecia, capital Atenas, con dos millones.
En varias ciudades, cincuenta y dos millones.

Africa:

República de Egipto, capital Cairo, con dos millones de habitantes.
Nubia, capital Sennaar, con dos millones.

Abisinia, capital Gondar, con un millón.
Marruecos, capital Maroc, con un millón.
Motapá, capital Zimboé, con un millón.
Túnez, capital Túnez, con dos millones.
Felatas, capital Tombuctú, con un millón.
En varias ciudades, sesenta millones

Austral:

República de Australia, capital Sídney, con dos millones de habitantes.
Malesia, capital Jara, con un millón.
Melanesia, capital Jackson, con dos millones.
Micronesia, capital Bonín, con un millón.
Polinesia, capital Hawaii, con un millón.
Tonga, capital Tongatabu, con dos millones.
Taití, capital Otahiti, con un millón.
En varias ciudades, sesenta millones.

El sistema de gobierno, en los cinco continentes, era el republicano, compuesto de siete poderes en cada nación, bajo la dirección del presidente constitucional, al cual se le concedía la facultad del ejecutivo. Estos poderes tenían la duración de siete años, sin reelección. Su denominación era la siguiente: presidencial, popular, civil, tipográfico, de policía, de justicia y militar.

La religión, universal, era el trabajo aconsejado por dios y reglamentado por las leyes: siete horas diariamente. Tres por la mañana y cuatro por la tarde. La moral, virtud sagrada, consistía, universalmente, en venerar siete divinidades, adorándolas por sus atributos. Estas divinidades eran las diosas: amistad, verdad, igualdad, lealtad, fidelidad, honestidad y caridad.

El año constaba de siete meses, conteniendo cada uno siete semanas de siete días cada una. Los meses eran: infantil (enero), juvenil

(marzo), vigoroso (abril), florido (mayo), espléndido (septiembre), festivo (octubre), y excelso (noviembre). Los días de la semana se denominaban: lunar, electro, firme, pasivo, violento, solar y alegre. El día tenía 24 horas, la hora 60 minutos y el minuto 60 segundos.

Las principales sustancias alimenticias, masticables, eran siete: carne de cabrito y de aves de corral, pescado, huevos, legumbres, queso, pan y frutas. Las bebibles también eran siete: agua, leche, caldo, té, chicha, cerveza y vino de uva. Todas las bebidas alcohólicas estaban declaradas mortíferas y prohibidas. Y como esta prohibición databa de muchos años atrás, nadie se acordaba del coñac, del ron, del aguardiente, del pisco, del mallorca, del ajeno y la ginebra.

La enseñanza en los colegios y escuelas era laica y obligatoria. Niños y niñas que hubiesen cumplido siete años de edad, comenzaban sus estudios, sea cual fuere la clase social a que pertenecían. Los maestros estaban obligados a instruir y educar. Ambas nociones tenían carácter preparatorio y duraban siete años. Terminado este período, correspondía a los padres y tutores secundar las inclinaciones de sus hijos y encargados, contribuyendo al éxito del oficio o profesión por vocación elegido. Las materias de estudio para hombres y mujeres eran siete: gramática, aritmética, geografía, historia, porte social, catecismo del trabajo y catecismo de virtudes. El idioma universal era el quichua.

Siete eran las causas principales que propendían a la felicidad de la especie humana: buen gobierno, costumbres intachables, paz del hogar, propio esfuerzo, amor al trabajo, honradez y liberalidad.

También eran siete los elementos poderosos que contribuían, de una manera resaltante, al embellecimiento moral y material del universo: la imprenta, la electricidad, el vapor, la gimnasia, la riqueza mineral, la producción agrícola y la panacea azul, eficaz para la curación de todas las enfermedades. El más usual de estos elementos era la electricidad, aplicado a millares de objetos, con éxito satisfactorio.

Ciencias, literatura, artes, comercio, agricultura, profesiones y oficios tenían el sello de la perfectibilidad. Las empresas ferrocarrileras eran innumerables, cruzándose las vías férreas en todas direcciones. La más notable era la del ferrocarril universal, directa, cuya oficina principal estaba establecida en la ciudad de Bello Edén. Esta empresa estaba constituida por un sindicato de siete millonarios, dueños de setenta acciones, de trescientos millones de pesos cada una.

El principal accionista, poseedor de veinte acciones, era el sabio y millonario inca Guayaquil, último presidente constitucional de la república del Ecuador: legislador, poeta, pintor, músico, descubridor de vapor, de la electricidad y dirección del globo aéreo. Inventor del pararrayo, de la navegación submarina, rayos catódicos, fotografía en colores, telégrafo terrestre y marítimo, teléfono, fonógrafo, visitógrafo y electro-locomotora, cuya velocidad era de setecientas millas por hora.

Al mismo tiempo había resuelto estos siete grandes problemas, cuya investigación era tenida como imposible: la piedra filosofal, el movimiento perpetuo, la superficie plana, la cuadratura del círculo, la panacea universal, la vida del alma en ultratumba y la adivinación de los pensamientos perversos del cerebro humano.

Además, Guayaquil estaba reputado como el más ilustre ciudadano del mundo, cuya sabiduría había realizado estos siete beneficios: la extirpación de las epidemias, el desarrollo de la salud, la inutilidad de la guerra, la paz universal, el embellecimiento material de las grandes ciudades del mundo, la satisfacción de la vida y la impotencia de los rebeldes del Averno.

Las grandes ciudades de los continentes, estaban llenas de hombres ilustres y mujeres virtuosas y bellas. La vigorosidad de la vida del hombre se desarrollaba a los setenta años de su edad, y su vejez, señalada setenta años después, era cariñosa y seriamente respetada. Los templos, palacios, teatros, circos, hipódromos, pasajes y edificios

públicos, eran suntuosos, contruidos a todo costo y con resaltante gusto arquitectónico. Las plazas y las grandes avenidas estaban llenas de estatuas de personajes ilustres, perpetuados en el bronce por cualquiera de una de estas siete causas: ilustración vasta, valor heroico, virtud afamada, patriotismo comprobado, filantropía, grandes inventos y perfecciones científicas.

Justamente con todas estas demostraciones civilizadoras que hemos citado, la naturaleza, de suyo, fecunda en ricas producciones y bellezas, deleitaba a la humanidad con estas siete maravillas: Primera, una aurora boreal, diariamente ostensible en la celeste esfera de la ciudad de Pekín. Segunda, millares de arcoíris, vespertinos, diariamente visibles en el azulado cielo de la ciudad de París. Tercera, la gran catarata del Niágara, en la república del norte. Cuarta, en la república del Ecuador, la gran montaña llamada Chimborazo, cubierta de hielo desde su base hasta la cumbre y cuya altura era de setenta mil pies sobre el nivel del mar. Quinta, la vasta tersura del mar Pacífico, sin olas embravecidas. Sexta, el jardín fluvial de bellísimas flores gigantes, en el fondo del río Edénico, cuyas aguas, cristalinas, permitían contemplarlo desde el muro del Malecón de la ciudad de Bello Edén. Séptima, el árbol cocinero, en el valle de Jauja, perteneciente al Perú. Medía setecientos metros de altura y sus ramas frondosas, una circunferencia de ciento setenta. Diósele el nombre de árbol cocinero porque bastaba hacerle una pequeña sangría a cualquiera de sus ramas para obtener, bien guisados, siete potajes, apetitosos: ajíaco en salsa de rocotos, chupe de camarones, seco de cabrito, ceviche, biftec a la minuta, pan de sal y mazamorra morada. Las personas muy pobres y los gorriones, eran las únicas que se alimentaban de aquel árbol, pues era punto de honor ganarse el sustento por medio del trabajo.

Nada había ya que inventar, ni qué desear. Y a fines de Espléndido, del año 2000, leyes sabias, paz, libertad, riquezas, buena alimentación, salud y alegrías, claramente demostraban que la conquista de la civilización estaba realizada.

III

CERRO DE LA GRUTA DE ORO

El 7 de Infantil de 1944, la goleta *Voladora*, propiedad del millonario Leunam⁵, zarpó del puerto de Bello Edén, con dirección a la isla de la Plata, en donde el citado tenía establecida una oficina destinada a la compra de perlas finas. Las personas que iban en la goleta eran siete: el millonario, un piloto, un cocinero y cuatro marineros. Desgraciadamente, a los diecisiete días de navegación y ya con pocas horas restantes para el término del viaje, se incendió rápidamente la goleta. Quedando únicamente sobre la superficie de las aguas un marinero, diestro nadador, el cual pudo arribar a las playas de la isla después de siete horas de angustiosa natación.

Al día siguiente, el mismo marinero salió de la isla para Bello Edén, en la balandra *Electra* y dio la noticia del incendio de la *Voladora* y muerte del millonario y tripulantes. Esta noticia, tratándose de un personaje como Leunam, millonario y protector de pobres, cundió sensacional y rápida en toda la ciudad.

Leunam era bastante conocido en la sociedad por su cuantiosa fortuna, adquirida, ya como antiguo poseedor de La Inagotable, rica mina de oro, ya por su dedicación, últimamente, al negocio de compra y venta de piedras preciosas y perlas finas.

La cantidad de millones de pesos que poseía era ignorada y algunas personas la calculaban en cien millones y otras en setecientos. Pero, debía ser mayor, puesto que uno de sus antiguos empleados, aseguraba que el mismo Leunam le había manifestado el proyecto de establecer, por sí solo, una empresa de locomoción caballuna, en camino de herradura, desde Bello Edén hasta el Niágara, adonde indudablemente concurrirían, anualmente, más de setenta millones de viajeros a contemplar la catarata. Clasificada tercera maravilla de la naturaleza. Negocio, añadía, que lo haría billonario.

Efectivamente, la realización de una empresa semejante, suponía un costo de más de siete mil millones de pesos. Pero, ¿en dónde estaban esos millones, cuando eran pocas las propiedades que se le conocían?

En la actualidad, únicamente poseía una casa de tres pisos en la calle del Fango, cuya planta baja ocupaba con siete personas de su servidumbre: un tenedor de libros, dos amanuenses, tres pajes y un cocinero. Los dos pisos altos los tenía cedidos, gratis, a siete familias pobres. Otra casa pequeña que le había pertenecido, ubicada en la mitad de la colina de Bello Edén, hacía cosa de un año había sido obsequiado a su amigo Guayas, esposo de la bella joven Quil, añadiendo al obsequio dos cheques, valor de quinientos mil pesos cada uno, como regalo de boda.

Tampoco se ignoraba que su rica mina de oro, *La Inagotable*, la había vendido. Así, como era de dominio público por información del mismo Leunam, ser huérfano de padre y madre, desde muy niño y no tener tíos, primos, hijos, ni parientes de ninguna clase. Así, pues, no teniendo Leunam heredero forzoso, su fortuna le correspondía al gobierno, de conformidad con el artículo 7º, inciso 7º de la ley de capitales sin herederos, que dice: sea cual fuere el capital, en dinero, alhajas y fincas, dejado por persona fallecida, sin heredero forzoso, pertenece al Gobierno. Con tal motivo, sin pérdida de tiempo, se procedió al inventario de los bienes del difunto, obteniéndose el resultado siguiente:

Dinero efectivo depositado	
en el Banco del Buen Crédito.....	Sn. 1.000,000
Dinero efectivo en la isla de la Plata para compra de perlas...	40,000
Dinero efectivo en siete Zurrones de cuero.....	70,000
Valor, casa calle del Fango.....	60,000

Valor de muebles y enseres.....	10,000
Valor de dos diamantes, avaluados en.....	11.680,000
Valor de setenta perlas finas, cada una avaluada en dos mil pesos.....	140,000
Suma total.....	Sn. 13.000,000

—¡Vaya! —dijo el escribano de hacienda, actuario en las diligencias del inventario — ¡No es oro todo lo que reluce! ¡Trece Millones! ¡Cuando suponíamos setecientos millones! ¡Qué chasco!

—Señor, escribano —replicó su amanuense— cuando era yo escribiente del señor Leunam, lo sorprendí un día en su habitación, solo, hablando en voz alta, y alcancé a oírle estas siete palabras: *y veintiocho mil más en la gruta.*

—¡Ah! Eso quiere decir que habrá depositado en alguna gruta, veintiocho mil pesos

—¿Y por qué no millones?

—No, millones, no. Porque fue mil la palabra que tú escuchaste, ¿verdad?

—Puedo jurarlo.

—Pues, no hay más qué decir. Son veintiocho mil pesos y alégrate.

—¿Que me alegre?

—Sí, porque tanto tú, como yo, o cualquiera, puede ser dueño de ese dinero, encontrando la gruta. La ley de minas vigente,—añadió el escribano—en su artículo 7º inciso 7º, dice: los depósitos de dinero, joyas y otros objetos de valor, hechos en huacas, cavernas, sotos y grutas, pertenecen de hecho al que los encuentra, sin diligencia judicial de adquisición.

—¡Oh! qué gusto, señor escribano. Catorce mil pesos para usted y catorce mil para mí.

—Bien, muy bien, pero, dime, ¿encontraremos el depósito?

—¿Pues no? Cavando la tierra hasta siete metros, en las habitaciones que ocupaba el señor Leunam, encontraremos el dinero.

—¡Bah! ¡Bah! Aun cuando cavásemos allí, siete mil metros, no lo hallaríamos.

—¿Por qué no?

—Porque el millonario no dijo huaca, caverna, ni soto. Dijo gruta. Y las grutas, naturales o artificiales, son concavidades hechas entre peñascos y riscos.

—Tiene usted razón. La gruta debe estar en la colina, a espaldas de la casa que le perteneció al millonario.

—¡Acertaste!

Y tanto el escribano y su amanuense, como el gobierno y más de setenta empresas particulares, diéronse a buscar la gruta en la colina de Bello Edén. Gruta que suponían llena de oro, por haber explotado Leunam, *La Inagotable*, durante muchos años.

En fin, fue lo cierto que en siete meses de constante excavaciones, no dieron con la gruta y las empresas suspendieron sus trabajos. Que-dándoles para recuerdo, el nombre de *Cerro de la gruta de oro*, dádole desde entonces a la colina.

IV

BELLO EDÉN

Durante cincuenta años, desde 1930 a 1980, la ciudad de Bello Edén estuvo dominada por los siete rebeldes del Averno, cuyas maquinaciones infernales propendían a hacerla desaparecer de la carta geográfica del mundo.

Progreso, independencia, libertad, orden, moralidad, honradez y virtud, eran siete demostraciones civilizadoras, relegadas al olvido y sustituidas por otras siete, imperantes, ejercitadas por cada uno de los rebeldes. Lucifer estaba encargado del retroceso, Luzbel de la

opresión, Diablo de la esclavitud, Demonio del desorden, Barrabás de la inmoralidad, Belcebú de las bribonadas y Satanás de los vicios.

En los siete barrios en que estaba dividida la ciudad, con una totalidad de cuatro millones de habitantes, apenas un siete por ciento de personas eran buenas, honradas y virtuosas. Lo restante era un semillero de vicios y de crímenes horribles, alentado y vigorizado por la impunidad, la desvergüenza y el cinismo.

De modo que, aun cuando Bello Edén era la ciudad más populosa del mundo, París, Londres, Pekín y otras ciudades, estaban mejormente organizadas y civilizadas.

Los siete personajes, encargados de la presidencia ejecutiva, en un período de siete años cada uno fueron por sus vicios y crímenes, autores de innumerables calamidades y desgracias. El instintivo de cada uno de ellos, en orden de sucesión, fue el asesinato, la intriga, el juego, la tiranía, la crápula, el robo y la bellaquería.

Los odios políticos, entre *conservadores y liberales*, motivaban continuas revoluciones y guerras, las cuales, en resumen, conquistaban para los vencedores el descrédito de la república, visiblemente encaminada a la barbarie.

La pena de muerte para los delitos comunes, estaba abolida. Tenían los criminales, como ley salvadora, la impunidad. Se fusilaba únicamente por causas políticas, en las plazas públicas y en el Malecón, a los enemigos del gobierno, declarados conspiradores.

La sociedad, dividida en *primera clase, clase media y gente del pueblo*, vivía en constante lucha escandalosa, entre sí y entre unas y otras.

Para remate de males, los rebeldes del Averno *sesionaron* y resolvieron introducir siete plagas, asquerosas, de insectos dañinos y mortificantes, y cuya propagación obligó al gobierno a tomar medidas enérgicas para su extirpación. Estas plagas fueron piojos, pulgas, chinches, zancudos, alacranes, cucarachas y niguas. Su duración fue de siete meses, en cada período presidencial. Debiéndose su extirpación

a la sabia disposición del jefe del estado, que decretó el pago de setenta pesos por cada ciento de insectos, vivos o muertos, presentados a las tesorerías fiscales de la república.

La prensa estaba amordazada. El único periódico circulante era la *Gaceta Oficial*, contraído a ensalzar todos los actos administrativos del gobierno. También es cierto, que la supresión de los periódicos por la imposición del gobierno, la había aplaudido la sensatez, fundándose en las inmoralidades, barbarismos gramaticales y figuras indecentes, publicadas y estampadas en todos ellos. *El Trago*, *La Cáscara*, *El Mamón*, *La Pantorrilla*, *El Mordisco*, *Los Pelos*, y *El Pipón*, diariamente publicaban noticias sensacionales de adulterios, raptos, violaciones y otras inmoralidades de la laya. Al mismo tiempo, en Campo Neutral, se insertaban asuntos de la vida privada de infinidad de familias, cuya honorabilidad, puesta en tela de juicio, difícilmente recuperaba su limpidez y buena fama. Además, *el modernismo*, estilo de periodistas bohemios, demostraba estar reñido con la gramática, cuyas reglas son inmejorables para hablar y escribir con propiedad.

Así desconocida, olvidada o rechazada la gramática, inventaban frases hiperbólicas, engarabintintanguladas. Extemporáneamente intercalaban trozos que llamaban *latinos* y convertían los sustantivos declinables, en verbos de conjugación chistosa. Invención de los bohemios fue aquella de *sesionar*, *rumorear* y *banquetear*: la cual dio permiso, digámoslo así, para que los panaderos dijese que estaban *panadereando*. Los sastres, *sastreando*. Los concurrentes al teatro, *teatrando*. Los recogedores de basuras, *basureando* y los médicos, *mediqueando*.

También eran notables en los periódicos las faltas ortográficas, comprometedoras de la reputación de los literatos. Faltas que se pudo haber evitado por medio de inteligentes correctores de pruebas. A este respecto, citaríamos infinidad de palabras y nombres, incorrectamente escritas, pero creemos bastará la reproducción del siguiente suelto, publicado en *El Mordisco*:

«A las siete de la noche del día de ayer, la *vella* señorita, *Ortencia* Paladares, abandonó su *domisilio*, raptada por el joven *Eleodoro* Requesón, pero a poco rato el Jefe de Pesquisas atrapó a los fugitivos y los condujo a la Policía. *Provablemente*, hoy se les cantará la *pistola* y... quedarán casados.»

Tenemos, pues, en un pequeño párrafo, siete palabras defectuosas, resaltantes por su ortografía. Debió escribírselas de esta manera: bella Hortensia, domicilio, joven Eliodoro, probablemente y epístola, no *pistola*, como aparece por la supresión de la letra *e* y del acento sobre la *í*.

Y luego, ¡qué chuscada, al final! Cantarle a los novios la pistola, es cosa que provoca risa. La epístola aludida, no era otra que la lectura de la inscripción matrimonial, anotada en el libro del registro civil. El matrimonio lo constituía el pacto de unión verificado entre los contrayentes, con siete años de duración, renovable, o sin validez, en cualquier tiempo, a solicitud de cada una de las partes o por mutuo acuerdo de las mismas.

Relajadas las costumbres y perdido el criterio por efectos del desorden social y apogeo de vicios, a satisfacción de Satanás, los pactos de unión conyugal ofrecían la particularidad de un despropósito, generalizado. Mujeres de setenta años de edad, celebraban pacto de unión matrimonial con varones de veinte años, y varones de setenta años con señoritas de diecisiete. De modo que, en uno y otro caso, los resultados eran semejantes. Rompimiento de contrato por celos y comprobación de *in fraganti delicto*.

Los siete templos, distribuidos en la ciudad para la adoración de las divinidades, por sus atributos, estaban abandonados. La ciudad carecía de teatros. Las únicas distracciones públicas, verificadas en los patios espaciosos de algunas casas, eran las *maromas* y los *títeres*.

Las retretas, dadas por la banda de música del batallón *Tantasmue-las*, a la presidencia ejecutiva, los días alegres, eran poco concurridas.

Para oír música detestable, prefería el pueblo, en las *picanterías*, divertirse bailando ¡*alza, que te han visto!* al compás de la guitarra y de coplas verdes cantadas a dúo.

Los juegos de azar y la introducción de bebidas alcohólicas, estaban prohibidos, pero la ley era letra muerta para los encargados de hacerlas cumplir y más aun tratándose de asuntos especulativos, favorables a los empresarios de garitos y contrabandistas, a medias en participación de utilidades con las autoridades.

Cerrado los colegios y escuelas por no haber dinero para el pago de profesores, a quienes se les debía su sueldo de muchos meses, la vagancia y el desenfreno de la juventud masculina, horripilaba. La Policía, escasa en número de hombres para el desempeño de tan importante ramo se concretaba únicamente al espionaje político, ordenado por la presidencia ejecutiva.

De ahí que la ciudad, sin canalización y consiguientemente sin desagües, con focos de inmundicias en las calles, aguas pútridas en los patios de las casas, basuras, desperdicios y otras porquerías arrojadas por la noche en las playas concheras del río, presentaba un aspecto triste y daba lugar a la aparición y desarrollo de epidemias alarmantes.

Los nombres de las calles tenían la originalidad de lo ridículo. Una se llamaba calle *de los Trapitos*, porque en ella amanecían trapitos viejos y sucios, de todo uso. Otra, calle *de Cangrejito*, porque en varios charcos lodosos se habían encontrado unos cuantos crustáceos de esa especie. Calle *del Fango*, por lodazales que en ella abundaban. Calle *de la Culebra*, porque en ella le habían dado muerte a una muy grande de las llamadas *rabo de hueso*. Calle *del Resbalón*, porque en ella, la esposa de un alto personaje, pisó una cáscara de mango, resbaló, cayó y se rompió una pierna. Otras calles, en fin, como la *del Cuerno*, *del Peso viejo*, *de la Patada*, *del Gato* y *del Diablo*, tenían igualmente historias, análogas a sus nombres.

Ninguna de las calles que hemos citado estaba empedrada. Esta mejora solo existía en la calle *de las Musarañas*, segunda del barrio central, y en la *del Malecón*, correspondiente al mismo barrio. El alumbrado, en pocas calles de la ciudad, era escaso y pésimo. Se usaba el aceite de ballena, en candilejas de luna, la economía de aceite era utilidad, pequeña, pero positiva para el rematista del ramo de alumbrado. Por último, hacía cosa de un año que la Presidencia Ejecutiva la ejercía por usurpación, un hijo del pueblo, carnicero de oficio, a cuya autoridad se había sometido la sociedad, tratando de evitar, como medida política, prisiones, confinios, destierros y cadalsos!

Bello Edén, pues, en 1980, era una calamidad, una ruina, encaminada próximamente a su total desaparición, con gran contentamiento y satisfacción de los siete rebeldes del Averno.

V

INFANCIA DE GUAYAQUIL

Pocos días después del primer aniversario del fallecimiento de Leunam, esto es, el 26 de Juvenil de 1945, la bella joven Quil, esposa del respetable inca Guayas, dio a luz un hermoso niño y tanto a la madre, como al padre, al médico y la partera, en pocos momentos los dejó siete veces asombrados, con las siguientes particularidades: Había nacido de pie. En vez de llorar, al nacer, había reído. Medida su estatura, tenía setenta y siete centímetros. La cabecita, en vez de tenerla pelona, estaba cubierta de abundantes cabellos color de oro. Los ojos, en vez de ser pardos como los del padre, o negros como los de la madre, eran azules, grandes y rasgados. Fajado por la partera y acostado, el niño se volvió de medio lado. Por último, al preguntarle a la madre, la partera, qué nombre iba a darle al niño, el chiquitín abrió la boquita y con voz armoniosa exclamó:

—¡Guayaquil!

—¡Qué cosa más rara! —exclamó la partera.

—El niño ha hablado. ¡Ha pronunciado su nombre!

—Sí —añadió la madre, tomando en sus brazos al niño y besándolo gozosamente —has hablado, hijo mío, qué portento. ¡Oh! habla otra vez y dime que quieres mucho a tu mamá y a tu papá. Pero el niño guardó silencio.

—Verdaderamente —dijo el inca Guayas— todo esto es prodigioso.

—Algo más —añadió el médico— las siete particularidades de este niño, son simbólicas.

—¿Simbólicas?

—Sí. Los niños que nacen de pie son dichosos y felices. Con su risa, ha expresado contento y satisfacción de la vida. Su estatura, explica crecimiento y grandeza de acciones benéficas. Su abundante cabello color de oro, indica que será inmensamente rico. El color azul de sus ojos, expresa vasta ilustración. Su acción de haberse vuelto de medio lado, da a conocer que desprecia las tentaciones malignas de los rebeldes del Averno. Y en cuanto a su voz, sonora, diciendo que se llama Guayaquil, el símbolo está perfectamente claro. La trompeta de la fama, dará a conocer en todo el mundo los beneficios que realizará, en provecho de la humanidad.

— ¡Oh!, Doctor —dijeron a un tiempo los padres del niño— que tenga usted boca de ángel.

La partera nada agregó, pero su asombro estaba perfectamente retratado en su semblante. Llamábase Natalia Manso y era íntima amiga de la joven Quil. Casada a los diecisiete años de su edad, con Don Camilo Quijadas, y viuda, sin hijos, al año tercero de su matrimonio, estudió obstetricia, hasta ejercer su profesión, con título legítimamente concedídole por la facultad médica del país. En la actualidad tenía veintisiete años de edad, y la inscripción de su segundo matrimonio con el médico allí presente, estaba fijada para el día 49 de excelso de aquel año.

El Doctor Tomás Daniel Raigones, médico y cirujano, especialista en partos, tenía treinta años de edad, pertenecía a una familia decente de Bello Edén y también era íntimo amigo de la familia del capitalista Guayas.

Al día siguiente, nadie ignoraba en Bello Edén el nacimiento de Guayaquil, con todos sus detalles. El periódico, titulado, El Trompetero, redactado por el célebre periodista Don José Polainas, publicó en gacetilla el siguiente suelto:

«En la tarde del día de ayer, la bella señora Quil, esposa de nuestro amigo el millonario Guayas, dio a luz un hermoso niño, el cual, desde que se presentó a la vida, fue objeto de notables y asombrosas particularidades. Estas particularidades, si bien no tienen carácter fenomenal, permiten que se las juzgue misteriosas: el niño ha nacido de pie, ha reído, se ha acostado de medio lado, tiene la cabeza cubierta de cabellos rubios, los ojos son azules y no pardos como los del padre, o negros como los de la madre; mide setenta y siete centímetros desde los pies hasta la cabeza, y ha hablado, diciendo que quiere llamarse Guayaquil. Este caso, pues, de alumbramiento, *suigénensis*, lo presenciaron el sabio médico Doctor Tomás Daniel Raigones y la partera Doña Natalia Manso, quienes asistieron a la parturienta».

Transcurridas siete semanas, numerosa comitiva compuesta del inca Guayas y su esposa, Guayaquil y la cargadora, el padrino, la madrina, dos testigos y setenta convidados de uno y otro sexo, salió de la casa del cerro de la gruta de oro, con dirección a la oficina de Registro Civil para verificar la inscripción del niño, prescrita por la ley.

Llegado que hubo la comitiva, se procedió a la inscripción, anotándose en el libro el sitio, fecha del nacimiento, nombre y señales físicas del niño. Además, el nombre del padre, el de la madre, padrino, madrina, dos testigos y cargadora. Estas siete personas, por orden de anotación debían firmar en el libro la partida de inscripción, certificándola el juez anotador para su validez. Así se hizo, en efecto. Pero

al tocarle su turno de firmar a la cargadora, esta acostó a Guayaquil sobre la mesa en que despachaba el juez y dijo:

—No sé escribir.

En aquel momento el silencio era solemne y todos escucharon la voz del niño, dirigida a la cargadora, diciéndole:

—Toma la pluma y firma.

El asombro producido por tan sorprendente y raro suceso, estaba notablemente retratado en el semblante de los concurrentes.

La cargadora, en tanto, sin que le temblase la mano, tomó la pluma y escribió su nombre en el libro.

El Juez, certificó la partida. El ruido inmediatamente producido por las voces y las exclamaciones de los concurrentes, fue tremendo. La madre había tomado en sus brazos al niño y decía:

—Ha repetido el prodigio, ha hablado nuevamente. ¡Oh!, mi hijo del alma —Y lo cubría de besos.

—Esto, —dijo la madrina— es misterioso.

—Parece cosa de brujería —añadió uno de los testigos.

—Si no lo hubiese oído, diría que me cuentan una fábula.

—En este asunto anda Lucifer.

—O todos los rebeldes.

—El milagro está patente.

—Esta es cosa que solo Dios puede disponerla.

—Señores —exclamó el padre del niño—, un momento de silencio.

Y dirigiéndole la palabra a su amigo Raigones, díjole:

—Doctor, usted fue testigo de la primera vez que habló mi hijo. ¿Puede usted explicarme la causa de la repetición del prodigio?

—¡Oh! mi amigo —respondió el médico— para la ciencia, el caso no es ni fenomenal, ni prodigioso. Todo consiste, en que el niño tiene perfectamente desarrollados los siete sentidos corporales.

—Doctor —dijo el juez, acercándose al médico— perdone usted que lo interrumpa. Los sentidos corporales son cinco y no siete, como acaba usted de decir.

—Señor Juez —replicó el médico—, entiendo por sentido, la potencia que le es propia a ciertos órganos corporales para transmitir a la mansión del alma las impresiones de los objetos exteriores que le permiten ver, oír, oler, gustar, tocar, hablar y pensar. En rigor, señor Juez, deben ser cuatro los sentidos: ver, oír, oler y tocar pero, aceptado el gusto como sentido, no hay razón para excluir la potencia facultativa de la lengua para hablar y la del cerebro para pensar.

—¡Bravo! ¡Bravo! —exclamaron, a una voz, más de veinte personas.

—¡Bravo! ¡Bravo! —repitió el Juez, añadiendo—: Me rindo, señores, aceptando las razones del doctor, expresadas con sabiduría y elocuencia.

Aquí dióse por terminada la inscripción y la comitiva, con más el Juez, también invitado, regresó a la casa del cerro, en donde setenta personas más la esperaban.

Media hora después, libada la primera copa de cerveza, la madrina y el padrino repartieron medallas de oro, ramilletes de flores y cajas de dulces. La segunda copa fue de excelente chicha de jora. Deliciosa bebida que el día anterior la presidencia ejecutiva le había regalado a su amigo Guayas, enviándole siete barricas, conteniendo cada una catorce galones. Esta chicha, sabrosa por su calidad, también tenía la recomendación de haber sido fabricada por la familia del presidente de la república, pues no era mal visto, en aquella época, que señoritas de buena sociedad se dedicasen a la fabricación de bebidas y comidas, que por el solo hecho de ser fabricadas por tan preciosas manos, eran inmejorables.

De ahí la exquisitez y fama de las tortillas de maíz y chiricanos de las cocodrilo. Las rosquitas de las Ligerero. El champús de las Congo. Las ayacas de las Talamoco. Los yapingachos de las Molinete y la citada chicha de jora de las Testarudo.

Después de la segunda copa, la banda de música del batallón Robustobrazo, tocó una cuadrilla de lanceros, con la cual comenzó el baile. Luego, entre copa y copa de cerveza, helados y dulces, continuó el baile, terminando la fiesta a las doce de la noche. Al día siguiente, publicó El Trompetero lo que sigue:

«Anoche, a las 7 p. m. se verificó la inscripción del niño Guayaquil en el libro de registro civil. Presenciaron el acto más de setenta personas invitadas, las cuales fueron testigos del repetido prodigio, realizado por el chiquitín, imponiéndole con voz sonora a su cargadora, que firmase la partida, por haber dicho ésta que no sabía escribir».

El hecho, en sí, más que prodigioso, es misterioso y le habríamos negado la verdad, sino hubiésemos escuchado la voz del niño, como la escuchamos, invitada nuestra humilde personalidad a la ceremonia.

Desde luego, la voz del recién nacido, repetida en el momento de su inscripción, expresa desarrollo prematuro de elocuencia y nos hace suponerle brillante porvenir y glorias imperecederas. Terminada la inscripción, regresamos a la suntuosa casa de nuestro amigo Guayas, en la cual bebimos, comimos y bailamos y los padrinos tuvieron la amabilidad de obsequiarnos valiosas medallas de oro, preciosos ramilletes de flores y delicados confites. La fiesta terminó a las doce de la noche. Hora en que nos retiramos, bajo la grata impresión de regocijos inolvidables.

El crecido número de personas invitadas no nos permite recordar los nombres de todas ellas, pero de uno y otro sexo, citaremos los siguientes. Señoras: Felipa de Testarudo -Elisa de Esparadrupo, madrina del niño -Marcelina de Canaletes -Eufrasia de Estornudo -Encarnación de Punpuñete -Serapia de Lomofrito -Filomena de Cocodrilo

-Natalia Manso, viuda de Quijadas. Señoritas: Chana y Manonga Testarudo -Tula y Concha Canaletes -Pancha y Petita Sopladas -Chinta Disparate -Pepa Lomofrito -Lucha y Meche Esparadrabo -Chomba Picadura -Lola y Catita Ligero -Antuca y Paquita Cocodrilo -Gabucha y Carmela Congo -Chepita y Chabela Molinete. Caballeros: Juan Testarudo, Presidente de la República -Jaime Esparadrabo, padrino del niño, Ricardo Estornudo -Pánfilo Mocosco -Pedro Claveteado -José Polainas -Tomás Daniel Raigones -Rigoberto Calcetines -Julio Planchado -Carlos Pedigüeño -Luis Orégano -Eduardo Fregado -Eliodoro Sonajas.

La casa del cerro de la gruta de oro, regalada por Leunam a Guayas, no era ya la misma. Su nuevo dueño la mandó desbaratar y en el mismo sitio hizo fabricar otra, a todo costo, con capacidad para una familia de veinte personas, pues había recogido en su hogar a sus hermanos Quito y Ambato, viudos, cada uno de estos con siete hijos: siete mujeres del primero y siete varones del segundo.

La casa tuvo un costo de trescientos setenta mil pesos, inclusive el valor del mueblaje, lujoso y de buen gusto. Sus íntimos amigos, el Doctor Raigones y Natalia, los visitaban frecuentemente y los habían elegido padrinos de su inscripción matrimonial, fijada para el día 49 de Excelso de aquel año.

Guayaquil continuaba desarrollándose, física y moralmente. Desde el 7 de festivo, esto es, a los tres meses y días de nacido, comenzó a caminar y hablar, y a fines de mes davale a todas las cosas sus nombres, sin equivocarse, con fácil pronunciación. Por su estatura de 117 centímetros, parecía ya un niño de siete años de edad. La madre, con motivo de tan visible desarrollo, comenzó a darle lecciones de lectura, caligrafía y aritmética, en cuyos ramos hizo rápidos progresos. En menos de siete horas conoció todas las letras del alfabeto y los números arábigos, dibujándolas perfectamente en la pizarra. Después, en cosa de siete semanas, Guayaquil leía bien, escribía el quichua con ortografía y sumaba, restaba, multiplicaba y dividía con rapidez.

Sus amiguitos eran muchos, en razón del crecido número de familias que visitaba su casa. Pero, para él, su mejor amigo era el médico, ya por los dulces, juguetes, libros y otros objetos que le regalaba, ya porque sus padres lo reputaban el mejor amigo de la familia. A su vez, para el médico, Guayaquil era un chiquitín gigante, digno de su cariño, tanto por la dulzura de su carácter, cuanto por su desarrollo intelectual, constantemente demostrado. Observándole, atentamente, en las cosas que despertaban su curiosidad y entusiasmo, se las explicaba, lo mejor que podía, o lo estimulaba al estudio de ellas.

Un día, precisamente la víspera de la inscripción matrimonial del médico y Natalia, el Doctor llegó a la casa del niño, en momentos en que este entretenía a sus padres, tíos y primos, descifrándoles algunos acertijos.

—¡Hola! —dijo el médico, entrando y saludando—, creo que llego a tiempo. ¿Se tertulia a juegos de prendas?

—No, Doctor —dijeron varias personas— tome asiento. Su amiguito acaba de descifrarnos varios acertijos, difíciles.

—¡Ah! Lo que es a mí, no me descifra los que le proponga. A ver, amiguito. ¿Por qué dos perros callejeros, entraron al palacio del presidente?

El niño sonrió y respondió:

—¡Bah! Entraron porque estaba la puerta abierta.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Acertaste! Ahora, dime ¿por qué salieron del palacio los dos perros?

—¡Vaya! Salieron porque entraron.

—¡Bravo! ¡Magnífico! —exclamaron sus parientes.

El médico se acercó a Guayaquil y dióle un abrazo.

A las tres de la tarde del siguiente día, se verificó la inscripción matrimonial del Doctor Raigones con Natalia, apadrinándola Guayas y Quil, como estaba convenido y a las siete de la noche salieron para el

campo los recién casados, a disfrutar su luna de miel en la gran hacienda Chirijo propiedad del rico Guayas. Esta hacienda, la más valiosa de toda la comarca, contenía setecientas mil matas de piña, setenta mil árboles de aguacate y setenta mil palmeras. La exquisita calidad de sus frutas, en dos cosechas anuales, era justamente afamada, universalmente. Cada piña y cada aguacate, pesaba siete libras, y los cocos, cada uno daba siete vasos de agua deliciosa.

En aquel año, la primera cosecha de frutas de Chirijo, fue la causa del aumento de población de Bello Edén. Doscientas mil personas se radicaron en la ciudad, atraídas por la fama de los cocos, aguacates y piñas de Chirijo. Tres meses después de su residencia en el campo, el médico y su esposa regresaron a Bello Edén. Su amigo Guayas les cedió una casa de su propiedad, en la calle del Garabato, sin cobrarles arrendamiento.

El período presidencial de testarudo, fue fecundo en todo género de males. Pero, la dominante pasión del país fue la del juego, en cuyo ejercicio el jefe del estado soltaba los dineros de la nación, trasladados por él, de las arcas fiscales al tapete verde. A principios de 1952, ocupó le presidencia ejecutiva del Ecuador, Don Narciso Fierabrás, personaje ilustrado, pero funesto por sus antecedentes despóticos, arbitrarios y violentos, no desconocidos en Bello Edén. Políticamente hablando, su presidencia ejecutiva era una espada, amenazadora, sobre el cuello de los republicanos. En efecto, en la séptima semana de su presidencia, la traición de un conspirador le permitió a Fierabrás sofocar la revolución que se fraguaba contra su gobierno. Desde entonces pisoteó las leyes, corrompió a ciudadanos honrados para que ejecutasen los mandatos de su omnímoda voluntad y sembró el terror en toda la República.

Sofocada la revolución, setecientas personas salieron desterradas para Yedo y Pekín. Otras setecientas fueron confinadas a los bosques de Gualaquiza y setecientas más arrojadas vivas al fondo encendido del cráter del Sangay.

Estos horrores, suponían en los siete rebeldes del Averno, complicidad instigadora de la política de Fierabrás. En este año, el niño Guayaquil había cumplido los siete de su edad y su estatura era de dos metros. Su desarrollo intelectual, también había continuado asombrando a sus padres, parientes y amigos de su familia, inclusive el Doctor Raigones, cuya esposa hacía tres años que había dado a luz una preciosa niña, inscrita con el nombre de Laura en el libro de registro civil. Laura también había hablado pocos momentos después de su nacimiento, diciendo que quería llamarse así, ocasionando este suceso, por la particularidad del prodigio, que se la supusiese predestinada a ser más tarde la esposa de Guayaquil.

La niña, de tres años de edad, gustaba de la compañía de su joven amigo, en cuyas rodillas este la sentaba, la besaba en la frente y le contaba cuentos que la entretenían bastante. La simpatía recíproca de Guayaquil y Laura, era visible.

Los procedimientos tiránicos de la presidencia ejecutiva, continuaban alarmando la sociedad de Bello Edén y las familias principales se desterraban voluntariamente, huyendo de Fierabrás, a cuya sola voz, la canalla que lo rodeaba, tímida, abyecta y servil, ejecutaba sus mandatos.

Una de las familias que abandonó el país, fue la del capitalista Guayas. Todos sus negocios, hacienda y casas, los dejó recomendados a sus hermanos Quito y Ambato. La casa que habitaba el médico, se la regaló a la niña Laura, a nombre de Guayaquil. Compró letras de cambio por valor de un millón de pesos, a cargo del Banco Coloso de París y salió para esta ciudad el día 7 de vigoroso, diciéndole a sus amigos al despedirse, que emprendía aquel viaje por requerirlo la educación de su hijo.

Para Fierabrás, en razón de su espionaje, no era desconocida la expatriación voluntaria del capitalista, pero no se opuso a su marcha, toda vez que con él, se ausentaba su hijo Guayaquil, autor de siete

artículos políticos contra la tiranía, publicados en *El Alerta*, bajo el seudónimo de Argos.

Verdad es que el pretexto era oportuno, pues Guayaquil necesitaba residir en un país de paz y civilización, armonizado a su talento y aspiraciones. En su corta edad de siete años, Guayaquil había superado en ilustración a los hombres más notables de Bello Edén. Había escrito y publicado las obras siguientes: *Historia del Ecuador, desde 1930 hasta 1951*, en siete tomos. ¡Edén perdido! Novela política, en un tomo. ¡Cómo está la Sociedad! Novela de costumbres, en un tomo. Siete tomos de poesía, titulados: *Lira afligida, Lira gemidora, Lira doliente, Lira triste, Lira llorosa, Lira quejumbrosa y Lira moribunda. Tratado científico-anatómico-cerebral de lumbreras políticas del Ecuador*, en tres tomos. *Teoría astronómica planetaria*. Obra científica sobre la luz, tamaño y vida animal, vegetal y mineral de estos siete planetas: Voltaire, Hugo, Bonaparte, Washington, Bolívar, Gutenberg y Colón, en siete tomos. *Diccionario de voces pajareras, traducidas al quichua*, en dos tomos.

En pintura también se había dado a conocer, como gran artista. Siete retratos al óleo, de personajes ilustres y siete paisajes, a la acuarela, pintados por él, se exhibían en las vidrieras del Louvre: almacén de objetos de fantasía y de lujo, situado en la calle de los Conejos.

En el mismo establecimiento se vendía a siete reales cada pieza de música, arreglada por él para piano, de cuyo instrumento era tocador insigne. Sus tres preciosos valsos, *Ecos, Consuelo y Lo que he soñado*, a la sazón en boga, fueron aplaudidos por los más inspirados músicos de Bello Edén.

¡Fue, pues, asombrosa, la infancia de Guayaquil!

VI

SUCESOS POLÍTICOS

Los manejos de Fierabrás, arbitrarios, despóticos y tiránicos, nublaban el porvenir de la república y conducíanla a su mayor desprestigio y

ruina. A medida que el tiempo transcurría, las tentativas revolucionarias, en toda la república, eran frecuentes, pero desgraciadamente fueron destruidas por Fierabrás, cuyo espionaje político lo tenía quintuplicado. A mediados del último año de su período presidencial, la estadística señaló setenta mil individuos, desterrados, y siete mil fusilados, en varias ciudades y pueblos.

¡Así, pues, en aquella época, vergüenza daba titularse ciudadano del Ecuador y persona hubo que se levantó la tapa de los sesos por evitarse la contemplación de las desgracias de su patria! Sin embargo, aún le quedaba a Bello Edén una juventud liberal, valiente y patriota, dispuesta al sacrificio de la vida para evitarle a la república continuados infortunios.

En efecto, siete jóvenes patriotas, de las principales familias del país, se reunieron el día 3 de festivo de 1958, y convinieron evitar, a todo trance, la reelección de Fierabrás que debía tener lugar el día siete de dicho mes, fecha señalada por la constitución para la cesación del período presidencial y nombramiento del nuevo presidente. Los jóvenes conspiradores se llamaban Tarquino Rayo, Leonardo Trueno, Miguel Centella, Pablo Relámpago, Juan Aerolito, Ignacio Huracán y Ruperto Cometa⁶.

—Señores —dijo Huracán— yo me encargo de levantarlo a siete mil pies de altura y de allí aventarlo hasta el Averno.

—No —dijo Trueno— yo me acerco a su oreja, lo aturdo y lo cogemos vivo y lo enjaulamos y lo exhibimos en todas las ciudades del mundo, como fiera indomesticable.

—Tu plan no es bueno —dijo Relámpago— mejor es que yo pase por delante de sus ojos y lo deje ciego.

—¡Bah! ¡Disparate! —repuso Centella— Sordo o ciego, siempre quedará vivo. Mejor es que yo le caiga encima y lo aplaste.

—Aprobado —exclamó Aerolito— pero soy yo quien debo aplastarlo, Centella, porque peso más que tú.

—Más acertado es —replicó Cometa— que yo le pegue un colazo y divida a Fierabrás en dos pedazos. ¿Para qué más?

—Señores —dijo Rayo— no desvaríen. A mí me corresponde pulverizarlo. Le caigo encima y... ya verán ustedes.

—Pues bien —dijo Trueno— que decida la suerte cuál de nosotros debe ultimarlo.

—Manos a la obra —dijeron todos— y escribieron sus nombres en pedacillo de papel, que enrollaron y colocaron dentro de un sombrero.

La suerte designó a Tarquino Rayo.

—Bien, señores —dijo el designado— ¿qué día debe morir Fierabrás?

—La elección presidencial —respondió Cometa— debe verificarse el día siete.

—Pues, el día seis le caigo encima y lo pulverizo.

Así sucedió. El día seis de festivo, a la una de la tarde, en el momento en que Fierabrás pisaba el umbral del Palacio del Gobierno, Tarquino Rayo, terrible, furibundo y veloz, desde una altura de setecientos mil metros se descolgó sobre Fierabrás, le pulverizó los huesos y le empujó el alma hasta el Averno.

—¡La patria está salvada! ¡Viva la república! —exclamó Rayo y desapareció.

El nuevo jefe de la presidencia ejecutiva, fue el General Anastasio Bebidilla, el cual, en su período de siete años, arruinó más el país y se bebió, diariamente, sin ayuda de vecino, siete potos de chicha, siete cántaros de vino de uva y siete botellas de cerveza. Su instintivo era la crápula. Sus empleados, todos, eran borrachos consuetudinarios.

¡La república, tambaleándose, marchaba al abismo!

El personaje que ocupó la presidencia ejecutiva para el nuevo período, de 1966 hasta 1972, fue el Doctor José Rapiña. Este no era

borracho, pero tenía devoradora sed de dinero. Era miope, pero con el recurso de un par de anteojos, veía bien las arcas, cofres y alcancías, cuyo contenido se apropiaba, trasladándolo en seguida a Europa. So pretexto de compra de armamento para sofocar revoluciones, se ganó en el negocio, cuatro millones de pesos. En la compra de siete chatas para la marina de guerra, se ganó dos millones de pesos. En variedad de trampas menudas, se ganó un millón de pesos.

Así, pues, al entregarle el mando a su sucesor, tenía colocada en el Banco Ibérico de Madrid, la suma de siete millones de pesos. Allá se fue, a Madrid, a vivir de su renta. Alma viviente en el Ecuador, no se apenó por su ausencia.

Bello Edén, en medio de sus calamidades, a fines de aquel año tuvo su pequeño halago. Los cocos, los aguacates y las piñas de Chirijo, llamaron nuevamente la atención del universo y diéronle a la ciudad un aumento de setecientas mil personas. Aumento de población que le dio a la república una totalidad de cinco millones de habitantes.

Don Juan Eladio Mañoso, sucesor del Doctor Rapiña, inauguró su presidencia ejecutiva el 1.º de Infantil de 1973, leyendo en el congreso, a raíz de su nombramiento, la siguiente perorata:

—Señores, al encargarme de la presidencia de la república por voluntad de los pueblos que aquí representáis, cumplo con el deber de deciros que no omitiré sacrificios, propios y ajenos, en beneficio de la paz que las mujeres, hermosas y bellas, que solicitaren mi protección, serán complacidas, que castigaré con la pena de muerte a los maridos celosos, padres, hermanos y primos que trataren de impedirme dicha protección, que estimaré el saludo que me hagáis en la calle, cuando salga yo de paseo. Que por decencia y por decoro, decreto especial prohibirá en el país el uso de los zapatos amarillos. Que el sueldo de mis empleados, civiles y militares, durante el período de mi gobierno, será tres veces mayor que el fijado por la ley; y por último, señores, serán juzgadas y sentenciadas a presidio perpetuo, las personas que me

dieren con las puertas en las narices, caso de ocurrírseme visitar sus hogares. He dicho.

Los senadores y diputados que le escucharon, aplaudieronlo y felicitaronlo por su elocuencia y reformas, altamente progresistas y civilizadoras.

¡La adulación fue en todo tiempo gemela del servilismo! El instinto de Mañoso era la bellaquería y su perorata por sí sola reflejaba la brillantez de sus barbaridades y estupideces. Nada bueno y mucho de malo era ostensible en la república, debido a los manejos de Mañoso y sus esbirros. Con todo, la paz era inalterable. ¡Paz obligada!

La vida de las familias, palpablemente alegre. ¡Alegría vergonzosa! Los rebeldes, en tanto, a pesar de su convencimiento de paz y alegría, ficticias, alarmáronse con las noticias de Europa llegadas a Bello Edén, y comunicadas por el Doctor Raigones, respecto del aprovechamiento del joven Guayaquil, en literatura, artes, política y ciencias, y de ahí que pusieron en ejecución nuevos planes, terribles y fatales a la república.

Invadieron el cerebro del carnicero de oficio, Filomeno Filoagudo, a la sazón general en jefe del ejército de Mañoso, y lo impulsaron a revolucionarse contra el Gobierno. Surgió, pues, la revolución, instigada por los rebeldes. El día 7 de espléndido de 1979, el presidente Mañoso amaneció asesinado en su lecho, con siete heridas mortales en el pecho. El mismo día el general Filoagudo se proclamó jefe supremo de la república e inmediatamente publicó un decreto, en la *Gaceta Oficial*, contra los asesinos del presidente Mañoso, añadiendo a la pena de muerte, señalada por la ley, la confiscación de sus bienes.

Los grandes criminales son cínicos y audaces y acaso por su misma impudencia y osadía los protege la canalla y los lleva aún más allá de sus propósitos. El contento les hacía *nadar el cuero* a los rebeldes. Estaban satisfechos de su obra. La orgía, en el Averno, fue espléndida. Barrabás y Belcebú, tocaban la guitarra. Diablo y Demonio, cantaban

coplas españolas. Lucifer, bailaba *can-can*. Luzbel, *¡alza que te han visto!* Y Satanás, *cueca* chilena.

VII

JUVENTUD DE GUAYAQUIL

El desarrollo físico y moral de Guayaquil, en los primeros años de su residencia en París, continuó rápido. A la edad de diecisiete años, su estatura medía tres metros, estatura máxima, universal, en los varones. La estatura de las mujeres rara vez excedía de dos metros y cincuenta centímetros.

Perfeccionado en sus estudios en los diversos ramos del saber humano, sus numerosos amigos, en todas las profesiones y oficios de mayor o menor importancia, quedaban satisfechos de sus explicaciones de las materias consultadas a su saber.

A su lujoso domicilio de la calle *de Marsella*, frente al palacio de las Tullerías, en donde vivía con su familia desde que llegó a París, acudían a consultarle algún punto profesional o de oficio, de difícil resolución, astrónomos, abogados, médicos, farmacéuticos, arquitectos, mecánicos, agricultores, comerciantes, geógrafos, historiadores, literatos, pintores, músicos, fotógrafos, náuticos, militares, pedagogos, sastres, carpinteros, herreros, hojalateros, pasteleros y cocineros; y como ya dijimos, todos quedaban satisfechos.

Su correspondencia epistolar con su familia y amigos de Bello Edén, lo tenían bien enterado de las desgracias que pesaban sobre su patria, ¡vergüenzas y desastres, causadas por la magnitud de los crímenes allí cometidos por la perversidad de sus mandatarios!

Tan triste situación, hacíale padecer y más aún, residiendo allí Laura, su amada Laura, encanto de su alma enamorada, y cuyo retrato fotográfico ella le había remitido, y su hermosura y su belleza, sin igual, en el mundo, llevádole habían su amor a la excelsitud de la adoración.

También él le había remitido su retrato, y para Laura, tampoco había en el mundo un ser que le aventajase en belleza, ilustración y nobles sentimientos. La enorme distancia que separaba a Bello Edén de París, les permitía apenas remitirse dos cartas cada año, cartas que podían llamarse folletos de más de cien páginas amorosas, escritas a diario, con añadiduras de noticias importantes.

Los correos y los viajeros emprendían su marcha, desde Bello Edén a cualquiera ciudad del mundo, en mulas o caballos, sirviéndose de vehículos rodantes en cortos trayectos, en que el terreno plano lo permitía. Los viajes por los ríos y pequeños mares, eran muy largos y peligrosos. La goleta era el buque de mayor calado que se conocía para la exportación e importación de mercaderías, a puertos no muy lejanos, cuyo trayecto no ofrecía riesgos marítimos. Las demás embarcaciones eran balandras, chatas, chalupas, botes, canoas, de montaña, canoítas lecheras y balsas de varios tamaños. Universales como eran el idioma, las costumbres, las leyes y cuanto constituía la base de civilización del orbe entero, las nuevas obras literarias y científicas de Guayaquil, diéronle mayor fama a su talento y erudición.

En 1975, a los treinta años de su edad, había escrito setecientas obras, científicas en su mayor parte. El vapor aplicado a la navegación, el pararrayo, siete planetas que denominó Newton, Cervantes, Edison, Pasteur, Byron, Marconi y Darwin, la dirección del globo aéreo, la fotografía en colores, la electricidad, y su aplicación en telégrafos, fonógrafos, teléfonos, visitógrafos, prensas tipográficas, carruajes y locomotoras que había descubierto e inventado eran asuntos luminosamente descritos en sus obras.

Considerando así por su talento el primero de los hombres más ilustrados y científicos del universo, ingresó Guayaquil en 1976 a la Academia de Ciencias de París, la cual por votación unánime lo eligió a perpetuidad presidente de ella. Pero, dando las gracias por tan honroso nombramiento, se negó a aceptarlo, exponiendo lo necesario

que le era regresar a su patria, humillada por la perversidad de sus mandatarios y encaminada a su total destrucción por los siete rebeldes del Averno.

En virtud de tan poderosa razón indiscutible, se le retiró la perpetuidad, pero quedando siempre inscrito como presidente *ad honorem* de la Academia. La Academia fue fundada en 1967 con cincuenta y siete académicos, de nacionalidad universal, no debiendo exceder su número de setenta y siete miembros, según sus Estatutos. En 1975 contenía cincuenta académicos. Según los Estatutos, cada académico, después de siete meses de su fallecimiento, tenía derecho a la erección de una estatua, costeadada por la academia, bastándole ser descubridor o inventor de alguna cosa u objeto de reconocida utilidad pública, universal.

La colocación de la estatua era obligatoria en París, pudiendo erigir otras, del mismo personaje, los gobiernos y municipios de las ciudades de los cinco continentes. De ahí que en 1975, en setenta ciudades del universo, inclusive París y Bello Edén, se les erigió estatua a cada uno de los siete académicos fallecidos. Al sabio Teodoro Paján, inventor de la hamaca. Al fecundo Juan Aguacero, inventor del paraguas. Al afamado Marcelino Jipijapa, descubridor de paja toquilla. Al notable Melchor Aguja, inventor de la Máquina de coser. Al ilustre Medardo Narices, inventor del pañuelo. Al eminente Pedro Mandíbula, inventor de los dientes postizos y al ilustrado Damián Disparo, inventor del revólver.

En una hermosa tarde de primavera, Guayaquil recibió la visita de su íntimo amigo el notable sabio y viajero Alejandro Rumbol y condújolo al balcón, en donde tomaron asiento para charlar, contemplando a la vez los millares de arco-iris del cielo de París, cuyo espectáculo estaba considerado como la segunda maravilla del universo. Alejandro, refiriéndole a su amigo varias cosas que juzgaba primorosas, vistas por él en sus viajes, refiriéndose a Bello Edén, díjole:

—Las mujeres son notables, no solamente por su belleza, sino también por la regularidad de sus facciones. Ellas tienen la fisonomía agradable, expresión noble, andan y bailan con gracia. Su conversación es viva y espiritual. La sociedad de las damas de Bello Edén me pareció preferible a la de las mujeres de todas las demás ciudades del continente Inca que he visitado.

Guayaquil no disimulaba su contento, escuchando la relación de su amigo que le traía a la memoria a su adorada Laura, cuya belleza y cultivada inteligencia le deleitaban el alma.

—Pero —añadió Alejandro— también tenemos en París bellezas de primer orden. Mire usted aquella preciosura que desde el balcón de su palacio, hace rato, nos mira con fijeza y cara risueña.

Guayaquil miró al punto indicado y exclamó:

—Verdaderamente, es muy bella esa mujer. Ignoraba tenerla de vecina. Debe ser rica y de elevada clase social, residiendo en tan suntuoso palacio.

—Sí, su padre es millonario. Son mis amigos. Voy a saludarla. Verá usted.

Alejandro se levantó, imitó a Guayaquil y a un tiempo la saludaron con una inclinación de cabeza, a la cual, de la misma manera les correspondió. Sentáronse nuevamente y continuaron charlando.

—Ella, —dijo Alejandro— se llama Cora, su padre, Liborio Cascarilla, millonario por su descubrimiento del sulfato de quinina. Viudo, hace dos años, al cumplir su hija los veinte de su edad, compró aquel edificio en cuatro millones de pesos. Los pisos altos alquilan a varias familias. El y Cora ocupan el principal, con numerosa servidumbre.

—¡Oh! —dijo Guayaquil—, sí conozco al señor Cascarilla. Me fue presentado en la Academia de Ciencias, precisamente con la recomendación de su descubrimiento del sulfato de quinina, eficaz, no solo

para la curación de las calenturas originadas por el desorden orgánico del cuerpo humano, sino también de las fiebres amorosas, políticas, e impulsadoras al juego, a la crápula, al robo y al asesinato.

—Ya lo creo. ¡Triplicado la dosis, el fabricante se larga en pocas horas a la tierra de los calvos!

—¡Cabales!

—Cora —continuó Alejandro—, reúne a su belleza física una educación esmerada. Toca el piano a la perfección. Cose y borda primorosamente, pero no tiene corazón. Es coqueta.

—¿Coqueta? ¡Desgraciada! ¡Cuándo es tan dulce el sentimiento del amor constante, iluminado por las auroras de la felicidad!

—Sí, coqueta, y a este grave mal debe ya el trágico fin de siete jóvenes de nuestra sociedad.

Por ella se desafiaron a la espada y murieron en el sitio del combate, Abelardo Planchado y Aparicio Lobanillo. Marcelo Castañuelas, se envenenó con arsénico. Guillermo Pujadores, murió loco en un manicomio. Gonzalo Pellejo, se levantó la tapa de los sesos. Carlos Remolino y Teodoro Covachas, se arrojaron de cabeza al Sena y murieron ahogados.

En aquel momento, les anunciaron estar servida la comida. Alejandro y Guayaquil de levantaron y diéronle un vistazo al palacio. Allí estaba aún Cora, mirándolos tenazmente. Seguramente por informaciones de Alejandro, solicitadas por Cora, esta y su padre remitiéronle al día siguiente a la familia de Guayaquil, tarjetas de salutación de vecindad con ofrecimientos de amistad. A los pocos días, la familia correspondió la salutación, también enviando tarjetas.

Cora, esta vez, se había enamorado muy de veras de su joven vecino. No sentía el fuego amoroso de la mujer coqueta, fácil de apagarse. Una hoguera volcánica le abrasaba el corazón y le llenaba el cerebro de luminosas esperanzas de felicidad. Realizar su matrimonio con aquel

joven, de talante gentil y gallardo, rico y reputado el más sabio de los hombres de su época, fue desde entonces su constante pensamiento y halagadora aspiración. De pronto, se le presentó una idea que la hizo estremecer y exclamar, a media voz:

—¡Ah! ¿Tendrá libre su corazón? Amaré a alguna mujer ¿Será correspondido por ella? ¡No importa! Conquistaré primeramente la simpatía de la señora Quil y lo demás corre de mi cuenta.

Este demás, eran su belleza y su talento, que juzgó suficientes elementos para realizar sus aspiraciones. Visitó con frecuencia a la señora Quil y se hizo estimar de toda la familia, hasta llegar a un trato casi familiar. Al fin, después de muchos meses de esperar en vano, día a día, la amorosa declaración de Guayaquil, se resolvió a hacerlo hablar en ese sentido, dándole señaladas muestras del amor que llegado había en su alma a la adoración. Vistióse elegantemente con traje blanco de muselina, sobre pollera de raso del mismo color, adornado con blondas finísimas y lazos de cinta color de rosa. El traje blanco realza la belleza de las rubias y de las morenas, hábale dicho Guayaquil, y por eso escogió aquel traje para su visita proyectada.

—Estás encantadora —díjole su padre al verla— ¿Vas a casa de la señora Quil, es verdad?

—Sí, pero estaré pronto de regreso. ¡Adiós!

Como la distancia era corta, no demoró siete minutos en llegar a la casa de sus amigos quienes, sentados alrededor de una mesa, leían cartas y periódicos remitidas de Bello Edén. Sobre la mesa habían más de setenta cartas y crecido número de periódicos.

—Agradable ocupación —dijo entrando y saludando.

La señora Quil le dio un beso en la mejilla. Guayaquil y su padre le estrecharon la mano, afectuosamente, y le ofrecieron asiento en una poltrona mecedora.

—¿Buenas noticias? —preguntó Cora, aludiendo a la correspondencia.

—Excelentes —respondió el señor Guayas— mi hacienda Chirijo continúa progresando. La salud de mi familia y amigos es buena y se inician en Bello Edén importantes empresas, relacionadas a los últimos inventos de Guayaquil.

—¡Oh! ¡Qué gusto! Pues, los felicito a todos.

Y fijando su fogosa mirada en el joven, añadió:

—Muy particularmente a usted, que por sus inventos es muy digno de la gratitud universal y del cariño de sus verdaderos amigos.

—Gracias, señorita —contestole con su natural modestia.

—¿También ha recibido usted gratas noticias de Bello Edén?

—Sí, por cierto, muy gratas. Además, he recibido dos retratos de fotografía en colores.

—¿Retratos?

—Aquí los tiene usted.

—Guayaquil sacó del bolsillo de pecho de su levita, dos fotografías, y poniendo una en manos de Cora, díjole:

—El Doctor Tomás Daniel Raigones, médico notable. Amigo íntimo de mi familia.

—Simpático. Fisonomía agradable. Distinguida persona —dijo, mirando un momento el retrato y devolviéndoselo.

—Este otro, es de su hija Laura.

—¿Laura? ¡Oh! Qué hermosa y bella joven —dijo mirando el retrato con fijeza, y palideciendo, hasta tornarse lívida, a medida que leía la dedicatoria: A Guayaquil, su amada y fiel Laura.

Enseguida se levantó, como impulsada por una fuerza irresistible. Rompió el retrato, arrojó al suelo los pedazos, miró a Guayaquil con furibunda expresión de ira, lanzó una ruidosa carcajada, y salió a escape del salón con dirección a su casa. La ejecución de esta escena, tuvo la duración de unos cuantos segundos. Cuando Cora desapareció, Quil, exclamó:

—¡Pobre niña! ¡Me parecía una loca!

—Solo así, trastornada —añadió Guayas— se puede proceder de aquella manera.

Guayaquil guardó silencio. Recogió del suelo los pedazos del retrato y los guardó en su bolsillo.

Los periódicos del siguiente día anunciaron que el millonario señor Cascarilla, descubridor del sulfato de quinina, se había visto obligado a mandar a su hija Cora al manicomio, porque su locura era de las más peligrosas. La señora Quil y su esposo, lamentaron muy de veras aquella desgracia.

Al año siguiente, en 1979, la Academia de Ciencias de París premió a Guayaquil con siete medallas de oro por su investigación y resolución de los difíciles problemas, citados en el capítulo II de este libro.

Cada medalla contenía la inscripción relativa a un problema y estaba pendiente de una cinta roja, anaranjada, amarilla, verde, azul claro, azul oscuro, y morada, representando los siete colores del arco-iris.

En este mismo año, vendió todos sus privilegios y patentes que le había concedido el gobierno de Francia por sus descubrimientos e inventos. Setecientas empresas diversas, de los cinco continentes, diéronle por ellos la suma de siete mil millones de pesos, en dinero de contado, de los cuales, cinco mil millones colocó en el *Banco Coloso* de París y dos mil millones en el *Banco del Buen Crédito* de Bello Edén.

Verificada esta operación, Guayaquil y sus padres proyectaron para el siguiente año, un corto viaje a varias ciudades de los cinco continentes. Terminado el cual regresarían a Bello Edén, su amada patria, ¡tan largamente ausentes de ella!

VIII

LEUNAM

El 17 de florido de 1980, próximamente a la hora de la merienda, Quil, Guayas y Guayaquil charlaban en el salón, acerca de las pocas cosas que aún tenían que acomodar en sus equipajes, cuando se presentó a ellos un sirviente.

—Un anciano —dijo— solicita hablar con el señor Guayas.

—¡Oh! Que pase adelante. Has debido conducirlo, sin necesidad de permiso. La ancianidad es venerable.

Las últimas palabras de Guayas, probablemente las oyó el anciano porque inmediatamente se presentó en la puerta del salón, se quitó el muy usado sombrero que arrojó al suelo, juntamente con el toscó palo que le servía de apoyo, y les dirigió un saludo respetuoso, inclinando un poco la cabeza.

Sus zapatos de cuero ordinario, empolvados, y el pantalón y levitón de paño gris, sucios y rotos que cubrían su delgado cuerpo, dábanle apariencia de mendigo. Así como la blancura de sus cabellos y de su barba, encrespada y larga, la frente espaciosa surcada de arrugas, ya por la edad, ya por la meditación y el sufrimiento, dábanle a su fisonomía aspecto venerable.

Desde el momento en que vieron al anciano, todos se pusieron de pie y se le acercaron para conducirlo a un asiento.

—Señor —le dijo Guayas— en usted no miro un hombre. Contemplo una majestad.

—Sí —añadió Quil— una aparición excelsa.

—Con esplendores de sol —agregó Guayaquil.

—¡Oh! Guayas —dijo el anciano levantando los brazos— abrázame. ¿No me conoces? Soy tu amigo Leunam.

—¡Leunam! —exclamó Guayas, reconociéndolo y abrazándolo—
¡Mi amigo querido! ¡Oh! bendito dios que le da a mi alma regocijo
tan grande.

Quil, también reconoció a su padrino y lo abrazó cariñosamente.
Guayaquil, al abrazarlo, díjole:

— Suponiéndole muerto, he bendecido su memoria. Ahora soy
dichoso, ante la realidad de su existencia. Señor, lugar distinguido
ocupa usted por el cariño en mi corazón.

Leunam y Guayas se sentaron en un sofá. Quil y Guayaquil, en
poltronas.

—Está usted muy fatigado, padrino.

—Sí, Quil. Muy fatigado. Muy cansado. Muy grave. Para llegar a
París, he caminado mucho a pie: siete mil leguas.

—¡Siete mil! —dijo el joven, con penoso acento.

—¡Que atrocidad! —exclamó Guayas.

—Pero, ¿en dónde ha estado usted, padrino? Treinta y seis años
que lo hemos creído muerto.

Desde el incendio de la Voladora, cuya noticia nos la comunicó el
marinero que se salvó.

—¡Ah! ¿Se salvó un marinero? Creí que todos habían perecido.
¿Recuerdas su nombre?

—Sí. Melchor Tragaderas. Nadó siete horas, hasta arribar a la isla
de la Plata. Al día siguiente, aprovechó la salida de una balandra para
regresar a Bello Edén.

—La merienda está servida —dijo un criado, presentándose en la
puerta del salón.

Guayaquil se levantó, le ofreció su brazo al anciano para que se
apoyase y lo condujo al comedor. Quil y Guayas los siguieron. Servida
la sopa, Leunam la probó apenas. Soltó la cuchara. Se sirvió media

copa de vino, limpióse el bigote, humedecido por el líquido y con voz fatigosa dijo:

—No tengo apetencia. Me siento muy enfermo. Deseo descansar.

Guayaquil se levantó. Le ofreció nuevamente su brazo y lo condujo a su dormitorio. Leunam se quitó los zapatos, se despojó de su levitón y se acostó en la cama.

—Duerma un poco, señor —díjole Guayas— ya verá usted cuando se despierte, lo bien que va a sentirse.

—Sin duda alguna —añadió Quil.

—Además —dijo Guayaquil, destapando un frasco lleno de un líquido azul, del cual echó siete gotas en media copa de agua que le puso en los labios—, con esta panacea, recobrará usted fuerzas y salud para vivir muchos años.

El anciano bebió. Nuevamente colocó su cabeza sobre la almohada. Cerró los ojos y quedose profundamente dormido. Guayaquil y sus padres, regresaron al comedor. En la mesa, ninguno de ellos habló palabra alusiva al anciano. Por costumbre sistemática, jamás hablaban de sus asuntos íntimos a inmediateces de la servidumbre. Terminada la comida regresaron al salón.

—¡Oh! Guayas, ¿cuánto se van a alegrar en Bello Edén, cuando sepan que nuestro padrino está vivo, es verdad?

—Indudablemente. Y el gobierno, tendrá que devolverle los trece millones de pesos que ingresaron a sus arcas.

—Eso, no sucederá —dijo Guayaquil— porque la devolución ha prescrito, según la ley.

—Bien, ¡no importa! —exclamó Guayas, impulsado por el entusiasmo nobilísimo de su gratitud— Leunam nos regaló una casa y un millón de pesos en dinero. Yo le regalaré también una casa y siete millones de pesos. ¿Te parece bueno mi proyecto, Quil?

—Ya lo creo, excelente. Cuanto hagamos por nuestro amigo, se lo tiene merecido. Desde que estábamos solteros, nos tomó cariño, nos tuteó y fue su deseo apadrinar nuestra boda. ¡Oh! tengo gran curiosidad de saber, cómo salvó su vida. ¿A qué hora se despertará?

—La bebida —dijo el joven— la tomó a las cinco. Se despertará a las nueve de la noche.

A la hora indicada, Leunam despertó y se sentó en la cama. Vio a Guayaquil en una poltrona, cerca de él y díjole:

—Llama a tus padres.

El joven salió y en menos de un minuto regresó con ellos. El anciano, al verlos, se apresuró a decirles:

—¡Oh! mis amigos. Cierren la puerta y acérquense. Quiero aprovechar este momento, en que me siento aliviado, para revelarles un secreto, después de referirles cómo salvé la vida.

Mientras Quil y Guayas tomaban asiento, el joven cerró la puerta y regresó a su poltrona.

—Incendiada la goleta, fui el último en arrojarme desnudo al agua, con la esperanza de salvar mi vida, nadando hacia la isla de la Plata, pero en vez de tomar aquella dirección me interné en el mar. No sé cuánto tiempo nadé. Recuerdo, sí, que cuando ya me faltaban las fuerzas e iba a sumergirme en el mar, una mano vigorosa me agarró de los cabellos, me suspendió y colocó dentro de un bote. La emoción de verme salvado, me produjo un largo desmayo. Cuando volví en sí, me encontré descalzo, pero vestido con pantalón de bayeta, azul, y cotona de lana del mismo color. Estaba acostado sobre la cubierta de una goleta. Tenía en mi delante cuatro hombres.

—Levántate —me dijo uno de ellos.

Quise levantarme, con el apoyo de mis brazos y me fue imposible. Sin embargo, dí a mi cuerpo un fuerte impulso y me levanté. Volví la cabeza a uno y otro lado y vi en el timón un marinero, dos más en proa. El mismo hombre, jefe de la goleta, me preguntó nuevamente:

—¿Cómo te llamas?, ¿eres náufrago de paz o pirata?

Quise responderle y no pude. Veía y oía, pero había perdido el uso de la voz, a la vez que los movimientos de mis brazos y de mis manos. Al fin, después de otras preguntas, sin respuestas, el jefe se retiró, diciendo:

—¡Este hombre es un idiota!

Otro de los hombres que estaba en mi delante, me tomó de un brazo y poco a poco me condujo al camarotillo de los marineros. Allí, el mismo hombre, llamado Mauricio Compasivo, se encargó de cuidarme y ponerme en la boca el rancho. Buen hombre, su apellido se amoldaba a su bella índole.

La conversación de los marineros, me puso al corriente de hallarme en una goleta de piratas, salteadores de embarcaciones cargadas de perlas y objetos valiosos. Después de mucho tiempo, llegó la embarcación al puerto de Jackson, capital de Melanesia. Me desembarcaron y llevaron a un manicomio.

Leunam, al llegar a este punto de su relación, hablaba ya con alguna dificultad y fué preciso tomar dos gotas de la panacea de Guayaquil, para recobrar vigor y continuar:

El hombre encargado de custodiarme en el manicomio, ponía a veces, abiertos, sobre mi mesa, algunos periódicos, en los que leía yo mentalmente variedad de sucesos universales. Un día me trajo *El Académico*, periódico de París, fechado el 27 de vigoroso de 1979 y leí lo siguiente:

«El primero y más sabio de los hombres ilustrados del universo, acaba de colocarse a la cabeza de los grandes capitalistas continentales. Ha depositado en varios Bancos la enorme suma de siete mil millones de pesos, producto de la venta de todos sus privilegios y patentes, adquiridos por sus maravillosos descubrimientos e inventos. El personaje aludido es nuestro simpático amigo joven Guayaquil, hijo del respetable caballero señor Guayas y de la estimabilísima señora Quil, residentes en esta ciudad».

Al leer los nombres de ustedes, sentí en mi naturaleza toda, por efectos de mi emoción, un movimiento convulsivo y rápido que me hizo levantar del asiento, alzar los brazos y exclamar con voz sonora:

—¡Oh! ¡Mis amigos! ¡Bendito sea Dios!

El uso de mi voz y los movimientos de mis brazos y de mis manos, los acababa de recobrar. Una emoción me los había arrebatado, otra me los devolvía. Siete horas después, se me dio papeleta de libertad, con información de mi buena salud. Además, se me entregó la suma de treinta y siete pesos que me correspondían, provenientes de limosnas dadas por personas ricas a los enfermos del manicomio. ¡Mi encierro en aquel asilo, había durado treinta y cuatro años!

Salí de allí, me dirigí a la ciudad, entré en un almacén, compré ropas usadas y me instalé en un cuarto posada, cuyo pago a diario, inclusive alimentos, me costaba un peso. Pasados siete días, me di a buscar trabajo y conseguí emplearme de jornalero en una mina de oro, de reciente explotación. Yo, como antiguo minero, conocía el oficio.

El sétimo día de trabajo en la mina descubrí un rico filón de oro, cuyo valor, el propietario y yo lo avaluamos en setecientos mil pesos. Dicho hallazgo me lo recompensó el minero, regalándome setecientos pesos. Entonces, no esperé más tiempo para realizar mi viaje a París. Me despedí del minero. Me impuse del fuerte precio de las cabalgaduras y resolví emprender mi marcha a pie. He caminado siete mil leguas.

Leunam hizo una pequeña pausa y continuó:

Pero estoy con ustedes. Soy dichoso.

Quil y Guayas se levantaron y los abrazaron. Guayaquil lo abrazó enseguida y díjole:

—Desde hoy no se separará usted de nosotros. El viaje que proyectábamos a los cinco continentes, lo realizaremos en otra época. Dentro de pocos días nos acompañará usted a Bello Edén.

—¡Ojalá! Ese es mi deseo. Pero, no creo realizarlo. Me siento mal. Veo cercana mi muerte. Por esto, quiero continuar, revelándoles el secreto de la existencia de mi tesoro, depositado en una gruta de Bello Edén.

—Señor, guarde usted su secreto. Mi panacea es eficaz. Da salud para mucho tiempo.

—Bueno, la ensayaremos, ¿por qué no? Pero, ello no impide que les revele el secreto.

Y dirigiéndose a Guayas, preguntole:

—Tu casa, de la colina, ¿es la misma?

—No, señor. La mandé desbaratar y en el mismo sitio hice fabricar otra, más espaciosa.

—Bien, no importa. Está en el mismo sitio y ello basta para hallar la entrada de la gruta, que voy a explicarte:

En la pared de la última habitación de la izquierda, pegada a la pared del cerro, había una puerta secreta. Abierta esta por medio de un resorte, quedaban visibles siete piedras de varios tamaños y forma. Sobre una de estas piedras, está grabada a cincel la letra L. Desprendidas las siete piedras, queda un boquete de un metro cuadrado. Luego, internándose hasta siete metros, hay una puerta de fierro, cerrada con cerrojo. Descorrido este y abierta la puerta, hay un aposento cuadrado, que mide catorce metros por cada uno de sus costados y cuya altura de siete metros, con claraboyas naturales, formadas por las grietas del cerro, le daban bastante claridad para distinguir bien los objetos. Allí está mi tesoro, avaluado en veintiocho mil millones de pesos. En el centro de la habitación hay una mesa de mármol, sobre la cual está una cajita o cofre pequeña, que contiene dos documentos. El uno es el inventario de mi tesoro, depositado en la gruta: el otro mi testamento.

Mi inventario contiene siete partidas, en esta forma:

Valor en barras de oro	S/ 7,000.000, 000
Valor de oro en polvo	“5,000.000, 000

Valor en monedas de oro	“10,000.000, 000
Valor en monedas de plata	“500.000,000
Valor de piedras preciosas	“3,000.000, 000
Valor de perlas finas	“2,000.000, 000
Valor de varias alhajas	“500.000,000

Total S/- 28,000.000, 000

Leunam

Mi Testamento contiene estas siete cláusulas:

1.^a Declaro ser dueño único de la suma de veintiocho mil millones de pesos, depositados en la gruta y además, trece millones, poco más o menos, en casa, joyas y dinero circulante.

2.^a Declaro haberlos adquirido honradamente por medio del trabajo.

3.^a Declaro no tener padres, hermanos, hijos ni parientes que se titulen mis herederos.

4.^a Dispongo que mi albacea, que lo será mi amigo Guayas, se constituya propietario legítimo de la suma de veintiún mil millones de pesos.

5.^a Dispongo que mi albacea invierta en Bello Edén la suma de siete mil millones de pesos, en obras de beneficencia y de utilidad pública.

6.^a Dispongo que los trece millones restantes los invierta mi albacea, en escuelas y bibliotecas, en otras ciudades de la república.

7.^a Deseo que mi entierro, caso de verificarse en la ciudad, se haga, excluyendo toda ostentación lujosa.

Bello Edén, 3 de Infantil de 1944.

Leunam.

—El caso es —dijo Guayaquil— que los trece millones a que usted se refiere, los tomó el Gobierno y su devolución ha prescrito, según la ley.

—Bien, ¿qué hemos de hacer!

Así lo dispuso Dios y respeto su voluntad. Ahora, dame tu panacea. Me he sentido muy mejorado con las gotas que ya he tomado.

Leunam tomó en media copa de agua, tres gotas del líquido azul. Se acostó, cerró los ojos y se quedó profundamente dormido. Quil y Guayas se dirigieron a su dormitorio. Guayaquil hizo armar otra cama, cerca de la del anciano y media hora después también dormía profundamente. Siete horas durmió Leunam un sueño sosegado. Cuando se despertó, se sentó en la cama y saludó a sus tres amigos que se hallaban cerca de él, deseosos de saber el estado de su salud.

—Se ha dormido bien, ¿es verdad?

—Muy bien. Perfectamente. Dame más panacea.

—No señor, no se puede abusar de este líquido. Ahora va usted a tomar una taza de té con un par de rosquillas. Dos gotas le dará una hora antes de almorzar. Dos, una hora antes de la merienda y tres gotas más por la noche, al acostarse. Dentro de siete días tendrá usted buena salud y fuerzas para resistir el viaje a Bello Edén.

Mientras tomaba el té, pusieronle cerca de la cama, ropa nueva para que se vistiese: fino calzado, medias, calzoncillo, camisa blanca de lino, corbata negra, terno de paño negro fino y sombrero de copa alta.

—Ahora —díjole Quil, recibéndole la taza— vístase despacio, sin fatigarse. En seguida saldremos a dar un paseo, en coche.

—¡Aceptado!

Dejáronle solo.

Cuando se hubo vestido y se dirigió al salón, allí le esperaban Quil y su esposo. La transformación de Leunam era completa. La apariencia

del mendigo estaba sustituida por el aspecto del caballero venerable. Guayaquil había salido de la casa, media hora antes, dirigiéndose a la redacción de varios periódicos, para darles informes detallados respecto de Leunam, hospedado en su casa.

En aquella época, la prensa de París no tenía rival en el mundo, y dos horas después setecientos periódicos, de los más circulantes diarios, daban, poco más o menos, la siguiente noticia.

«El respetable caballero Señor Leunam, archimillonario a quien se le suponía fallecido en el naufragio de la goleta *Voladora*, incendiada en 1944, pero, salvado por un buque pirata que lo condujo a la ciudad de Jackson, en donde ha permanecido por espacio de treinta y seis años, acaba de llegar a París, hospedándose en la casa de nuestro amigo el insigne y afamado sabio Guayaquil. Cumplimos gustosos el deber de saludar cordialmente al señor Leunam y el de ofrecerle nuestros respetos y consideraciones».

Leunam y sus amigos salieron en coche y recorrieron los principales barrios de la ciudad. Regresaron luego, cuando ya Guayaquil los esperaba con las dos gotas del líquido azul para Leunam. El anciano tomó la bebida. Almorzó perfectamente. Charló un rato en la mesa, haciendo grandes elogios de la ciudad de París y se retiró al dormitorio. Una media hora de siesta, no le vendría mal. Pero, no pudo realizar su deseo. Anunciáronle la visita de siete personajes.

Con motivo de la noticia de su llegada, dada por los periódicos, el presidente de la república y los jefes, Popular, Civil, Tipográfico, Policía, Justicia y Militar, se apresuraron a visitarlo. El mismo día, tanto los miembros de la Academia de Ciencias, como lo más florido y selecto de la culta sociedad de París, tuvieron el alto honor de estrecharle la mano al archimillonario. El único académico que no visitó a Leunam, fue Don Liborio Cascarilla, padre de Cora.

Al día siguiente, la Administración de Correos de París, solo para Bello Edén, despachó setecientos grandes sacos llenos de cartas y

periódicos. Guayaquil y sus padres, en sus cartas al Doctor Raigones, Natalia, Laura, Quito y Ambato, les anunciaban su salida de París para Bello Edén, en compañía de Leunam fijada para el día 37 de Florido.

En efecto. Terminados los arreglos del equipaje y realizadas sus visitas de despedida, personalmente unas y por los periódicos otras, el citado día salieron de París para Bello Edén, montados en muy buenos caballos, tanto para ellos como para su servidumbre.

Pocos momentos antes de salir Guayaquil, recibió por correo interior un billete perfumado, el cual contenía estas siete palabras: ¡Dolor por dolor! ¡Guerra a muerte! CORA.

Guayaquil leyó, rompió el billete, le prendió fuego con la luz de un fósforo y las cenizas las arrojó a la calle.

IX

CASAMIENTO DE GUAYAQUIL

Las cartas y los periódicos de París, llegadas a Bello Edén, produjeron vivísimo contento, tanto en las personas que se acordaban de Leunam, como en aquellas que juzgaban a Guayaquil, esperanza salvadora de la república, encaminadas a su total ruina por el usurpador general Filomeno Filoagudo, ejecutor de las instigadoras perversidades de los siete rebeldes del Averno.

El corazón de Laura, entristecido por la ausencia de su adorado Guayaquil, latió con júbilo. El Doctor Raigones, Natalia, Quito, Ambato y sus hijos e hijas, todos ya casados, y sus numerosas relaciones sociales, recibieron con placer las noticias del regreso de sus amigos, ha tanto tiempo esperadas.

La alta clase social, la media clase y muchas personas del pueblo, decían que el resucitado Leunam y Guayaquil, niño que había hablado al nacer y realizado después maravillosos descubrimientos e inventos,

eran dignos de una recepción espléndida, celebrada con bailes y regocijos públicos. La idea fue aceptada y se procedió inmediatamente a la formación del programa siguiente:

1.º Una comitiva compuesta de los miembros de la familia de Guayaquil, sus íntimos amigos y personas del pueblo, acompañada también por la banda de música del batallón Tantas muelas, saldrán de Bello Edén al encuentro de los viajeros.

2.º Una comisión de cuatro personas, pondrá en manos de Leunam, Guayaquil y sus padres, cuatro tarjetas de oro, demostrativas de salutación, a nombre de la sociedad de Bello Edén.

3.º Los viajeros y la comitiva, entrarán a la ciudad por la calle del Gallinero, cruzarán por la de los Conejos, tomarán la del Malecón, hasta su final, en donde cruzarán por la del Violín, hasta llegar a la casa del cerro de la gruta de oro.

4.º Las casas por donde pasare la comitiva, enarbolarán en sus persianas la bandera nacional.

5.º El pueblo será obsequiado con un magnífico llamado.

6.º A las siete de la noche, frente a la casa de los viajeros, se quemarán siete castillos de fuegos artificiales.

7.º Terminará la fiesta con un suntuoso baile, en la citada casa, propiedad del señor Guayas.

Siempre fue Guayaquil acertado en sus cálculos y esta vez más, llegó a la ciudad de Chongón, con sus compañeros de viaje, el día 36 de excelso, como lo tenía anotado en su cartera.

Enseguida despacharon un posta, anunciándoles a Quito, Ambato y Raigones, que saldrían de allí a las siete de la mañana del día siguiente, a fin de llegar a la una de la tarde a Bello Edén. El posta llegó a las nueve de la noche y la noticia se hizo pública inmediatamente.

Con este motivo, parte del pueblo y las personas comprendidas en el programa, se pusieron en movimiento, arreglando sus cabalgaduras, citándose para la hora de la salida y vociferando con gritos de alegría la próxima llegada del resucitado, del niño que habló al nacer, del dueño de Chirijo y de la bella señora Quil.

Ello es que el bullicio era tremendo. Las voces resonaban atronadoras en las calles de la ciudad. Y el general Filoagudo, creyendo se trataba de una revolución, con tentativas de asesinato de su persona, impartió órdenes a sus setenta batallones para que cargasen sus fusiles hasta la boca y sus jefes estuviesen listos a dar la voz de ataque. Entre tanto, él se dirigió a su alcoba, se puso su uniforme de combate y se armó, como suele decirse, hasta los dientes.

Botas rodilleras de suela, barnizadas con betún. Corbatín de cuero de cabrito. Morrión de suela, forrado con lanilla amarilla y penacho verde. Pantalón de tela de alambre, forrada con bayeta roja y casaca de la misma tela, forrada con bayeta azul. Sus mismos soldados y la gente chusca, cuando lo veían con aquel uniforme, lo llamaban general Papagayo.

Se había terciado sobre las espaldas un fusil, pendiente de una correa. La hoja de la espada que se había ceñido, metida en vaina de plata, tenía siete pulgadas de ancho. En la cintura se había colocado dos puñales y dos pistolas. En la mano derecha tenía una larga lanzaafiladísima y en la izquierda un grueso garrote. Uniformado y armado de aquella manera, iba a sentarse en un sillón, a esperar noticias del progreso de la revolución, cuando sintió las fuertes pisadas de un hombre que le acercaba. Soltó el garrote, desenvainó la espada y puso la lanza en actitud amenazadora.

Al presentarse en la puerta del salón el general Severino Desmuelado, a decirle que el bullicio era motivado por el regocijo del pueblo, preparándose a recibir a los viajeros. Filoagudo le arremetió una lanzada, diciéndole al mismo tiempo:

—¡Bandido! ¡Vienes a asesinarme!

Felizmente la punta de la lanza tropezó en la guarnición de la espada de Desmuelado, resbaló y le permitió esquivar el cuerpo, evitándole quedar ensartado. Desmuelado era valiente y con calma díjole al jefe supremo:

—¡Excelencia! Mal modo de recibir a los amigos.

—¡Oh! ¡Desmuelado! No te había conocido. ¿Qué ocurre?

—¡Pues, nada! Que no hay tales carneros.

— ¿Carneros?

—Digo revolución. El movimiento popular es de regocijo por la próxima llegada de los millonarios Leunam y Guayaquil.

Bien, muy bien. Anda, corre, dile a mi ejército que descargue sus armas. Tú, ven mañana a verme. Pondré en tus manos tu despacho de general de división.

—Gracias, excelentísimo señor.

Dio media vuelta y se marchó. Los rebeldes del Averno, testigos invisibles de las acciones de Filoagudo, estaban escandalizados de su conducta política permitiendo la llegada de Leunam y Guayaquil a Bello Edén, personajes millonarios y de prestigio, íntimos del médico Raigones, cuya habilidad de ventrílocuo, ignorada de todo el mundo, podría contribuir a la pérdida de su jefatura suprema y de su vida. La censura de aquella conducta, juzgáronla acertada, y se largaron al Averno a sesionar sobre el particular.

—Este Filoagudo —dijo Luzbel— ¡es un imbécil!

—¡Un zopenco!

—¡Un Juan Lanás!

—¡Un Juan Bobo!

—¡Un Cacaseno!

—Un Lucas Gómez.

—Señores, —dijo Satanás— no es nada de eso.

—¡Bah! ¿Qué cosa es? —preguntó Barrabás colérico.

—Filoagudo es —respondió Satanás, haciendo un gesto— ¡un pagayo!

Los rebeldes soltaron una carcajada y dieron por terminada la sesión.

Setecientas mil personas, unas a caballo y otras con el recurso de sus pies, inclusive dos bandas de música de los batallones Tantas muelas y Robustobrazo, salieron de Bello Edén a las siete de la mañana, al encuentro de los viajeros. Verificado el encuentro y realizados los abrazos y besos de estilo, los comisionados pusieron en mano de los viajeros las tarjetas de oro de salutación, aludidas en el programa: programa que se cumplió en todas sus partes, hasta la terminación del baile.

Leunam quedó instalado en la mejor habitación de la casa de sus amigos. Quito y sus siete hijas casadas y Ambato y sus siete hijos, también casados, ocuparon dos grandes casas en el barrio central, compradas y obsequiadas por Guayaquil. Además les regaló un millón de pesos a cada uno de sus tíos y otro millón a cada una de sus primas y primos.

Luego, en la casa de su padre, arregló con lujo un departamento, destinado para él y Laura, con la cual realizó su matrimonio el 7 de juvenil, apadrinándolo Natalia y el señor Guayas y como testigos, Leunam y Don Telésforo Abecedario, antiguo jefe tipográfico, representante del cuarto poder del estado.

Los concurrentes al acto de la inscripción, cuyo número excedió de setecientas mil personas de uno y otro sexo, decían y repetían que jamás se volvería a ofrecer un matrimonio, en donde el lujo, facilitado por la riqueza, se ostentase con igual esplendor.

En efecto, el traje de la novia, las joyas de su tocado, el collar, los brazaletes, los aretes y anillos, en totalidad, costaban más de siete

millones de pesos. Suma, más o menos igual a la cantidad invertida en la festividad del matrimonio.

Los padres de Laura, continuaron viviendo en su misma casa. Aceptada por la sociedad la costumbre, en los recién casados, de salir para el campo a disfrutar allí la luna de miel, Guayaquil y Laura salieron al día siguiente para Primavera, hacienda de ganado, propiedad del Doctor Raigones, inmediata a la ciudad y cuya producción en leche, diariamente vendida en Bello Edén, era de setenta tarros de siete galones cada uno.

Cuando uno o más seres queridos se alejan del hogar, más visible es la pena en las personas que se quedan, apoderándose de sus corazones la tristeza. Quil y Guayas para disimular su pesadumbre y distraer a su amigo, también apesadado, dábanle conversación, recordándole antiguos sucesos. Pero, Leunam a todo contestaba con un sí o con un no. Se levantaba, se asomaba al balcón, volvía al salón, lo paseaba del uno al otro extremo, se metía en su habitación, sacaba su cartera, corregía alguna palabra, enmendaba alguna cifra o hacía otra anotación.

—Sí —dijo un día, hablando consigo mismo, después de anotar un nuevo nombre en su cartera— no me queda ninguno por anotar.

Guardó la cartera y regresó al salón.

—Querido Leunam, —díjole Guayas— nos vamos.

—¿Nos vamos?

—Sí, a Chirijo. Dos meses de campo son necesarios a nuestra salud. Además, la cosecha de frutas se aproxima y la hacienda reclama algunas mejoras.

—Pues, no hay más que decir. ¡A Chirijo! ¿Qué día emprendemos la marcha?

—Mañana solar, a las siete de la noche, hora de la marea. Amaneceremos el alegre en Chirijo.

—¡Muy bien! —y poniéndose el sombrero, añadió—. Te dejo, voy a visitar a nuestro amigo Raigones.

—Allá está Quil.

—Regresaremos juntos.

La séptima semana de la residencia de Guayas en su hacienda, la cosecha de frutas estaba en toda su fuerza. ¡Qué piñas tan exquisitas! ¡Qué aguacates tan apetitosos! ¡Qué deliciosa el agua de los cocos!

Esta cosecha de frutas, durante un mes, atrajo a Bello Edén una inmigración continental de trescientas mil personas.

Convenido por cartas el regreso de ambas familias a la ciudad, para el 27 de florido, llegaron el citado día y se instalaron en sus respectivos departamentos. Al día siguiente, una hora después del almuerzo, hallándose reunidos en el salón, Leunam les dijo:

—He examinado hoy la pared de la habitación pegada al cerro. Está, casi, en la misma disposición que la anterior. No se nos va a hacer difícil dar con la entrada de la gruta. Tú, Guayaquil, trae dos hachuelas, una pica, un martillo y un poquillo de aceite.

Alejada la servidumbre y conseguidos los objetos indicados, se encaminaron a la última habitación, seguidos de Quil y Laura. Encerrados y con las hachuelas, Guayas y Guayaquil, en menos de siete minutos hicieron un boquete en la pared, en el sitio que Leunam les acababa de indicar. Hecho el boquete, quedó visible la piedra, sobre la cual estaba grabada la letra L.

—Aquí está la letra —dijo Leunam—. Ahora tú, Guayaquil, desprende con la pica estas siete piedras.

Quitadas las piedras quedó abierta la entrada de la gruta, en la cual penetraron todos hasta tropezar con la puerta de hierro, cuyo cerrojo, humedecido con aceite cedió al golpe de dos martillazos. Abierta la puerta, penetraron en la habitación que Leunam les había descrito en París. El tesoro, tal como ordenadamente lo había colocado su dueño, la mesa y el cofre, estaban en su lugar. Leunam sacó del cofre el Inventario y el Testamento y díjoles:

—Tomemos asiento sobre estos cajones y hablemos.

—Padrino, —díjole Quil, sonriéndose al sentarse— ¿cuánto vale este asiento?

—Ese asiento —contestó, también sonriéndose— vale setecientos mil pesos, en monedas de oro.

Y dirigiéndose a Guayas, añadió:

—Mi testamento, no lo altero en lo más pequeño, porque lo que voy a encargarte lo ejecutarás con parte del dinero citado en la cláusula 5ª.

En seguida sacó su cartera, tomó de ella un papel escrito que colocó junto al testamento y prosiguió:

—Aquí está anotado mi encargo. Averiguarás el paradero de la familia de mi piloto, Alejo Castañuelas y le entregarás diez mil pesos. A las familias de mis empleados, fallecidos en el incendio de la Voladora, cocinero Bonifacio Quitasueño y marineros Jerónimo Pelado, Anacleto Desgajado y Sabino Molinillo, a cada uno siete mil pesos. A Melchor Tragaderas, otros siete mil pesos. Al pirata Mauricio Compasivo, diez mil pesos y al Manicomio de la ciudad de Jackson setecientos mil pesos. Además, aun cuando estoy vivo, puedes tú, amigo mío, disponer, como cosa tuya, de la suma de veintiún mil millones, citada en la cláusula 4ª de mi testamento.

—¡Oh! gracias, amigo mío. Conserve usted su dinero, intacto. Yo poseo, como usted sabe, veinte millones de pesos. Mi hijo es dueño de siete mil millones, y Laura, hija única de nuestro amigo Raigones, le heredará no menos de siete millones.

Leunam guardó en el cofre los tres papeles, se los entregó a Guayas y se levantó.

Salieron todos. Echáronle cerrojo a la puerta. Colocaron las siete piedras en el boquete, sin que quedase señal de la entrada de la gruta. Cerraron con llave y candado las puertas de la habitación de la casa y se dirigieron al salón.

Siete días después, la pared de la habitación estaba compuesta, conteniendo una puerta secreta en el lugar del boquete.

X

SALVACIÓN DE LA REPÚBLICA

¡Los acontecimientos políticos de Bello Edén horripilaban! Filoagudo, sugestionado por los rebeldes del Averno, cometía a diario toda clase de males, bribonadas y picardías, envalentonándose con la impunidad que le predisponía la índole a nuevas perversidades y crímenes.

Su sueño dorado, mejor dicho, su deseo constante, era la adquisición de siete millones de pesos, para largarse a Europa a hacerle la competencia en lujo y buena vida al Doctor Rapiña.

Apoyado por los desbaratados, civiles y militares, y sostenido en la usurpación del Poder por sus setenta batallones, de setecientos soldados cada uno, comandado por un general de su misma índole, convocó una convención clásica para el 37 de excelso, que debería elegirlo presidente de la república, reduciendo también la Constitución a los siete artículos siguientes:

1.º Reconocimiento de los poderes públicos en el presidente de la república.

2.º Irresponsabilidad del presidente de la república en todos sus actos.

3.º Libertad absoluta de meditación y de acción en el presidente de la república.

4.º Ciega obediencia a los decretos, acuerdos, considerandos, disposiciones, órdenes, mandatos y resoluciones del presidente de la república.

5.º Cooperación, sin excusas, a los manejos del presidente de la república.

6.º Protección monetaria al presidente de la república para gastos imprevistos.

7.º Pena de muerte, sin apelación, a la persona que atentare contra la vida del presidente de la república.

La convención tendría la duración de siete días y se compondrá solo de siete senadores y siete diputados. Los senadores, ya designados, eran los generales: Severino Desmuelado, Macario Entrometido, Vicente Revoltoso, Hermógenes Cuerudo, Sotero Pestilente, Toribio Desalmado, Simplicio Furibundo. Los diputados, eran sus íntimos: Nicolás Gramalote, Luis Canchalagua, Clímaco Borrajas, Epifanio Verdolaga, León Mostaza, Quintiliano Escorsonera, Casimiro Ruda-verde.

Quince días antes de reunirse la convención, tremendo fue el susto que se pegó Filoagudo con la aparición de hojas volantes, impresas, anunciando la candidatura de Guayaquil para presidente de la república.

Inmediatamente puso en movimiento a todo su ejército, como si se tratase de un próximo combate. Se puso su uniforme de papagayo e impartió órdenes de prisión contra Guayaquil, sus parientes y partidarios, en número de setecientas mil personas, según la lista que sus espías le habían entregado.

En menos de siete horas, más de setecientas personas fueron reducidas a prisión. Guayaquil y sus parientes no aparecían. Los comisionados para su arresto le aseguraron a Filoagudo que se los había tragado la tierra. Solo está vivo, dijeronle, el Doctor Raigones.

Filoagudo, con voz de trueno y colérico, exclamó:

—Que venga el Doctor Raigones. Que se presente en mi despacho, en el término de la distancia.

El médico no demoró mucho en presentarse, acompañado de un enorme perro, enlazado el pescuezo con una cuerda de siete metros de largo, cogida en su extremo por el Doctor.

—¡Salud, mi amigo! ¿Qué tal? Vengo a su llamamiento, precisamente cuando iba a salir de mi casa para hacerle a usted una visita. ¿Cómo están la señora y los niños?

Las diecisiete personas que se hallaban en el despacho, a las órdenes del jefe supremo, escuchaban al médico, estupefactas, pues suponían que al presentársele a Filoagudo, este, de un solo tajo le cortaría la cabeza. Pero, el médico era su amigo. Había parteado dos veces a su esposa y lo había aliviado a él de las almorranas, cierta ocasión que se les inflamaron a causa de un susto producido por la provocación de un duelo.

Además, pensó manifestarse esta vez, como consumado político, conversando con un personaje, cual Raigones, amigo y pariente de Guayaquil, su rival en candidatura presidencial.

—¡Oh! mi querido amigo, siéntese. Yo estoy bien de salud. Escolástica y los chiquitines no tienen novedad. El corazón me anunciaba su visita y quise apresurar mi contento de verlo. Por eso lo he llamado a mi Despacho.

En aquel momento, el perro levantó la cabeza, abrió el hocico y lanzó aterrador ladrido. El susto del general fue mayúsculo. Los diecisiete empleados del despacho, sacaron a relucir sus puñales. Filoagudo se levantó y desenvainó su sable, dispuesto a dividir al perro en dos mitades. El médico, sin soltar la cuerda, díjole a Filoagudo, con natural serenidad:

—General, este perro es inofensivo. Ha ladrado porque de esa manera pide permiso para hablar.

Filoagudo envainó y se sentó. Los empleados, también envainaron sus puñales.

—¿Desde cuándo, amigo Doctor, hablan los perros?

El médico, en vez de contestarle, miró al perro. Este abrió el hocico y dijo:

—¡Nosotros hablamos, desde que otros perros dejaron la República en esqueleto para roerle sus huesos!

Filoagudo hizo ademán de desenvainar su sable, pero, se contuvo, pensando rápidamente que en política, las violencias entorpecen la marcha de las buenas y de las malas causas.

—Detente —díjole el perro— no desenvaines y escúchame para que salves tu pellejo, más amenazado que el mío. Nada significaría tu usurpación del poder, si hubieses gobernado la república con honradez y patriotismo, colocándola en lugar preferente entre las naciones cultas del universo. Pero, sirviéndote de gente pervertida y como tú, sugestionada a la voluntad de los rebeldes del Averno, rechazaste la cooperación de los buenos ciudadanos que te habrían conducido por el sendero del honor a una gloriosa inmortalidad. Políticamente hablando, tú, no tienes partido y evitarás la muerte de millares de compatriotas, no oponiéndote a la candidatura del sabio y millonario Guayaquil para presidente de la república. Avanzar en el camino del progreso, no es difícil, cuando se tiene inteligencia, cultura, nobleza de alma, aspiración, constancia, corazón y honor. Guayaquil posee estas siete cualidades y con ellas contribuirá al progreso del Ecuador, al bienestar de la familia humana y a la conquista de la civilización universal.

Filoagudo se acercó al perro, le pasó la mano por el lomo, acariciándolo, y díjoles a sus empleados:

—Señores, pueden ustedes retirarse, el doctor, el perro y yo, tenemos que hablar sobre asuntos de alta política.

Los empleados se retiraron. Filoagudo le estrechó la mano al médico y díjole:

—Lo que no han conseguido los hombres acaba de conseguirlo este perro. Su voz ha conmovido mi corazón. No quiero guerra. Deseo la paz. La política de mi gobierno, la ha dictado mi ambición de poseer siete millones de pesos para hacerle en Europa la competencia al Doctor Rapiña. Pero, tengo ya dos millones, no quedo pobre.

—¡Mi querido amigo! Guayaquil es rico, bien rico. Puede completarle a usted los siete millones de sus aspiraciones.

—¡Magnífico! Que se presente Guayaquil a mi despacho para arreglar este asunto político de tan estupenda importancia. Pero, no vendrá. Está escondido. ¡Me tiene miedo!

—¿Miedo? No, de ninguna manera. Voy a llamarlo. Va a venir al instante.

Sacó su cartera del bolsillo, desprendió una hoja y escribió con lápiz en ella:

«Guayaquil: estoy en el Despacho del General Filoagudo. Ven pronto. Trae tu librete de cheques

—Raigones.

Le dio a leer el papel al general. Enseguida lo dobló, se lo colocó en los dientes al perro, le desató la cuerda del pescuezo y le dio una palmada sobre el lomo, diciéndole:

—¡Corriendo, a casa!

El perro salió a escape. Media hora después, Guayaquil se presentó en el salón. Filoagudo, al verlo, se encaminó hacia él. Le estrechó la mano, saludólo afectuosamente y le brindó asiento.

Enterado Guayaquil del objeto de su llamada, sacó de su bolsillo el librete, tomó cinco cheques, se acercó a una mesa, llenó con letras la cantidad de un millón de pesos en cada uno, los firmó y se los entregó a Filoagudo, diciéndole:

—No soy yo, es la patria, agradecida por su paz y su progreso, la que lo premia a usted por su noble política del momento.

Filoagudo tomó los cheques y se los guardó rápidamente en su bolsillo.

—Bueno, —dijo— mañana reuniré una junta de notables y de mis generales, y en plena asamblea declararé mi adhesión a su candidatura presidencial.

Filoagudo cumplió su palabra. Reunió la junta de notables y esta convocó la convención, con setenta y siete senadores y setenta y siete diputados para el día 27, la cual se inauguró el día citado y nombró a Guayaquil, presidente de la república, extendiéndole su período a diez años, con lugar a reelección.

Los rebeldes del Averno, escandalizados, iracundos, furiosos y dados a la desesperación por la conducta de Filoagudo, vociferaron a gritos, maldiciones y mueras contra el bribón de Filoagudo, papagayo, imbécil, asesino de Mañoso, traidor y otros dicterios de la laya.

¡Restituidos a la calma, sesionaron y lo condenaron a la pena de muerte!

Los siete generales, senadores, descontentos de la alta política de Filoagudo, expiaron sus consecutivas acciones y descubrieron que había cobrado los cheques y comprado siete letras sobre el Banco Ibérico de Madrid, valor de un millón de pesos cada una y preparado su fuga para la noche del día de la inauguración de la convención.

Hecho el descubrimiento, los siete generales salieron de Bello Edén, aquella noche, y se apostaron en una encrucijada del camino por donde indispensablemente pasaría Filoagudo, el cual, para que nadie se enterase de su fuga, ensilló por sí mismo su caballo, colocando en las pistoleras de la montura dos pistolas y armándose, además, de un afilado puñal.

Al llegar a la encrucijada, los generales le cayeron encima con suma rapidez y siete puñaladas en el pecho, dadas a un tiempo, le quitaron la vida. Registrado por ellos el cadáver, le sacaron las siete letras, valor de un millón de pesos cada una, y se las repartieron, siguiendo viaje a

Madrid para cobrarlas.

Filoagudo, había salido de Bello Edén a las ocho de la noche y una hora después los rebeldes recibían su alma en el Averno.

El 49 de Excelso, Guayaquil prestó el juramento constitucional.

El Doctor Raigones, con su secreta habilidad de ventrilocuo, realizó esta vez la salvación de la república del Ecuador.

XI

PRESIDENCIA DE GUAYAQUIL

El 1.º de infantil de 1982, Guayaquil inauguró su poder presidencial, haciendo los nombramientos de los demás poderes y de otros empleos para la buena marcha de su gobierno, procediendo sin favoritismo, pues ninguno de ellos era su pariente ni su amigo personal. Tenían la recomendación de una buena conducta, pundonorosidad e inteligencia y ello le fue suficiente para concederles el empleo.

Los Poderes fueron conferidos a las personas siguientes: Popular, Eliodoro Campechano. Civil, Lisímaco Ilustrado. Tipográfico, Gabino Luminoso. Policía, Heráclito Templado. Justicia, Hipólito Acertado. Militar, Jacinto Valeroso.

El sueldo mensual de estos empleados era de novecientos pesos. Otros empleos importantes los distribuyó en las personas siguientes: Director de instrucción pública, Cástulo Entendido. Director de obras públicas, Camilo Cuidadoso. Tesorero de hacienda, Cirilo Incorruptible. Administrador de aduana, Máximo Actividad. Administrador de correos, Ambrosio Ligereza. Inspector del aseo, Próspero Limpieza. Jefe de estadística, Cándido Inequívoco. Juez de comercio, Pacífico Confianza. Juez de industria, Lorenzo Emprendedor. Juez de agricultura, Rómulo Productivo.

El sueldo mensual de estos empleados era de setecientos pesos. Guayaquil estaba de acuerdo con los mejores tratadistas de economía

política, comprobando que la prosperidad de un país, dependía en mucho de los buenos sueldos pagados a sus empleados, suficientes a llenar sus necesidades, alejando así de ellos la rapiña y estimulándolos al mejor cumplimiento de sus deberes.

La residencia del gobierno, en Bello Edén, estaba en el barrio central, con un millón de habitantes. Los seis barrios restantes, divididos por una gran avenida de cien metros de ancho, cada una tenía un poco más de setecientos mil habitantes.

Las avenidas comenzaban en la primera manzana del Malecón, de Este a Oeste, en toda su extensión de siete millas, terminando en el Salado, pequeño brazo de mar a espaldas de la ciudad. Sus nombres eran Avenida de las Diamelas, de la Violetas, de la Azucenas, de los Jazmines, de las Rosas, de los Claveles y de los Laureles.

Sin dejar de atender la prosperidad y embellecimiento de las diversas poblaciones de la república, Guayaquil puso todo su esmero en darle a Bello Edén la supremacía entre todos los países del universo.

En efecto, el noveno año de su presidencia, Bello Edén era la ciudad más poblada e importante del mundo. Todas las calles de la ciudad estaban canalizadas y empedradas. Todas las casas y edificios públicos tenían desagües, tuberías de fierro para el agua del consumo diario y para el socorro, en los casos de incendios, en pozos dotados de los respectivos aparatos, movidos por la electricidad, luz eléctrica, baños, excusados y teléfonos.

Los nombres de las calles estaban sustituidos por otros, apropiados a la civilización de la época. El Malecón, en su extensión de siete leguas, tenía setenta metros de ancho y estaba embellecido, de trecho en trecho, con jardines de vistosas y fragantes flores y estatuas de personajes célebres.

Cada barrio contenía siete grandes teatros y veinte pequeños, pues el pueblo ya no gustaba de los títeres ni de las maromas. Se deleitaba más con los dramas y las comedias.

También había en cada barrio, seis colegios y sesenta escuelas para varones y mujeres, un hospital de caridad, una casa de beneficencia, un asilo de mendigos, uno de huérfanos y expósitos, una universidad, un manicomio, un museo de pinturas, un jardín zoológico, siete bibliotecas, cinco plazas de mercado, cuatro muelles, un observatorio astronómico, un templo consagrado a una de la divinidades, veneradas y adoradas por sus atributos. Varias estaciones de ferrocarril, pertenecientes a diversas Empresas y una central del ferrocarril universal, cuyo principal accionista era Guayaquil. Además, muchos otros edificios y establecimientos de reconocida utilidad pública.

Sin embargo de este visible progreso, aplaudido por todo el mundo, Guayaquil no estaba aún satisfecho de sus obras. Deseaba todavía embellecer más a Bello Edén y al mismo tiempo establecer en otras ciudades del universo, reformas y mejoras que les eran necesarias.

Leunam por su parte había contribuido en mucho al embellecimiento de Bello Edén. Cuatro casas de beneficencia, cuatro colegios, cuatro escuelas de artes y oficios, un observatorio astronómico, dos teatros y cuatro bibliotecas, eran obras suyas, costeadas con su dinero y obsequiadas al gobierno.

Leunam se conquistó así, en vida, el honroso título de Filántropo. Además, los legados anotados en su cartera, fueron realizadas por él mismo al siguiente año de su llegada a Bello Edén.

La canalización y el empedrado de la ciudad, con un costo de cinco mil millones de pesos, la hizo Guayaquil, obsequiándole aquel beneficio a la nación.

El Doctor Raigones, hacía cinco años que hubo descubierto la vacuna y en el tiempo transcurrido le dio los resultados apetecidos. Desapareció la viruela y los niños crecían sanos y robustos. Por este gran beneficio, se conquistó el renombre de benefactor.

Guayas también se hizo acreedor a la gratitud universal. En 1985 descubrió en las vegas de Chirijo el tabaco, con cuya hoja inventó el

cigarro. Puesto en uso inmediatamente, se generalizó en menos de dos años en todo el mundo. Ricos y pobres se deleitaban fumando y echando humo.

Los grandes y los pequeños descubrimientos e inventos, surgen en el pensamiento, tras la idea innata en el cerebro de la especie humana. Así, el deseo de viajar en globo por los aires, permitió, en tiempos remotos, hacer algunos ensayos, pero sin resultados buenos por la dificultad de darle dirección al aparato.

Tocole a Guayaquil, estando en París, acertar, es decir, darle dirección al globo, movido por la electricidad. La dirección consistía en darle al aparato la figura de un pájaro, agregándole al globo, cola, dos alas, pescuezo y cabeza de águila, he allí el secreto.

Vendido por Guayaquil el privilegio a una empresa, en poco tiempo los viajes en globo se generalizaron en todo el universo, pero sin conseguir la competencia con los ferrocarriles, debido al crecido costo de cada aparato.

El globo más grande que se conocía, tenía capacidad solo para diez personas y su potencia eléctrica no le permitía elevarse, con un peso de veintisiete quintales, más allá de setenta mil metros.

Don Liborio Cascarilla compró en París, en 1888, uno de estos globos, dando por él la suma de un millón de pesos. Se embarcó con su hija Cora y dos pajes de su servidumbre, y emprendió de recreo a diversos países de los cinco continentes.

En cosa de dos años, visitó más de treinta ciudades, deteniéndose en cada una de ellas el tiempo que a Cora le bastaba para conquistar algún entusiasta admirador de su belleza, con el cual coqueteaba, dándole luego por algún otro, tremendas calabazas.

Su índole voluble, originaria de su coquetería, no había desaparecido en ella. Sin embargo, amaba hasta el delirio y aborrecía hasta el crimen a Guayaquil. Cuando pensaba en la arrogante figura del joven, su talento y fama de sabio, lo adoraba. Cuando recordaba que la había

ofendido, dándole a conocer el retrato de su fiel Laura, le sentenciaba a muerte.

El 16 de vigoroso de 1990, a las siete de la noche, llegó con su globo a las inmediaciones de Bello Edén. Dejó el aparato al cuidado de los dos pajes y se dirigió con su padre a la ciudad. Allí supieron que Guayaquil estaba en la casa con Laura. Quil y Natalia. Pero Guayas, Leunam y Raigones habían salido el día anterior para Chirijo, al ensayo de un nuevo descubrimiento hecho por Guayas.

El descubrimiento consistía en una tinta indeleble, extraída de la pepa del aguacate, propia para marcar ropa blanca. Tomados estos informes, Cascarilla Cora regresaron al globo y se elevaron. Habían proyectado ir a Chirijo, conducir con engaño al globo a los tres personajes y llevarlos al patio de un manicomio de Madrid, para que los tomasen por locos y los encerrasen en una celda. De este modo, Guayaquil y Laura tendrían motivos de sufrimientos y dolores que los llevarían al sepulcro.

A las dos de la tarde se puso el globo a corta distancia de la hacienda y fue visto por Leunam, Guayas y el médico, los cuales bajaron de la casa y se situaron en una plazoleta inmediata para verlo mejor. El globo, de repente hizo una evolución, rápida, y descendió hasta la plazoleta, llegando a tierra y quedándose inmóvil. Los tres amigos se acercaron, y en aquel momento se abrió la puerta del globo, se presentó un señor anciano y les dijo:

—¡Ah!, señores, acérquense, vengo desde Pekín con mi hija para Bello Edén. Hace cosa de una hora que un repentino ataque la tiene postrada, la fiebre es atroz. ¿Hay por aquí algún médico que pueda salvarle la vida? ¡Ah! ¡Yo creo que mi hija muere!

—Señor, —díjole Raigones— yo soy médico, veré los grados de fiebre de la enferma y la curaré.

—¡Oh! gracias, Doctor. Señores entren ustedes.

Los tres personajes y Cascarilla, entraron en el globo.

—Tomen ustedes asiento y usted, Doctor, acérquese, aquí está la enferma. No me oculte usted la gravedad. ¡No me la oculte!

Cora estaba acostada en un pequeño sofá, arropada con una manta y fingiendo estar medio aletargada. El médico se acercó a ella, le tomó el pulso y después de un momento dijo:

—Nada, treinta y siete pulsaciones, no hay gravedad. Con todo, las fiebres constituyen generalmente los primeros síntomas de una enfermedad. El letargo ha sido producido por la violencia de una excitación fuerte de los nervios. Dos gotas de panacea azul, bastarán para que vuelva en sí. Después le daremos una cápsula de sulfato de quinina, maravilloso medicamento descubierto por el sabio Don Liborio Cascarilla de París.

Cascarilla, al oír pronunciar su nombre, se sonrió imperceptiblemente. El médico continuó:

—En mi maleta tengo los medicamentos. Voy por ellos. Regresó inmediatamente.

Y salió de prisa, como lo requería el caso. En aquel momento, el globo dio una fuerte sacudida, se elevó rápidamente sobre la hacienda a una altura de setecientos metros y se detuvo. Al grito que lanzaron sus amigos, al fugar el globo, Raigones se quedó estupefacto. Vuelto en sí, comprendió que habían caído en una celada.

—¡Oh! mis amigos, —dijo— ¡van a ser víctimas de aquellos infames!

Leunam recuperó la calma, en pocos momentos. En Guayas, no sucedió lo mismo. Tenía en su delante, reconociéndolos, a Cascarilla y a Cora, amenazantes.

—¡Cascarilla! ¡Cora! ¡La loca! —exclamó y dio un paso hacia ellos, añadiendo:

—¿Qué significa esto? ¿Por qué proceden ustedes de esta manera?

Cora contestó:

—Porque yo me fingí loca y los locos son ustedes, escapados del manicomio de Madrid. Allá los vamos a conducir a sus respectivas celdas. Por lo pronto, tomen asiento. Aquí, toda tentativa de fuga es imposible y peligrosa. Antes de ir a Madrid, vamos a contemplar por última vez la hermosa ciudad de Bello Edén.

Se le dio al globo la dirección indicada y en menos de siete minutos fue colocado a una altura de trescientos metros, sobre la casa del cerro de la gruta de oro.

Guayas se asomó, vio la ciudad y su casa y sintió en todo su ser un movimiento convulsivo, acompañado de un calor febricitante que le invadió el cerebro. En seguida, se arrojó sobre el aparato eléctrico que le daba movimiento al globo y lo rompió.

Aquello fue rápido. El Globo cayó y se estrelló sobre el empedrado de la calle, frente de la casa, quedando tendidos en el suelo seis cadáveres. El gentío que acudió al sitio de la catástrofe, fue inmenso. Guayaquil, al ruido que hizo el globo al caer, se asomó, vio los cadáveres, bajó de la casa y se acercó a ellos.

Al reconocer a su padre y a Leunam, lanzó un grito y exclamó:

—¡Leunam y mi padre! —Y tomó el cadáver de este, lo abrazó y le dio un beso en la frente, haciendo lo mismo con el de Leunam. Después, miró los cuatro cadáveres restantes y dijo:

—No los conozco.

El cadáver de su padre y el de su amigo, fueron conducidos al salón de la casa. Los otros, juntamente con un poco de ropa y varios papeles, diseminados, fueron recogidos y llevados a una habitación de la misma casa, en la planta baja, hasta identificar sus personas.

En el momento en que acabaron de colocar los dos cadáveres en el salón, Guayaquil fue llamado por teléfono y se puso al habla con el Doctor Raigones. Este le dio detalles sobre la fuga del globo y rapto de Guayas y Leunam. Guayaquil, le contestó:

—Mi padre y Leunam están aquí. Venga usted inmediatamente.

Raigones se embarcó al instante en una canoa de montaña, movido por un aparato eléctrico y en menos de catorce minutos llegó a Bello Edén.

Al ver los cadáveres de sus amigos, se quedó estupefacto. Reanimado, exclamó:

—¡No han querido mi muerte! ¡Aquellos malvados, me dejaron salir del globo para asesinar a mis amigos!

Abrazó a Natalia, a Quil, a Laura y Guayaquil y se cubrió el rostro con ambas manos, empapándolas con copioso llanto.

Guayaquil bajó a la habitación, en donde estaban los cuatro cadáveres desconocidos. Tomó varios papeles, los leyó y palideció al ver en uno de ellos el nombre de Cora. Arrojólos al suelo, se acercó, miró detenidamente los cadáveres, reconoció a Cascarilla y a su hija y se acordó del billete aquel, amenazante, en el cual le decía: ¡Dolor por dolor! ¡Guerra a muerte!

—¡Desgraciada! ¡Te perdono! —dijo y salió de la habitación.

Por la mañana del siguiente día, conducidos los cuatro cadáveres al cementerio, en una carreta, fueron sepultados en una sola fosa.

Embalsamados los cadáveres de Guayas y Leunam, y anunciando su entierro para las dos de la tarde, un momento antes, cada ataúd fue colocado en lujosa carroza, artísticamente adornada con siete mil coronas de flores, naturales y artificiales, con sus respectivas tarjetas de condolencia.

Emprendida la marcha al cementerio, las carrozas fúnebres fueron seguidas de gran número de carros, con un acompañamiento de setecientas mil personas de alta clase social, setecientas mil de la clase media y setecientas mil personas del pueblo.

Toda la República vistió de luto, durante siete días. Las demás ciudades del universo, informadas por telégrafo del desgraciado

suceso, también guardaron siete días de duelo, como demostración de verdadera condolencia por la pérdida de tan esclarecidos benefactores.

Sobre la losa de cada tumba se grabó la siguiente inscripción:

GUAYAS	LEUNAM
17 de Vigoroso	17 de Vigoroso
1990	1990

Terminado el duelo en la república del Ecuador y en todo el universo, los gobiernos y la sociedad continuaron sus tareas de progreso y bienestar social.

Después, a fines de aquel año, el afamado escultor nacional, Benvenuto Buriles, reputado el mejor del mundo, concluyó en Bello Edén catorce estatuas, siete de Guayas y siete de Leunam, cuya erección estaba fijada para el 17 de Vigoroso de 1991, en las siguientes ciudades: Bello Edén, París, Londres, Quillota, México, Jackson y Pekín.

Llegado el citado día, las estatuas fueron erigidas, solemnemente, en los países mencionados. En Bello Edén, las estatuas fueron colocadas en el Malecón del barrio central. Aproximándose la fecha de la cesación de su período presidencial, Guayaquil expidió el decreto de ley, convocando la convención para el día 27 de excelso, la cual debería nombrar el nuevo presidente de la república. En el decreto añadió que el gobierno no proponía candidato oficial, porque aquello, además de desvirtuar la esencia fundamental del sistema republicano, atropellaba la voluntad popular y le daba a la república visos de tiranía.

Esta noble conducta de Guayaquil, fue aplaudida e imitada universalmente y ella contribuyó a la reelección de los presidentes para el nuevo período, en todas las repúblicas de los cinco Continentes. Guayaquil, pues, fue reelecto presidente de la república del Ecuador y el 49 excelso prestó el juramento constitucional.

XII

¡CATACLISMO!

Despuntó la aurora del 1º de Infantil de 1992, primer día de la reelección presidencial de Guayaquil y el ruido atronador de las salvas de setenta cañonazos, descargas de fusilería y cohetes chinos, retumbó en los espacios hasta perderse más allá de las fronteras de lo infinito. Los empleados del nuevo gobierno fueron los mismos, pues Guayaquil no era partidario de la alternabilidad de empleados, en los principales ramos gubernativos, ya por los conocimientos que se adquieren con la práctica, ya porque juzgaba temeraria e injusta la remoción de personas, cuya conducta era digna de las mejores recomendaciones.

Reelegido por la votación popular de más de dos millones de sufragantes y felicitado por más de setenta millones de personas de los cinco continentes, admiradoras de su talento y dotes administrativas, puso todo su poder de genio e ingenio en embellecer aún más a Bello Edén, haciendo extensivos en todo el universo los elementos de progreso y de civilización, conquistadores de la compleja felicidad del género humano.

Así, para Bello Edén, en siete años más realizó las siguientes cosas: Perfeccionó las leyes, mejoró la hacienda pública, organizó todos los ramos administrativos del gobierno, embelleció la ciudad con nuevos y suntuosos edificios para universidades, colegios, escuelas, bibliotecas, museos, pasajes, mercados, camales, muelles, teatros, imprentas, parques, jardines públicos, empresas de ferrocarriles, de globos aéreos, de telégrafos y de teléfonos.

Protegió las ciencias, las artes, la literatura, las industrias, el comercio y la agricultura.

La prensa libre, moral e ilustrada, publicaba siete mil Diarios, tres mil semanarios y dos mil revistas mensuales.

Las locomotoras, los carros urbanos, los carruajes y toda clase de vehículos, eran movidos por grandes y pequeños aparatos mecánicos eléctricos.

Las cosechas de piñas, aguacates y cocos de Chirijo, habían atraído considerable número de inmigrantes y el censo de aquel año, 1998, le dio a Bello Edén un total de seis millones y setecientos mil habitantes.

Fundó dos ciudades para perpetuar la memoria de sus dos tíos fallecidos en 1994. La ciudad de Quito la fundó el pie del volcán Pichincha y la de Ambato, cerca del pueblo de Atocha.

Extirpó las epidemias con su panacea azul y de esta manera le dio larga duración a la salud humana. Estableció la paz, imperecedera, y de este modo inutilizó la guerra. Llenó de satisfacción la vida y redujo a la impotencia a los rebeldes del Averno.

A principio de 1999, inauguró con toda pompa en Bello Edén, catorce estatuas de celebridades contemporáneas: siete en las avenidas y otras siete en el Malecón. En el primer barrio inauguró la estatua de Don Miguel Quijote, militar y escritor, autor de una novela inimitable. En el segundo, la de Don Emilio Casto Telar, político, literato y orador eminente. En el tercero, la de Don Julio Viernes, geógrafo y sabio, autor de setecientas novelas científicas. En el cuarto, central, la de Don José Joaquín Modelo, poeta clásico sublime, autor de un canto épico, descriptivo, de las heroicidades guerreras del general Simón Libertador. En el quinto, la de Don Juan Montado, célebre literato, el más fecundo de los escritores del universo, autor de la inmortal obra Siete Retratos. En el sexto, la de Don Alejandro Plumas, novelista insigne y autor dramático. En el séptimo, la de Don Álvaro Planeta, sabio astrónomo, descubridor de una luna en la constelación boreal de la Ora Mayor. La estatua de Don Juan Cacao, inventor del chocolate, fue inaugurada en la avenida de las Diamelas. La de Don Gil Fogones, inventor de las empanadas, en la avenida de las Violetas. La de Don

Fermín Yucal, inventor del almidón, en la avenida de las Azucenas. La de Don Gregorio Tuétano, inventor de los fósforos, en la avenida de los Jazmines. La de Don Adolfo Rápido, inventor de la bicicleta, en la avenida de las Rosas. La de Don Rufino Culley, inventor de jaulas pajarreras, en la avenida de los Claveles. La de Don Tácito Soplado, inventor del abanico, en la avenida de los Laureles.

Los rebeldes del Averno, reducidos a la impotencia por el impulso civilizador de Guayaquil, no solo en Bello Edén sino en todo el universo, apenas salían una que otra vez de su continente. Corridos, humillados, avergonzados, pálidos, escuálidos y hambrientos por la escasez de almas para su cotidiano alimento, vida llevaban irritantes y desesperada. Con tal motivo, después del séptimo día de la inauguración de las estatuas, Satanás dio un salto, se plantó delante de sus compañeros y les dijo:

—¡Ilustres camaradas! Pido sesión para que acordemos, en definitiva, tremendo castigo contra ese poderoso Guayaquil, cuya ciencia y riquezas, influjo y apoyo universal, nos está ya perjudicando demasiado.

Y diéronse a sesionar.

—Bueno, —dijo Luzbel— tú, que propones sesión, debes ya tener combinado algún plan proveniente de proyecto meditado y estudiado.

—Lo tengo —respondió Satanás— y es el siguiente:

Tú, Luzbel, te encargarás de minar el continente Austral y le pondrás dinamita en cantidad suficiente para que vuele y desaparezca. Barrabás, Belcebú, Diablo y Demonio, harán igual cosa con los continentes Inca, Asia, África y Europa. Tú, Lucifer, destruirás las siete maravillas del universo. Yo me encargaré de darle el golpe de gracia a la humanidad que queda viva, ofuscándole la memoria.

—¡Bien! ¡Bravo! ¡Magnífico! ¡Tu vasto plan abarca un Cataclismo! Lo aceptamos.

Y salieron del Averno, a escape, a poner en ejecución los trabajos preparatorios del satánico cataclismo.

En la mañana del 7 de Festivo del año 2000 de la Creación, Guayaquil tomó su libro de apuntes, examinó el debe y el haber y dijo:

—Me quedan cinco mil millones de pesos. He gastado treinta mil en beneficio del universo. Estoy contento, satisfecho por esta parte, pues Bello Edén tiene siete millones de habitantes y es la ciudad más importante del mundo. Su moralidad, orden, alegría, riqueza, paz, virtudes cívicas y patriotismo, la colocan en el primer lugar entre todas las ciudades del universo. También soy dichoso, respecto de mi familia. Tengo una madre adorada, una esposa idolatrada, siete hijos varones y siete hijas mujeres que embellecen mi hogar. Parientes y amigos que me quieren con lealtad.

Los catorce hijos de Laura, mellizos, nacidos en siete partos, también hablaron al nacer, es decir, los hizo hablar su abuelo el ventrílocuo Raigones. Particularidad que ya no llamó la atención, juzgándola hereditaria, pues sus padres Guayaquil y Laura, como recordará el lector, también hablaron al nacer.

Los dos mellizos primeros, pidieron llamarse Vines y Baba; los otros, sucesivamente, Palenque y Puna, Yaguachi y Posorja, Samborondón y Taura, Balao y Machala, Chanduy y Pimocha, Morro y Daule.

Después de una breve pausa, Guayaquil añadió:

—Sin embargo, todavía quisiera hacer más en provecho de la humanidad.

En aquel momento se presentó Raigones, acompañado de un caballero francés, comisionado para prevenirle a Guayaquil la próxima llegada a Bello Edén de los cuarenta y ocho presidentes de las repúblicas de los cinco continentes, acompañados de sus esposas, hijos e hijas, empleados civiles y militares de alta graduación, miembros de sociedades científicas, artísticas y literarias, en una totalidad de siete mil

personas, y cuyo viaje tenía por objeto, saludarlo, conocer la preciosa ciudad y deleitarse contemplando sus dos maravillas: el Chimborazo y el Jardín fluvial en el fondo de las cristalinas aguas del río Edénico.

Guayaquil quedó sumamente complacido con el aviso, e inmediatamente impartió las respectivas órdenes para que fuesen recibidos los visitantes, con la pompa y magnificencias requeridas por el caso. Veinte días después, esto es, el día 27, las siete mil personas anunciadas llegaron a Bello Edén y fueron recibidas espléndidamente. Desde aquel momento comenzaron las festividades, con regocijos públicos en variedad de espectáculos.

Los visitantes recorrieron la ciudad, ascendieron al Chimborazo hasta una altura considerable y se pasearon en lujosas embarcaciones sobre las cristalinas aguas del río Edénico, hasta saciarse, contemplando el bellísimo Jardín fluvial.

Transcurrido diez días más, levantaron en el Malecón un gran tablado, con capacidad para setenta personas, comisionadas de conducir allí a Guayaquil para darle la sorpresa de su apoteosis en vida, ciñéndole la frente con una corona de oro de mirtos y laureles, dignamente merecida por sus trabajos civilizadores universales.

Los comisionados, pues, condujeron a Guayaquil al tablado y lo coronaron en presencia de cuatro millones de espectadores. Aún más, no contentos con aquel homenaje, pidieron que la ciudad de Bello Edén tomase desde aquel momento el nombre de ciudad de Guayaquil, puerto principal de la república del Ecuador. Las voces de cuatro millones de personas aplaudieron la petición. Guayaquil estaba aturdido. Pero, su modestia, no tenía fuerza suficiente para oponerse a tan honrosa cuanto formidable petición. Así, reanimado, con voz fuerte exclamó:

—¡Viva la república del Ecuador! ¡Gloria eterna para ti, bella ciudad de Guayaquil!

Transcurridos siete minutos, violento sacudimiento terrestre, universal, acompañado de ruidos subterráneos espantosos, llenó de horror a todos los habitantes del mundo.

La ciudad de Guayaquil se hundió a setenta metros de profundidad, en seguida, lluvia copiosa de tierra arcillosa llenó aquel vacío, dejando visible una extensa sabana. El Chimborazo también se hundió, hasta más de la mitad. Las aguas cristalinas del río Edénico, quedaron turbias. El árbol cocinero, en el Perú, fue arrancado de raíz y arrojado a setenta metros de distancia. La Catarata del Niágara, quedó reducida a la séptima parte de su tamaño. El mar Pacífico, se cubrió de olas embravecidas y borrascosas. Nubes espesas y negras invadieron las esferas celestes de París y de Pekín y desaparecieron los arco-iris y la aurora boreal. El continente Austral se hundió, quedando en su lugar un vasto océano sembrado de millares de islas. Todo el territorio de Atlántida también se hundió y su lugar quedó convertido en otro océano, de oleajes encrespados y embravecidos. Los cinco puentes que unían los Continentes desaparecieron, dejándolos separados unos de otros por enormes distancias. Por último, el trastorno de la especie humana, universal, fue tan tremendo y fatal como el de la naturaleza terrestre. Los seres que quedaron con vida, perdieron completamente la memoria.

¡Así, pues, el triunfo de los rebeldes del Averno, enemigos de Dios y de los hombres, tuvo por origen el éxito del realizado cataclismo!

XIII

CONCLUSIÓN

Después de mucho tiempo, esto es, en el año 1535 del siglo XVI de la era cristiana, el Cerro de la gruta de oro se llamó Colina de Santa Ana y al pie de ella, el español Sebastián Benalcázar, fundó la ciudad de Guayaquil, conmemorando el nombre del fantástico y célebre personaje, hijo de Guayas y de la bella Quil, citados en este libro.

ANEXOS

*Los meridianos y el calendario*¹ (1873)

Julio Verne

Intervención dirigida a la Sociedad Geográfica (sesión del 4 de abril de 1873), en respuesta a la pregunta de los señores Hourier y Faraguet, ambos interesados por conocer en qué meridiano ocurre el cambio de un día a otro del calendario civil. Seguimos en esta edición la traducción publicada por Ariel Pérez.

Señores,

Se me ha encomendado por la Comisión Central de la Sociedad Geográfica responder a una pregunta muy interesante que ha sido formulada simultáneamente, por una parte, por el señor Hourier, ingeniero civil, y, por la otra, por el señor Faraguet, el ingeniero jefe de los Puentes y Carreteras de Lot-et-Garonne.

Creo que no sea necesario ver más que una simple coincidencia entre estas cartas y la publicación del libro titulado *La vuelta al mundo en ochenta días*, que publiqué hace tres meses; y para introducir la cuestión que nos concierne, les pediré permiso para citar las líneas que terminan esta obra.

Se trata de esta situación muy singular, —de la cual Edgar Poe ha sacado partido en un cuento titulado «Tres domingos por semana»—, se trata, digo, de esta situación ocurrida a los viajeros que lleven a cabo la vuelta al mundo, sea yendo hacia el este, sea dirigiéndose hacia el oeste. En el primer caso, han ganado un día; en el segundo, lo han perdido, luego de haber regresado al punto de partida.

«En efecto, —he dicho—, marchando hacia oriente, Phileas Fogg (este es el héroe del libro) iba al encuentro del Sol, y, por lo tanto, los

días disminuían para él tantas veces cuatro minutos como grados recorría. Hay 360 grados en la circunferencia, los cuales, multiplicados por cuatro minutos, dan precisamente veinticuatro horas, es decir, el día inconscientemente ganado. En otros términos: mientras Phileas Fogg, marchando hacia oriente, vio el Sol pasar ochenta veces por el meridiano, sus colegas de Londres no lo habían visto más que setenta y nueve».

La pregunta se formula entonces así, y solo me bastará resumirla en pocas palabras. Todas las veces que se lleve a cabo la vuelta en globo yendo hacia el este, se gana un día. Todas las veces que se dé la vuelta al mundo yendo hacia el oeste, se pierde un día, es decir, esas 24 horas en que el Sol, en su movimiento aparente, da la vuelta a la tierra, y este es, cualquiera que sea, el tiempo que se emplea para llevar a cabo el viaje.

Este resultado es tan real, que la administración de la marina otorga un día de ración suplementaria a sus navíos que, saliendo de Europa, doblan el Cabo de Buena Esperanza, y retira, por otra parte, un día de ración a todos los que doblan el Cabo de Hornos. De dónde se puede sacar una explicación a esta consecuencia tan rara de que los marinos que van hacia el este estén mejor alimentados que aquellos que van hacia el oeste. En efecto, cuando todos lleguen al punto de partida, aun cuando han vivido la misma cantidad de minutos, unos han hecho un desayuno, una comida y una cena más que los otros. A esto se responderá que estos han trabajado un día de más. Sin dudas, pero no han vivido más que los otros.

Es entonces evidente, señores, que de este asunto sobre el día perdido o el día ganado, siguiendo la dirección lógica, debe por tanto concluirse que este cambio de fecha debe verificarse en un punto cualquiera del globo. Pero, ¿cuál es este punto? Tal es el problema a resolver, y no se asombrarán que esto haya despertado la atención de los autores de las dos cartas. Estas dos cartas pueden, en suma, resumirse

de la siguiente manera: Sí, hay un meridiano privilegiado sobre el cual se lleva a cabo la transición, dice el señor Faraguet. ¿Dónde está ese meridiano privilegiado?, pregunta el señor Hourier.

Antes que nada, señores, diré que es difícil responder desde el punto de vista puramente cosmográfico. ¡Ah! Si los señores Hourier y Faraguet pudiesen hacerme saber sobre qué horizonte el Sol se levantó en los primeros días de la creación, si conociesen el meridiano del globo sobre el cual el mediodía se estableció por primera vez, la pregunta sería fácilmente resuelta, y yo les diría: Ese primer meridiano es el meridiano privilegiado que determina el señor Faraguet y que reclama el señor Hourier. Pero, ninguno de estos ingenieros ha sido lo suficientemente primitivo para ver la primera elevación del radiante astro; no pueden entonces decirme cuál es este primer meridiano, y, ahora, abandonando por este momento la cuestión científica, paso a la cuestión práctica que trataré de dilucidar en algunas palabras.

De esta consecuencia de que se gana un día por el Este y se pierde por el Oeste, se deriva un equívoco que se ha mantenido durante mucho tiempo. Los primeros navegadores habían impuesto, y esto de forma inconsciente, su calendario a las nuevas regiones. De forma general se contaban los días en dependencia de que los países hubieran sido descubiertos por el Este o por el Oeste. Los europeos, al llegar a estas regiones desconocidas habitadas por los indígenas que no se preocupaban ni de los días ni de las fechas en las cuales se comían a sus semejantes, los europeos, repito, imponían su calendario, y todo quedaba dicho. Así durante siglos se fechó a Canton tomando como punto de partida la llegada de Marco Polo, y a las Filipinas por la de Magallanes.

Pero el error de concordancia de los días debía crear problemas en la práctica comercial. De esta forma, desde hace unos veinte años, en una época que no puedo fijar, pero que nuestro eminente colega, el señor almirante de París, podría indicar, se decidió llevar

definitivamente a Manila el calendario europeo, que regularizó la situación y creó, por así decir, un calendario oficial.

Agregaré que existía desde hace mucho tiempo, en la práctica, un meridiano compensador, que era el 180 contado a partir del meridiano 0, sobre el cual están reglados los cronómetros de a bordo, sea Greenwich por el Reino Unido, París por Francia o Washington por los Estados Unidos.

He aquí en efecto lo que traduje del periódico inglés *Nature*, al cual se le dirigió, en 1872, la pregunta formulada por los dos honorables ingenieros:

«La pregunta del señor Pearson, en el número del 28 de germinal² del periódico *Nature*, no admite una respuesta exacta o científica, debido a que no hay una línea natural de demarcación o cambio, y el establecimiento de esta línea es completamente una cuestión de uso o conveniencia. No hace muchos años atrás las fechas de Manila y de Macao eran diferentes, y hasta la cesión del territorio de Alaska a los americanos, las fechas de allí diferían de las del cercano territorio de la América inglesa. La regla aceptada ahora es que los lugares que se hallan en longitud oriental se fechen como si se hubiese llegado hasta allí por el Cabo de Buena Esperanza, y que aquellos que estén situados en longitud occidental se fechen como si se hubiese llegado por el Cabo de Hornos. Esta regla se hace prácticamente conveniente debido a la longitud del océano Pacífico. Así entonces, el capitán de un navío tiene por hábito cambiar la fecha de su libro de a bordo al atravesar el meridiano 180, agregando o restando un día siguiendo a la dirección en la que va; pero el capitán que solo atraviesa este meridiano para regresar sobre sus pasos, no modifica su fecha, de tal suerte que pueden y deben encontrarse, de vez en cuando, capitanes que tengan fechas diferentes. Un ejemplo muy notorio de este efecto tuvo lugar durante la guerra de Rusia, cuando nuestra escuadra del Pacífico alcanzó a la escuadra de China en las costas de Kamtchatka».

La cita que acabo de hacer, señores, debe hacerles prejuzgar la solución posible que vamos a dar. Acabo de tratar esta pregunta desde el punto de vista histórico, después desde el punto de vista práctico; pero, ¿está resuelta científicamente? No, aunque su solución se encuentra indicada en la carta del señor Faraguet.

Para resolverla completamente, permítanme entonces, señores, citar una carta que me dirigió personalmente uno de nuestros más grandes matemáticos, el señor J. Bertrand, del Instituto.

«Nuestra conversación de ayer me ha dado la idea de un problema que a continuación enuncio: Un señor, provisto de medios de transporte suficientes, sale de París un jueves al mediodía; se dirige hacia Brest, de allí a Nueva York, a San Francisco, Yedo, etc., y regresa a París luego de 24 horas de viaje, a razón de 15 grados la hora.

«En cada estación, pregunta: ¿Qué hora es? Le responden invariablemente: mediodía. Luego pregunta: ¿En qué día de la semana vivimos?

«En Brest, le responden jueves; en Nueva York, igualmente... pero al regresar, en Pontoise, por ejemplo, le responden viernes.

«¿Dónde ocurrió la transición? ¿Sobre qué meridiano nuestro viajero, si es buen católico, puede y debe lanzar el jamón que se convierte en prohibido?

«Es evidente que la transición debe ser brusca. Ocurrirá en el mar o en los países que ignoran el nombre de los días de la semana.

«Pero supongan la existencia de un paralelo entero sobre el continente y habitado por pueblos civilizados que hablan la misma lengua y se someten a las mismas leyes; habrá dos vecinos, separados por una línea imaginaria, y uno de ellos dirá hoy al mediodía: vivimos el jueves; y el otro afirmará: vivimos el viernes.

«Suponga, por otra parte, que uno habite en Sèvres y el otro en Bellevue. No habrán vivido ocho días en esta situación sin llegar a

entenderse sobre el calendario; el equívoco cesará entonces, pero renacerá por otra parte, y se le hará un movimiento perpetuo en el diccionario de los días de la semana».

Esta carta, señores, a la vez muy lógica y muy espiritual, me parece resolver de una manera categórica la pregunta formulada a la Sociedad Geográfica.

Sí, el equívoco existe, pero existe en el estado latente por así decir. Sí, si un paralelo atravesase los continentes habitados, habría desacuerdo entre los habitantes de este paralelo. Pero parece que la previsora naturaleza no ha querido dar a los humanos una causa suplementaria de discusiones. Ha puesto prudentemente entre las grandes naciones, los desiertos y los océanos. La transición del día ganado al día perdido se hace de una manera inconsciente en estos mares que separan los pueblos; pero el equívoco no puede ser constatado, porque los navíos se mueven y no permanecen inmóviles sobre estos largos desiertos.

No hace falta insistir más, señores, y me resumiré diciendo:

Desde el punto de vista práctico:

1. El acuerdo del calendario a usar, que ha sido resuelto, con la adopción del mismo en Manila.
2. Los capitanes cambian la fecha de sus libros de a bordo cuando pasan el meridiano 180, es decir, la prolongación del meridiano regulador que fija su cronómetro.

Desde el punto de vista científico:

La transición se hace sin brusquedad, inconscientemente, sea sobre los desiertos, sea sobre los océanos que separan los países habitados. No tendremos entonces en el futuro el doloroso espectáculo de dos pueblos civilizados yendo a la guerra y batiéndose por el honor de un calendario nacional.

*Edgar Poe y sus obras III*¹ (1864)

Julio Verne

Presentamos aquí un fragmento del único estudio literario que publica Julio Verne en vida: «Edgar Poe y sus obras». Incluimos el capítulo III en que Verne explora aquellos relatos inmediatamente relevantes para la CF ecuatoriana, aquellos relacionados con los viajes en globo. El ensayo entero puede encontrarse en línea. Nos apoyamos en la presente edición, en la traducción publicada por Ariel Pérez, con ligeras modificaciones, del ensayo de Verne.

Lego ahora a «El embuste del globo»². En algunas líneas, les diré que la historia narra una travesía del Atlántico, realizada en tres días por ocho personas. La narración de este viaje apareció en el periódico *New York Sun*. Muchos creyeron en ella, sin duda los que no la habían leído aún, puesto que los medios mecánicos indicados por Poe, la rosca de Arquímedes, que sirve de propulsor y el timón, son completamente insuficientes para dirigir un globo. Los aeronautas, que parten de Inglaterra con la intención de llegar a París, son arras-trados hacia América hasta alcanzar la isla Sullivan; durante su travesía, se elevaron a una altura de veinticinco mil pies. El cuento es corto y reproduce los incidentes del viaje con más de rareza que de verdad.

Prefiero la historia titulada «La incomparable aventura de un tal Hans Pfaall»³, de la cual les hablaré más extensamente. Pero, me apresuraré en decirles que, allí también, son transgredidas intrépidamente las leyes más elementales de la Física y la Mecánica; esto siempre me ha parecido extraño de parte de Poe, que, con algunas invenciones, hubiera podido hacer su relato más creíble; después de todo, como se

trata de un viaje a la Luna, no hay que mostrarse muy exigente con los medios de transporte. El tal Hans Pfaall era un delincuente de mente, una especie de asesino soñador, que, para no pagar sus deudas, decidió huir hacia la Luna. Partió una bella mañana de la ciudad de Rotterdam, después de haber tenido la precaución de hacer volar a sus acreedores, valiéndose de una mina dispuesta a tal efecto.

Debo decir ahora cómo Pfaall llevó a cabo este viaje imposible. Para tal efecto, llenó su globo de un gas inventado por él, que era el resultado de la combinación de una cierta substancia metálica o semimetálica y de un ácido muy común. Este gas es una de las partes constituyentes del nitrógeno, considerado hasta entonces como irreducible, y su densidad es treinta y siete veces menor que la del hidrógeno. Por tanto, hemos llegado aquí, físicamente hablando, al dominio de la fantasía; pero esto no es todo.

Ustedes conocen que es la presión del aire la que hace que un aerostato se eleve. Al llegar a los límites superiores de la atmósfera, a seis mil toesas aproximadamente, si pudiera llegar hasta allí, se detendría en seco, y ninguna fuerza humana podría hacerlo ir más allá; es entonces que Pfaall, o más bien el propio Poe, comienza una de sus raras disertaciones para demostrar que más allá de las capas de aire, existe aún un medio etéreo. Estas disertaciones se hacen con un aplomo notable, y se dan argumentos de hechos muy falsos con el rigor más ilógico; en fin, se arriba a la conclusión de que había una gran probabilidad «de que en ningún momento de su ascenso alcanzara un punto donde los pesos unidos de su inmenso globo, el gas inconcebiblemente rarificado que lo llenaba, la barquilla y su contenido logaran igualar el peso de la masa atmosférica desplazada por el aerostato».

He aquí el punto de partida; pero no es suficiente. En efecto, subir, subir siempre está bien; pero respirar es también necesario. Pfaall lleva además un cierto aparato destinado a condensar la atmósfera, por enrarecida que ella esté, en cantidad suficiente como para poder respirar.

De manera que tenemos aquí un aire que será necesario condensar para proveer a los pulmones, y que, sin embargo, en su estado natural, será, no obstante, lo suficientemente denso para elevar el globo. Entienden ustedes la contradicción de estos hechos. No insisto más.

Por otra parte, una vez admitido el punto de partida, el viaje de Pfaall es maravilloso, lleno de inesperados comentarios, de singulares observaciones; el aeronauta arrastra al lector con él, hacia las altas regiones del aire; cruza rápidamente una nube de tormenta; a una altura de nueve millas y media, siente que sus ojos, que la presión atmosférica no puede mantener, se le escapan fuera de sus órbitas, y que los objetos contenidos en la barquilla se presentan bajo una forma monstruosa y falsa; se eleva siempre; le sobreviene un espasmo; se ve obligado a hacerse una sangría con su cortaplumas, la cual le proporciona un alivio inmediato.

«A una altura de diecisiete millas —dice Pfaall—, el panorama que ofrecía la Tierra era magnífico. Hacia el oeste, el norte y el sur, hasta donde alcanzaban mis ojos, se extendía la superficie ilimitada de un océano en aparente calma, que por momentos iba adquiriendo una tonalidad más y más azul. A grandísima distancia, hacia el este, aunque discernibles con toda claridad, se veían las Islas Británicas, la costa atlántica de Francia y España, con una pequeña porción de la parte septentrional del continente africano. Era imposible advertir la menor señal de edificios aislados y las más orgullosas ciudades de la humanidad se habían borrado completamente de la faz de la Tierra».

Pronto Pfaall alcanza una altitud de veinticinco millas, y su mirada contempla no menos de la trescientas veinteava parte de la superficie de la Tierra; instala su aparato de condensación; se encierra, él y toda la barquilla, en una cámara de caucho; condensa la atmósfera a su alrededor, e inventa un dispositivo ingenioso, que, por medio de las gotas de agua que caen sobre su frente, lo despierta una vez por hora,

de manera que pudiera renovar el aire viciado acumulado en este estrecho espacio.

Día por día, lleva el diario de su viaje. Había partido el primero de abril; el seis, se encuentra en el Polo, observa los inmensos témpanos de hielo, y ve cómo el horizonte se amplía súbitamente, debido al achatamiento de Tierra. El siete, estima su altura en 7.254 millas, y tiene bajo sus ojos la totalidad del diámetro mayor de la Tierra, con el ecuador como límite del horizonte.

Entonces su planeta nativo comienza a disminuir día a día; pero no puede ver la Luna que está casi en su cenit, que el globo le oculta. El quince, un ruido aterrador lo sumerge en el estupor; supone que un inmenso meteorito se ha cruzado en su camino. El diecisiete, al mirar hacia abajo, fue presa de un terror inmenso; el diámetro de la Tierra aparecía súbitamente aumentado en una inmensa proporción. ¿Había reventado su globo? ¿Caía con la más impetuosa e incalculable velocidad? Sus rodillas temblaron, sus dientes castañeteaban, el pelo se le erizaba... Pero la reflexión vino en su ayuda, y júzguese su alegría, cuando comprendió que ese astro extendido bajo sus pies, y hacia el cual descendía rápidamente, era la Luna en toda su gloria.

Mientras dormía, el globo había invertido su posición, y descendía entonces hacia el brillante satélite cuyas montañas proyectaban masas volcánicas en todas direcciones.

El diecinueve de abril, contrariamente a los descubrimientos modernos, que prueban la ausencia completa de atmósfera alrededor de la Luna, Pfaall notó que el aire se tornaba cada vez más denso; el trabajo del condensador disminuyó considerablemente; incluso pudo quitar su prisión de caucho. Pronto notó que comenzaba a caer con una velocidad terrible; lanzó rápidamente su lastre y todos los objetos que contenía la barquilla, y por fin llegó «como una bala al corazón mismo de una ciudad de un aspecto fantástico, en el centro de una enorme multitud de pequeños y feísimos seres que no pronunciaron una sílaba, ni se preocuparon en lo más mínimo por auxiliarle».

El viaje había durado diecinueve días, Pfaall había franqueado una distancia aproximada de 231.920 millas. Mientras miraba la Tierra, la veía «como un enorme y sombrío escudo de bronce, de dos grados de diámetro, inmóvil en el cielo y guarnecida en uno de sus bordes con una medialuna del oro más brillante. Imposible descubrir la más leve señal de continentes o mares; el globo aparecía lleno de manchas variables, y se advertían, como si fuesen fajas, las zonas tropicales y ecuatoriales».

Terminaba así la extraña narración de Hans Pfaall. ¿Cómo llegó esta narración al burgomaestre de Rotterdam, Mynheer Superbus von Underduck? Por un habitante de la Luna, ni más ni menos, un mensajero del mismísimo Hans, que pedía regresar a la Tierra; a cambio del indulto se comprometía a relatar sus curiosas observaciones en el nuevo planeta «sobre sus maravillosas alternancias de calor y frío, de la ardiente y despiadada luz solar que dura una quincena, y la frigidez más que polar que domina en la siguiente, del constante traspaso de humedad, por destilación semejante a la que se practica al vacío, desde el punto situado debajo del sol al punto más alejado del mismo, de los habitantes en sí; de sus maneras, costumbres e instituciones políticas, de su peculiar constitución física, de su fealdad, de su falta de orejas, apéndices inútiles en una atmósfera a tal punto modificada; de su consiguiente ignorancia del uso y las propiedades del lenguaje; de sus ingeniosos medios de intercomunicación que reemplaza la palabra; de la incomprensible conexión entre cada individuo de la Luna con algún individuo de la Tierra, conexión análoga y sometida a la de las esferas del planeta y el satélite, y por medio de la cual la vida y los destinos de los habitantes de la otra, y por sobre todo, de los negros y horribles misterios existentes en las regiones exteriores de la Luna, regiones que, debido a la casi milagrosa concordancia de la rotación del satélite sobre su eje con su revolución sideral en torno a la Tierra, jamás han sido expuestas, y nunca lo serán, si Dios quiere, al escrutinio de los telescopios humanos».

¡Piensen en todo esto, queridos lectores, y vean qué magníficas páginas Edgar Poe hubiese escrito sobre estos extraños hechos! Él prefirió detenerse allí, e incluso termina su cuento, demostrando que la narración no podía ser otra cosa que un infundio. Por tanto, él echa de menos, y nosotros lo echaremos de menos juntos, esta historia etnográfica, física y moral de la Luna, que hasta el día de hoy aún queda por hacer. Hasta que alguien más inspirado o más audaz emprenda esta aventura, es necesario renunciar a conocer la organización especial de los habitantes de la Luna, la manera en que se comunican entre ellos, incluso con la ausencia de la palabra, y sobre todo la correlación que existe entre nosotros y los co-seres de nuestro satélite. Me gusta la idea de que, viendo la situación inferior de su planeta, ellos al menos serán buenos para convertirse en nuestros sirvientes.

Dije que Edgar Poe había sacado efectos variados de su fantástica imaginación; voy rápidamente a mencionarles los más importantes, citándoles algunos de sus cuentos, como «Manuscrito hallado en una botella»⁴, que es la fantástica narración de un naufragio, donde los naufragos son luego recogidos por un navío imposible que es conducido por sombras; «Un descenso al Maelstrom»⁵, excursión vertiginosa llevada a cabo por pescadores de Lofoden; «El caso del señor Valdemar»⁶, narración donde no se permite que la muerte se apodere de un hombre utilizando la hipnosis; «El gato negro»⁷, que es la historia de un asesino, cuyo crimen fue descubierto por este animal, el cual torpemente fue enterrado junto a la víctima; «El hombre de la multitud»⁸, personaje singular que solo vive en las multitudes, a quien Poe, sorprendido, emocionado y atraído muy a su pesar, sigue en Londres desde la mañana, a través de la lluvia y la niebla, a las calles atestadas de gente, a los bazares tumultuosos, entre los grupos de alborotadores, a los distritos alejados donde se apiñan los borrachos, a dondequiera que hubiera una multitud, que era su elemento natural. Para terminar «La caída de la Casa Usher»⁹, aventura escalofriante sobre una muchacha que se creía muerta, que es enterrada y que revive.

Terminaré con esta relación mencionando el cuento titulado «La semana de tres domingos»¹⁰. El cuento es de un género menos lúgubre, aunque es extraño. ¿Cómo puede existir una semana de tres domingos? Perfectamente, para tres individuos, y Poe lo demuestra. En efecto, la Tierra tiene veinticinco mil millas de circunferencia y gira sobre su eje de este a oeste en veinticuatro horas, a una velocidad de mil millas por hora. Supongamos que el primer individuo parte de Londres, y avanza mil millas hacia el oeste; él verá el sol una hora antes que el segundo individuo que permanece inmóvil. Luego de avanzar otras mil millas, lo verá dos horas antes; al final de su vuelta al mundo, al regresar a su punto de partida, él habrá adelantado justamente un día entero sobre el segundo individuo. Si el tercer individuo hace el mismo viaje, en las mismas condiciones, pero en sentido inverso, es decir yendo hacia el este, después de su viaje alrededor del mundo, se habrá retrasado un día. Entonces, ¿qué sucede con los tres individuos reunidos un domingo en el punto de partida? Para el primero, ayer era domingo, para el segundo, hoy mismo, y para el tercero, será mañana. Ya ven, esto es una broma cosmográfica dicha en términos curiosos.

NOTAS

VIAJES EXTRAORDINARIOS

Viaje alrededor del mundo en 24 horas

Francisco Campos

NOTA DEL EDITOR. Con el objetivo de esclarecer las múltiples observaciones técnicas acudimos a Leo Zurita, doctor en Geografía de la universidad *King's College* en Londres, y ahora profesor de Sistemas de Información Geográfica y Ecología en la Universidad San Francisco de Quito. Incluimos así, bajo las siglas LZ (Leo Zurita), sus valiosos comentarios sobre los cálculos y especulaciones de Francisco Campos en el ámbito de la geodésica y geografía natural.

¹ Esto sería así en el caso de ubicarse en el espacio exterior por fuera de la influencia de la fuerza gravitacional, lo que implicaría la necesidad de una fuerza de escape de 40 mil km por hora, y una ubicación fija distante de la Tierra. Si esto tuviera lugar, entonces la «nave» se vería atraída por otros astros, el «ancla» que imagina Campos es impracticable. El concepto se vincula de manera interesante con aquel de un elevador espacial concebido por el físico y matemático ruso Konstantín Tsiolkovski (1857-1935) y que consistiría de un cable fijo al ecuador de la Tierra hasta el espacio. Al anclar un contrapeso a uno de los extremos, el centro de masa se mantendría arriba de la órbita geostacionaria. La fuerza centrífuga debido a la rotación, asegura que el cable se mantendría alargado, contrarrestando la atracción gravitacional. Es concebible que, por su interés por la física, Campos conoció la obra de Tsiolkovski llamado el «padre de la cosmonáutica». Tsiolkovski, en 1902, diseñó una nave a retropropulsión para viajes interplanetarios guiándose en los diseños y el prototipo que en 1895 había diseñado el ingeniero e inventor peruano Pedro Paulet (1874-1945).

² Seguramente Campos tiene en mente la circunferencia del globo terráqueo, no el simple diámetro. Con este *caveat*, el cálculo que propo-

ne aquí, coincide con la estimación contemporánea de la circunferencia de la Tierra, que equivale a 12 742 km. Esto arrojaría un cálculo de una legua de 4 992 metros. (LZ)

³ Campos postula una rotación terráquea de 520 metros por segundo, las mediciones actuales señalan 460 metros por segundo, a lo largo de la línea ecuatorial. (LZ)

⁴ Como hipótesis, lo que sugiere Campos es viable, en tanto se prevea un movimiento constante de neutralización no solo de la gravitación atmosférica sino de otras fuerzas de atracción. Si se pudiera generar una fuerza opuesta a todas estas fuerzas, en teoría, lo que se describe sería posible. (LZ)

⁵ Estas apreciaciones de Campos son acertadas, aunque no se trata de «viento» sino de fuerzas atmosféricas. (LZ)

⁶ Si bien es cierto que en la zona ecuatorial existe menos turbulencia atmosférica y se compensan los vientos de ambos hemisferios, sigue existiendo movimiento de aire, lo que postula Campos solo podría tener lugar por fuera de la atmósfera. (LZ)

⁷ Se refiere a la isla Santa Clara, la última en territorio ecuatoriano continental, a 43 km de puerto Bolívar, a 25 km de Puná, es el punto más al sur del Ecuador marítimo. (LZ)

⁸ Aquí Campos señala que 15 grados de longitud terrestre se recorren en una hora de movimiento de rotación del globo terráqueo. Tiene razón en este cálculo. La longitud y latitud terrestres son ángulos que se miden en grados, minutos de grado y segundos de grado y el tiempo se mide en horas, minutos y segundos. (LZ)

⁹ La hora estándar o de Greenwich se estandariza en Inglaterra en 1855 para coordinar las llegadas y salidas de los trenes; en EE. UU. en 1883, Campos conoce bien estos cambios y extrapola, correctamente, la necesidad de un uso horario distinto para las islas galápagos. La hora estándar no se impondrá en el Ecuador sino hasta seguramente, luego de la segunda guerra mundial.

¹⁰ Todas estas son islas ubicadas en cercanía a la línea ecuatorial y se encuentran en Oceanía y luego, el océano Índico.

¹¹ La extensión territorial del Ecuador en el presente, luego de conflictos territoriales diversos, es muy distinta: 283,560 km².

¹² El periódico *La nueva era* fue un bastión del liberalismo en el XIX, en sus páginas, Federico Proaño y Miguel Valverde atacaron a Gabriel García Moreno, adalid del conservadorismo ecuatoriano, y sufrieron el destierro como consecuencia.

La semana de los 3 jueves

Francisco Campos

¹ Este texto sigue de cerca un cuento de Edgar Allan Poe titulado «*Three Sundays in a Week*» (La semana de los tres domingos) y publicado originalmente en *Broadway Journal* (New York, NY), vol. I, no. 19, 10 de mayo, 1845, pp. 293-295. El texto es notable, más allá de su cercanía al relato de Campos, porque es ahí donde Julio Verne extrae la idea de un día «ganado» al hacer un recorrido alrededor del mundo. Verne dedica su único estudio literario a Poe en un ensayo publicado en *Le Musée des familles* en 1864 y ahí comenta el texto que se convertiría en la inspiración de su propio *La vuelta al mundo en 80 días* de 1872. No conocemos cómo Campos descubrió el relato, si de su aparición en español en 1857 en el periódico madrileño *El museo universal* (sin atribución de autoría y con la sustitución de los nombres anglosajones del relato por nombres castellanos) o por medio de traducciones posteriores, o en el francés que otorgó fama póstuma a Poe en versión de Charles Baudelaire (aunque este último no traduce este cuento en particular), o si, como nosotros, tuvo noticia del mismo a partir del único texto «científico» del propio Julio Verne, expuesto en una conferencia desarrollada ante la Sociedad Geográfica de París, el 4 de abril de 1873. La conferencia fue celebrada para responder a una pregunta hecha por dos miembros de la Sociedad

que querían una explicación de cómo Phileas Fogg pudo ganar un día durante su viaje alrededor del mundo en ochenta días. Julio Verne dio la explicación científica en dicho discurso. Publicado en *Journal d'Amiens. Moniteur de la somme*, 14 de abril de 1873, número 4968. Reproducimos el texto de Verne, íntegro, en la presente edición, como parte de nuestro esfuerzo de ofrecer explicaciones técnicas de los relatos de este volumen.

² Campos se refiere aquí en tono satírico, al sistema astronómico de la antigüedad, desde Ptolomeo, que postula tres esferas celestes, o tres cielos invisibles sobre el firmamento: el primer móvil y los dos cristalinos.

³ Campos persiste en denunciar la ingenuidad y el desconocimiento de las letras de Pancracio al confundir deliberadamente, términos derivados de la geología moderna con otros extraídos de la teología y hasta de su divulgación literaria. *El Infierno*, de Dante, queda referenciado en estos comentarios.

⁴ Más de un millón de dólares americanos en 2018. Agradecemos al economista Sebastián Oleas de la Universidad San Francisco de Quito por su ayuda para realizar la conversión.

⁵ Bassora, o Basora, hoy en día, la segunda ciudad más grande de Irak. También, en *Las mil y una noches*, la ciudad de donde parte Simbad el marino.

⁶ Aproximadamente US \$60 mil dólares en el 2018. Agradecemos al economista Sebastián Oleas de la Universidad San Francisco de Quito por su ayuda para realizar la conversión.

INVENCIONES Y DESCUBRIMIENTOS ASOMBROSOS

El alma del doctor moscorroffio

Juan León Mera

¹ El neuroanatomista alemán Franz Joseph Gall (1758-1828) desarrolló la frenología, una proto ciencia que experimentó su auge en el XIX, que afirmaba la posible determinación del carácter y los rasgos de la personalidad, junto con las tendencias criminales, basándose en la forma del cráneo, cabeza y facciones del ser humano.

Historia de un par de anteojos

Francisco Campos

¹ La versión de este relato que aquí asentamos proviene de *Lecturas del Dr. Francisco Campos*. Imprenta La Reforma/Editorial Jouvin, Guayaquil, 1931.

² Campos reúne en este relato, elementos diversos tanto del hipnotismo, popularizado en Europa por el médico vienés Franz Anton Mesmer (1734-1815), que creía que el estado hipnótico redistribuye «fluido magnético» en el cuerpo; como del espiritismo, sistematizado por Allan Kardec (1804-1869), seudónimo de Hippolyte Léon Denizard Rivail, que proponía el traspaso del «fluido universal» por parte de espíritus y médiums hacia personas dolientes, con el objetivo de reenergizar el «fluido vital» de los seres humanos.

³ La referencia es a montajes públicos, realizados a mediados del XIX en París y Londres, del fenómeno de las «mesas parlantes», inexplicables fenómenos relacionados con mesas ambulatorias y giratorias o «danzantes», así como con la llamada «escritura automática». La imagen de la mesa danzante era de fácil reconocimiento para cualquier sujeto letrado decimonónico, el mismo Karl Marx la cita en su discu-

sión sobre el fetichismo de la mercancía en *Capital* (1867): «La forma de la madera, por ejemplo, se ve alterada si se fabrica de ella una mesa. Sin embargo, la mesa sigue hecha de madera, un material sensorial y ordinario. Pero apenas se convierte en mercancía, se transforma en una cosa que trasciende la seriedad. No solo que se yergue con sus pies sobre el suelo sino, en relación con otras mercancías, se para de cabeza y emanan de su cerebro de madera, ideas grotescas, más asombrosas que si empezara a bailar por su propia voluntad».

⁴ Présbita: que padece de presbicia, defecto de la visión en que una persona no puede ver bien de cerca.

⁵ Según el espiritismo, los pases efectuados por el médium facilitan la transmisión del fluido universal, emitido por un espíritu, al sujeto/objeto receptor, que activa su fluido vital. El arreglo que describe Campos implica afianzar un implemento de escritura, en este caso, a los anteojos, para que estos «escriban», de la decodificación de este procedimiento se desprende el relato. Esta «escritura automática» consiste en el antecedente directo de la práctica implementada por André Breton y los surrealistas, 50 años más tarde.

⁶ RAE: Pieza metálica, generalmente en forma de pera, que pende en el interior de las campanas, y con la cual se las golpea para hacerlas sonar.

⁷ Una aglomeración de coral.

⁸ Miembro de *La Orden de los Pobres Compañeros de Cristo y del Templo de Salomón*, una orden militar cristiana, formada en el medioevo y activa en las cruzadas. Luego de su disolución por el Papa, en 1312, la orden se asocia a la existencia de una Sociedad Secreta y también a la masonería.

Los gigantes de Santa Elena

Francisco Campos

¹ La versión de este relato que aquí asentamos proviene de *Lecturas del Dr. Francisco Campos*. Imprenta La Reforma/Editorial Jouvin, Guayaquil, 1931.

² Solsticio es un concepto astronómico que se refiere a la época en que el Sol se encuentra en uno de los trópicos. El solsticio de invierno es conocido como solsticio hiemal y supone el día más corto y la noche más larga del año en el hemisferio boreal (norte). En el austral (sur), ocurre lo contrario.

³ Campos tiene aquí en mente, con toda certeza, la batalla de *Plesiosaurus* e *Ichtyosaurus* que Julio Verne describe en el capítulo XXXIII de su *Viaje al centro de la tierra* (1864), «La batalla de los monstruos». Una de las obras más notables del rock electrónico, que lleva el nombre de esta novela de Julio Verne, de autoría de Rick Wakeman, presenta un segmento que recrea musicalmente esta batalla. La composición se encuentra disponible en youtube.

⁴ Todas estas son medidas de la antigüedad, variables entre sí dependiendo de la región de donde provienen puesto que se refieren a la antropometría humana. La vara fue una unidad de longitud utilizada en la península ibérica. Equivalía a 3 pies castellanos. Existen distintos valores para la vara: su longitud oscila entre 0,8359 m y 0,768 m. La vara es el equivalente a la yarda anglosajona. El pie castellano, mide 0,278635 metros. La vara castellana es tres veces el pie castellano y equivale a 0,835905 metros. En los países anglosajones el pie equivale a 30,48 cm. El codo fue una unidad de longitud que era la distancia que mediaba entre el codo y el final de la mano abierta (codo real) o a puño cerrado (codo vulgar). El codo del Imperio romano equivalía a 0,4444 m. En Aragón se utilizaba el codo, equivalente a 0,384 m. Un codo equivalía a dos palmos, y una vara, a dos codos. En Castilla

se utilizaba el codo común, de media vara (1,5 pies o 24 dedos), que equivalía a 0,418 m y también el codo real o de ribera, de 33 dedos (1 dedo = 1/16 pie), o 0,574 m. *Grosso modo* entonces, los gigantes de Zárate medirían 6 metros 68 centímetros de altura. El negro del Congo mediría 2 metros con cuarenta y tres centímetros en pies castellanos y 2 metros setenta y tres centímetros en pies anglosajones. Og mediría cuatro metros con cinco centímetros en pies castellanos y cuatro metros cincuenta y seis centímetros en pies anglosajones. Goliath mediría 2 metros cincuenta centímetros si utilizamos el codo común como medida.

⁵ Una cuarta equivale a 20,89 cm. Seis cuartas serían un metro veinticinco centímetros aproximadamente.

⁶ Georges Léopold Chrétien Frédéric Dagobert Cuvier (1769-1832), naturalista francés. Promotor de la anatomía comparada y de la paleontología.

⁷ Georges Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788) naturalista, botánico, matemático, biólogo, cosmólogo y escritor francés.

⁸ Franz Theodor Wolf (1841 - 1924) geólogo, botánico y explorador alemán Miembro de la Compañía de Jesús,

fue profesor de Geología y de Mineralogía en la Escuela Politécnica Nacional de Quito desde su fundación en 1870 y conocido y colaborador con Francisco Campos en la tarea gigantesca de gestión del Agua Potable en Guayaquil.

⁹ Los mastodontes son una familia extinta de mamíferos proboscídeos lejanamente emparentada con la de los elefántidos. Aparecen en Eurasia, en el Oligoceno, hace unos 20 millones de años, y desde allí se extienden tanto a África, como a América, donde la familia persiste hasta el Pleistoceno e incluso el Holoceno, la época actual. Se admite como probable la extinción de esta especie *Mammuth Americanum*, hace solo 10.000 a 8.000 años. Se han encontrado fósiles en todo el continente americano y se especula que su extinción se acelera debido

a la caza practicada por los primeros pobladores humanos de América. Se ha descubierto recientemente que la tuberculosis desempeñó algún papel en el final de la especie. El espécimen de mayor envergadura registrado mide 5,02 metros y pesa 400 kg.

¹⁰ RAE: Roca ligera, de consistencia porosa, formada por la acumulación de cenizas u otros elementos volcánicos muy pequeños.

UTOPIÁS Y DISTOPÍAS ECUATORIALES

Madame Roland

Marietta Veintemilla

¹ «Madame Roland», de Marieta Veintimilla, aparece por primera vez en la *Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria*, No. 24, Quito, 1904. Pp. 356-363.

² Anne-Louise Germanine Necker, conocida como Madame de Stael (1766-1817) escritora, traductora, filósofa y animadora de la vida de los salones literarios en Francia. Una de las figuras más importantes, y menos conocidas de la Ilustración, precursora del feminismo y una de las figuras claves en el establecimiento de la noción contemporánea del término «literatura».

³ Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) escritora y poeta española del Romanticismo, una de las precursoras de la novela hispanoamericana y del feminismo moderno.

⁴ Apolonia Salavarieta Ríos (1795-1817) costurera y patriota colombiana que cumplió las funciones de espía a favor de la Independencia y murió fusilada como resultado de ello.

⁵ María Bellido (1755-1809), heroína de la guerra de independencia española contra Napoleón.

⁶ Esta es, precisamente, la tesis que se defiende en la introducción del presente texto: ese «aventurarse en el campo especulativo» es precisamente lo que define el ámbito de la ciencia ficción. Puesto que existen obstáculos estructurales hacia esa aventura, la escritura de mujeres ecuatorianas redefine la ciencia ficción por medio de la ocupación de un espacio utópico a su alcance: la autoría, que se convierte a su vez, en un campo para el lanzamiento de sus propios viajes extraordinarios.

⁷ La expresión «poner a escote» resulta interesante en tanto se emparenta con el coloquialismo español «pagar a escote» o compartir el coste de un bien («hacer vaca» en un americanismo). Veintimilla aquí castiga la participación en decisiones por parte de mujeres, hecha a partir de la influencia que ejerce su sexualidad en lugar de su intelecto.

⁸ Veintimilla se refiere aquí tanto a la heroína ficticia de la obra de Shakespeare *Romeo y Julieta* como también a Eloísa (1092-1164), esposa de Pedro Abelardo y abadesa de Paraclet. Su correspondencia con Abelardo es considerada la piedra angular de la pasión amorosa en las letras y constituye a la vez uno de los documentos fundacionales de la literatura francesa.

Guayaquil: Novela fantástica

Manuel Gallegos Naranjo

¹ *Guayaquil: novela fantástica*. La primera aparición de la novela es en Imprenta Manabita, 1901.

² Varios grupos de cristianos, siguiendo literalmente la biblia, argumentan que la edad de la Tierra es seis mil años. El cálculo se produce sumando las genealogías del antiguo Testamento, desde Adán a Abraham y luego hasta el presente. Así, son 5 días de creación, más dos mil años desde Adán a Abraham, siguiendo Génesis y luego dos mil años adicionales entre Abraham y el nacimiento de Cristo (es decir, cuatro mil años antes de la época común), a eso se le suman los dos mil años de historia escrita y el resultado es seis mil años.

³ Simón Bolívar (1783-1830), la principal figura de la emancipación hispanoamericana, Víctor Hugo (1802-1885) poeta, dramaturgo y novelista romántico francés, Juan Montalvo (1832- 1889) ensayista y polemista ecuatoriano, Eduardo Jenner (1749-1823) investigador inglés, descubridor de la vacuna antivariólica para combatir la viruela, Roberto Fulton (1765-1815) ingeniero e inventor estadounidense, gestor principal del barco a vapor, Samuel Morse (1791-1872) inventor estadounidense que desarrolló un sistema de telegrafía junto con un código para la transmisión de mensajes, Alejandro Dumas (padre) (1802-1870) novelista y dramaturgo francés renombrado. Los personajes son ciertamente diversos y heterogéneos, lo único que parecen compartir es su participación en la masonería, una presencia importante tanto en esta novela como en los textos de Francisco Campos.

⁴La insistencia en el número siete sugiere nuevamente un acercamiento a la masonería. El número siete tiene un significado místico en varias religiones: el *Rig Veda*, libro sagrado del sánscrito, describe siete estrellas, siete continentes concéntricos y siete ríos de soma, la bebida de los dioses, en el antiguo testamento, el mundo se creó en siete días y la paloma enviada por Noé luego del diluvio regresó siete días más tarde, los egipcios nombran siete vías hacia el cielo, en el Islam , Allah creó un cielo y una tierra con siete niveles, el joven buda dio siete pasos. Adicionalmente, la escalera mística, llamada teológica en la francmasonería, consistía de siete tramos entre la tierra y el cielo. En los misterios de Mithra, en Persia, se hablaba de siete grados de iniciación, etc.

⁵Leunam es Manuel, el nombre del autor, escrito al revés.

⁶Todos estos son variantes del nombre Faustino Rayo, la figura histórica responsable por el asesinato del presidente ecuatoriano Gabriel García Moreno.

ANEXOS

Los meridianos y el calendario

Julio Verne

¹ Julio Verne presenta este texto en una conferencia desarrollada en la Sociedad Geográfica de París, el 4 de abril de 1873. La conferencia fue celebrada para responder a una pregunta hecha por dos miembros de la Sociedad que querían una explicación de cómo Phileas Fogg pudo ganar un día durante su viaje alrededor del mundo en ochenta días. Se trata del único texto científico escrito por Verne. Publicado en *Journal d'Amiens. Moniteur de la somme*, el 14 de abril de 1873, número 4968.

² Séptimo mes del calendario republicano francés, cuyos días primero y último coincidían, respectivamente, con el 21 de marzo y el 19 de abril.

Edgar Poe y sus obras III

Julio Verne

¹ Inspirado en la figura del estadounidense, Verne publica en abril del año 1864, en la revista *Musée des familles* un artículo dividido en cuatro capítulos, que titula «Edgar Poe y sus obras». El texto va acompañado de seis imágenes. La primera edición en forma de libro aparece en Lausana, Suiza, en el año 1871, en un volumen donde además fue editada la novela *La esfinge de los hielos*, que parece ser, en cierto modo, una continuación de la novela inconclusa de Poe *Aventuras de Arthur Gordon Pym*.

² *The balloon hoax*. Publicado en *New York Sun*, el 13 de abril de 1844. Cronológicamente, fue el cuadragésimo sexto cuento publicado por Poe. En condiciones precarias y recién llegado a Nueva York con su esposa, Poe vende el relato al *New York Sun*, sugiriendo que se

publique como noticia de último momento. Gana unos pocos dólares y el placer de contemplar a la multitud que se agolpa frente a las oficinas del diario y se arrebatan los ejemplares, algunos se venden a cincuenta centavos de dólar. Poe seguramente aprovecha la notoriedad de entonces del aeronauta Thomas Monck Mason (1803-1889) y de las publicaciones de este y, al mismo tiempo, aprovecha para favorecerse a sí mismo mediante la publicación de esta «noticia falsa» que tiene como antecedente la publicación en el mismo *Sun*, en 1835, del «Embuste de la Luna». Ver la nota que sigue a esta.

³ *Hans Pfaall. A tale*. Publicado en *Southern Literary Messenger*, en junio de 1835. Más conocido como *The unparalleled adventure of one Hans Pfaall*. Cronológicamente, fue el undécimo cuento publicado por el autor estadounidense. Poe ha sido considerado durante algún tiempo como padre de la anticipación científica, en buena medida, debido al contenido de este relato. En el texto, narra un viaje hacia la Luna, en globo. Durante mucho tiempo, Poe sintió que uno de los perpetradores del llamado «Embuste de la Luna» (una noticia falsa, publicada en 1835 sobre la existencia de vida en la Luna), su editor en el *Sun*, Richard Adams Locke, se había beneficiado de la historia de Poe «Hans Pfaall» que describe seres similares a los de la nota periodística, y se quejaba amargamente de no haber recibido remuneración por su parte en el timo. El episodio se puede encontrar, con lujo de detalle, en el libro *The Sun and the Moon*, de Matthew Goodman, publicado en 2008.

⁴ *MS found in a bottle*. Publicado en *Baltimore Sunday Visitor*, el 19 de octubre de 1833. Cronológicamente, fue el sexto cuento publicado por el autor de «El gato negro». El relato ganó el premio ofrecido por el *Baltimore Saturday Visitor* y lanzó la carrera literaria de Poe.

⁵ *A descent into the Maelström*. Publicado en *Graham's Lady's and Gentleman's Magazine*, en mayo de 1841. Cronológicamente, fue el vigésimo noveno cuento publicado por Edgar Allan Poe.

⁶ *The facts of M. Valdemar's case*. Publicado en *American Review*, en diciembre de 1845. Más conocido como *The facts in the case of M. Valdemar*. Cronológicamente, fue el quincuagésimo noveno cuento publicado de Poe. En Londres, este relato fue tomado por un informe científico. El mesmerismo y sus campos afines interesaban extraordinariamente en el momento en que fue escrito, en el cuento no se retrocede ante el menor detalle descriptivo, por repugnante que sea.

⁷ *The black cat*. Publicado en *United States Saturday Post (Saturday Evening Post)*, el 19 de agosto de 1843. Cronológicamente, fue el cuadragésimo primer cuento publicado. Un cronista de la época vio en el trío principal del cuento (el narrador, su esposa y el gato) una inversión infernal de Poe, Virginia y la gata Caterina, tan mimada por el matrimonio.

⁸ *The man of the crowd*. Publicado en *Burton's Gentleman's Magazine*, en diciembre de 1840. Cronológicamente, fue el vigésimo séptimo cuento publicado de la obra de Poe. El relato parece anticipar las reflexiones de Charles Baudelaire, traductor de Poe al francés, sobre los nuevos tipos sociales que surgen en el contexto de la experiencia urbana moderna (El dandi, el flaneur/andariego).

⁹ *The fall of the House of Usher*. Publicado en *Burton's Gentleman's Magazine*, en septiembre de 1839. Cronológicamente, fue el vigésimo segundo cuento publicado en la obra de Poe. Para muchos, este relato constituye su mayor logro. El texto es una referencia obligada en el cuento de Julio Cortázar «Casa tomada».

¹⁰ *A succession of Sundays*. Publicado en *Saturday Evening Post*, el 27 de noviembre de 1841. Más conocido como *Three Sundays in a week*. Cronológicamente, fue el trigésimo cuarto cuento publicado. Este es el relato que vincula para siempre a Julio Verne con Edgar Allan Poe.

el fakir
LIBROS IMPRESOS y DIGITALES

Quito, Ecuador
noviembre de 2018.

Para este libro se han usado caracteres
Garamond creados por Claude Garamond (1490-1561).